

SOMBRAS PARIENTES

ANTOLOGÍA DE CUENTO DEL
CENTRO DE POSGRADO Y ESTUDIOS SOR JUANA

Sombras parientes

Antología de cuento del Centro de Posgrado
y Estudios Sor Juana

SOMBRAS PARIENTES

ANTOLOGÍA DE CUENTO DEL CENTRO DE POSGRADO Y ESTUDIOS SOR JUANA

Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.

© Aydé Vianett Medina Valencia, Elma Aurea Correa Neri, Nubia Denisse Soto Guevara, Roberto Enríquez de la Selva, Zulma Lorenia Rodríguez Pérez, J Jesús García Mora, Delia Jackeline Navarro Aguiar, Luz Lizzette Camacho Estrada, Juan José Marín Fimbres, María del Carmen Ventura Vázquez, Yesenia De la Torre Beaven, María Iliana Hernández Partida, Laura Margarita Sánchez Stone, Teresa Fernández de Juan, Arturo Urrutia Jr, Marcia Ramos Lozoya, Ma. Isabel Huerta Corona, Adriana Guadalupe Luna Flores, Claudia Lizeth Flores Arellano, Andrea Lorraine Espinoza Navarro, Ofelia Montelongo Valencia

De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez

Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio

Secretario de Cultura y Director General del ICBC

Magdalena Jiménez Molina

Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez

Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Textos: Aydé Vianett Medina Valencia, Elma Aurea Correa Neri, Nubia Denisse Soto Guevara, Roberto Enríquez de la Selva, Zulma Lorenia Rodríguez Pérez, J Jesús García Mora, Delia Jackeline Navarro Aguiar, Luz Lizzette Camacho Estrada, Juan José Marín Fimbres, María del Carmen Ventura Vázquez, Yesenia De la Torre Beaven, María Iliana Hernández Partida, Laura Margarita Sánchez Stone, Teresa Fernández de Juan, Arturo Urrutia Jr, Marcia Ramos Lozoya, Ma. Isabel Huerta Corona, Adriana Guadalupe Luna Flores, Claudia Lizeth Flores Arellano, Andrea Lorraine Espinoza Navarro, Ofelia Montelongo Valencia
Corrección de estilo: Arturo Reyes Fragoso

Diseño editorial: Estudio APP

Portada: Elizabeth Hensley Chaney, intervención sobre la obra original de Mario Purisic

ISBN: 978-607-546-399-5

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.

Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Impreso y editado en México / *Printed and edited in Mexico*

Índice

| | |
|--|----|
| Presentación, Vianett Medina | 7 |
| Prólogo, Elma Correa | 11 |
| Relatos parientes | 13 |
| Rita, Nubia Soto | 15 |
| La rana de madera, Roberto Enríquez | 19 |
| Experimental, Zulma Rodríguez | 25 |
| El fútbol sirve para nada, Jesús García Mora | 29 |
| El profesor misterioso, Jackie Navarro | 35 |
| Y eso ¿cómo te hizo sentir?, Liz Camacho | 47 |
| El cuadro en la alcoba, Juan José Marín | 53 |
| Una mujer posmoderna, Carmen Ventura | 59 |
| De fieras y de flores, Yesenia Beaven | 65 |
| Desde el cuerpo | 75 |
| La lectora de cuerpos, Iliana Hernández Partida | 77 |
| Un ave a la deriva, Laura Sánchez Stone | 81 |
| Una noche con el dios del amor, Teresa Fernández de Juan | 85 |
| Pareidolia de corazones, Teresa Fernández de Juan | 91 |
| Once centímetros de hueso, Arturo Urrutia | 95 |

| | |
|---|-----|
| Nuestra Señora de las Manchas, Arturo Urrutia | 99 |
| Los aceráticos, Juan José Marín | 103 |
| Pasos adversos | 107 |
| Amanecemos desnudos, Marcia Ramos | 109 |
| Tamárhu, Mabel Huerta Corona | 113 |
| El último aliento, Adriana Guadalupe Luna Flores | 119 |
| Pasajeros, Marcia Ramos Lozoya | 125 |
| Sabor a cobre, Juan José Marín | 129 |
| El matarife, Laura Sánchez Stone | 133 |
| Las bodas de Caná, Zeth Arellano | 137 |
| Sin rostro, Iliana Hernández Partida | 149 |
| No lo vi, Adriana Guadalupe Luna Flores | 151 |
| Atajos | 155 |
| El silencio de las guacamayas, Mabel Huerta | 157 |
| Magnolia, Andrea Espinoza | 159 |
| Llenarte la boca de amor, Iliana Hernández Partida | 163 |
| La sazón de mamá, Mabel Huerta | 165 |
| La partida de Pascual, Andrea Espinoza | 167 |
| Cuellos en el metro, Ofelia Montelongo | 169 |
| El aleteo de una mariposa, Teresa Fernández de Juan | 173 |
| Semblanzas | 177 |

Presentación

Durante más de una década, nuestro Centro ha acompañado procesos de escritura como expresión creativa y dialógica del aprendizaje en el aula. El año 2020 ha resultado el período oportuno para convocar, compilar y editar textos más o menos recientes de esa producción escrita.

El volumen está dividido en tres secciones resultantes de dos espacios distintos de escritura: el curso de Creación Literaria de la maestría en Cultura Escrita —acompañado por la maestra Elma Correa en los últimos tres años— así como el taller de Cuento —acompañado por el maestro Hemil García Linares durante 2020. Cada sección de esta antología respondió a un denominador común que revela, cada uno a su modo, intereses constantes en la escritura de la región: las relaciones interpersonales como proceso de conflicto y la experiencia de pérdida expresada en el cuerpo, en el tránsito y el riesgo. Provenientes de las sombras, “Relatos parientes”, “Desde el cuerpo”, “Pasos adversos” y “Atajos” se enlazan con el hilo transparente que les concede la forma de este libro que no esconde su textura variopinta.

Agradezco a la Secretaría de Cultura del Estado por contribuir al suceso de desvelamiento de estas narrativas que apreciamos como un necesario reconocimiento a la producción creativa de nuestro alumnado.

Relatos parientes

Escribir es alumbrar. La escritura es un lugar de llegada para la gestación emocional que en el texto, su manifestación material, toma un rostro y se adhiere a un nombre. Escritos por estudiantes de la maestría en Cultura Escrita, los relatos de esta sección sacan de la oscuridad el mundo emocional concentrado en personajes demasiado comunes.

Estos textos nacieron del ejercicio en el aula durante las clases de Creación Literaria: en ellos descubrimos el efecto de la escritura creativa como exploración del mundo emocional y revelación de los vínculos interpersonales. En su función radiográfica, los textos también nos sugieren parentescos. En el proceso de creación de algunos de estos relatos, el salto de personajes entre cuentos fue intencional. De esa técnica aplicada por la entonces titular del curso, surgió la inquietud de encontrar otros parentescos entre textos; de ahí la decisión de ordenar los relatos en grupos de tres a manera de invitación para observar las semejanzas.

La búsqueda del vínculo acaso podría entrenarnos en el hábito de preguntar: ¿Cuál de éstos, por su hondo parecido, nos resultarían parientes? Pregunta más que pertinente para la ciudad multicultural.

Desde el cuerpo

Esta sección aborda el cuerpo desde diversas experiencias: la enfermedad, la ilusión, el miedo; el erotismo, la tradición, el consuelo. Aferrados a la materia, los cuentos aquí reunidos evocan el desamparo de la pérdida, entre otras tomas de conciencia afectiva.

En este heptágono de textos se manifiesta el modo en que el lenguaje es el protagonista de la vida corporal, el que le da sentido y realidad. En su interpretación, el cuerpo se desarrolla o se paraliza como ponen en evidencia los textos de los ex alumnos de maestría Juan José Marín y Arturo Urrutia. La percepción importa, nos sugerirán los floridos textos de las talleristas Tere Fernández y Laura Stone. La aguda atención del gesto abre este volumen a través del relato de la también pintora Iliana Hernández Partida.

Pasos adversos

Destacamos la relevancia de la temática de frontera que impregna la reflexión del estudiantado, afectado por los procesos de migración y bilingüismo. La integración de expresiones marcadas por el pluralismo de culturas y su vertiente *punto com*; esa que traspasa nuestra lengua con nuevas licencias literarias tales como extranjerismos, tropos donde abundan los apócope y un habla popular que alterna reiteradamente los contextos como un mecanismo dispuesto a la interculturalidad.

En ese diálogo de aspiración intercultural se sitúa la trama de cada relato, algunos con el clímax de la tradición cuentística, algunos con la fluidez de la conversación. En buena parte, proyectivos de las creencias que se asoman al lenguaje como manos que saludan desde proa al emprender un viaje. Si bien la ruta que transitan estos textos no es siempre nueva, su publicación nos representa una nueva señalética que amplía los modos de observar lo que sucede alrededor de esta tierra desértica y vigorosa, territorio que nos ha impulsado a crecer al margen y muy lejos del Ombligo de la Luna.

Los textos de esta sección pasan por el lugar de origen, la diversidad cultural y el peligro de habitar territorios de incertidumbre. Aquí el riesgo de perder la vida físico biológica revela los laberintos psicológicos entreverados en interjecciones y diálogos que desahogan el dolor obligado.

Atajos

La última sección incluye relatos breves que abrevian el camino hacia el efecto sentimental de ese cruce de sucesos y sentimientos que enmarca la literatura.

Vianett Medina

Prólogo

Me encanta dar clases de literatura. Hace algunos años no sabía que iba a dedicarme a la docencia y que iba a gustarme tanto. Aunque no es lo único que hago en la vida, impartir clases de escritura y talleres literarios consume un amplio porcentaje de mi tiempo y energía. Dar clases de literatura me gusta por muchas cosas, pero creo que si soy honesta, me gusta porque me divierto, aprendo, reparto indicaciones y casi siempre me hacen caso —soy mandona— y además, me pagan por ello.

Trabajando en esto he tenido la fortuna de conocer a una cantidad increíble de personas de todo el estado, de distintos lugares del país y hasta extranjerxs: jóvenes ansiosos por decirle cosas al mundo, señorxs de la tercera edad con historias insólitas por contar, estudiantes universitarios que me recuerdan mi propio paso por la escuela de letras, públicos generales, públicos específicos, autores emergentes... En fin, sería ocioso tratar de enumerarlos a todxs, pero de entre tanta gente con perfiles tan diversos, el grupo de estudiantes de la maestría en Cultura Escrita ocupa un lugar particular.

Se trata de un par de grupos constituidos por estudiantes de posgrado, dispuestos a cambiar el discurso académico por el literario —por lo menos temporalmente— y que se enfrentaron, sin temor alguno, a la temible hoja en blanco. Al contrario, escribieron con energía y diligencia a pesar de que muchos de los ejercicios les exigieron más de lo que podría esperarse de un ejercicio de escritura y que, para la mayoría, esas sesiones fueron sus primeros acercamientos a la producción de textos creativos.

Quienes impartimos clases sabemos que la enseñanza es un camino de ida y vuelta, que el aprendizaje se construye y que los resultados no dependen por completo de una docente. En el caso de la escritura creativa, esto es aún más notorio porque no se puede enseñar a escribir. Pueden, por ejemplo, compartirse y explicarse la teoría y los aspectos técnicos de la escritura y, por ende, de la lectura. Puede aprenderse la historia y analizarse los elementos socioculturales de la literatura, pero cuando se trata de escribir siempre hay algo insondable, una abstracción, algo inasible para cualquier programa académico o cualquier docente, algo que sólo la práctica del estudiante es capaz de objetivar.

En este punto debo confesar que nunca he creído en el talento, quizás en el deseo, en la ambición por crear, a lo que no hace ningún daño agregar algo de gracia en el uso del lenguaje, pero me parece que la idea del talento —y ya que estoy en estos asuntos— también la idea de inspiración, es de un romanticismo anacrónico. Creo en el trabajo, en el oficio, en la lectura, la reescritura, la corrección. En la crítica constructiva. En la autocrítica. En la edición. Incluso creo en no escribir en absoluto si no se ha dominado el arte de la lectura analítica y a profundidad.

De modo que cada uno de los textos que componen esta antología fueron, en principio, rigurosamente planeados y se buscó que su ejecución siguiera pautas estrictas que, después de haber sido aprehendidas por los estudiantes, pudieran ser ignoradas, subvertidas, anuladas en pos de la libertad creativa. Una libertad de creación que pudiera ejercerse con el conocimiento de sus efectos en el relato. Se buscó, también, ir en contra de la idea de autor escribiendo textos colectivos o vinculando textos independientes de modo deliberado. En otros casos, los vasos comunicantes surgieron de modo natural, producto de ciertas afinidades electivas.

Es, pues, una compilación que debe su resultado completamente a eso aportado por los estudiantes, eso que ningún profesor de escritura puede obligar a ocurrir, eso que simplemente late en ellos y se logra cuando las circunstancias son propicias y los estudiantes, entusiastas y valientes.

Elma Correa, Mexicali 2021.

Relatos parientes

Rita

Nubia Soto

Siempre se sentía atraída por las historias donde aparecieran monstruos. Se identificaba en especial con una del folklore islandés, que trataba sobre un gato enorme y perverso que vagaba durante la época navideña y se comía a la gente que no había recibido nuevas ropas para vestir en Nochebuena. El gato Yule.

La cena era el momento que más la incomodaba, “la rutina consagrada” como la llamaba Dafne, su madre. Con frecuencia Rita se retiraba antes de que todos terminaran, iba directo al baño del segundo piso. Después de algunos minutos, en oración con el escusado, se quedaba sentada en el piso, esperando que nadie sintiera el olor. “¡Creo que esto me pone paranoica!”, pensaba Rita.

En su casa tenía momentos de disgusto con sus hermanos, y más siendo la de en medio. Pensaba que como no era la mayor, no era el primer amor de sus padres; y como no era la menor, no la consentían como se merecía.

Rita desde bebé fue obesa y creció bajo el látigo de su hermana mayor, Susana, que le tenía una gran variedad de apodos: *Michelin*, *Rotoplas*, *Porky*, *Ballena*. Pero había uno que en especial la molestaba: *La Jamona*.

Siete años atrás, cuando Rita estaba iniciando la secundaria, un día mientras estaban comiendo, Susana le pregunta: Jamona ¿a poco te vas a comer todo eso?

Fue en ese momento que se armó de valor, se levantó de la silla y se fue directo al baño. Introdujo sus dedos en la garganta, sentía cómo se le contraía el estómago y los sacó. Le rodaban las lágrimas. “¡Hasta para esto soy imbécil!”, pensaba.

Hizo el último intento. Salió la comida, poca, pero salió. Y así comenzó.

Años después ya tenía establecida su rutina diaria de estar hincada en el baño. Un día mientras moría de hambre, con taquicardias, ansiosa y con donas de chocolate danzando por su mente, salió a la calle y se robó unas galletas de una tienda. Regresó a su casa, fue directo a su cuarto y las comió a escondidas. Bajó a la cocina, fue por una cuchara, abrió el refrigerador, tomó la nieve y se la llevó. Una vez que terminó, fue al baño. Pasaron veinte minutos, Dafne abrió la puerta, ahí estaba Rita; en el piso, inconsciente.

Llegaron a casa después de estar cinco días en el hospital. Había sufrido deshidratación y al parecer una complicación cardíaca había aparecido.

Media hora después de un descanso en el sillón, regresaron las náuseas. Trató de ir al baño, pero su madre no la dejaba de vigilar. Se levantó y se fue a su cuarto. Ahí estaba Susana, sentada en la silla frente al escritorio. Se recostó en su cama, sentía un dolor intenso de cabeza, volteó al techo y cerró los ojos. Se quedó dormida.

Pasaron tres horas, despertó y salió al baño; regresó al cuarto y vio en la otra cama a Susana, dormida con la boca abierta. A Rita le pareció una imagen grotesca.

“¡Mírala, es horrible!”, pensaba Rita. “Mi papá siempre dice que físicamente somos muy parecidas, pero ¡yo no lo creo! Hace poco me enteré de que en Veracruz hay un pueblo que se llama Catemaco, según dicen, que es un lugar donde las personas practican la magia y la brujería; me gustaría ser de allá y echarle un clavo con pelos en la boca, o un huevo podrido y que muriera lentamente. Dicen que ahí, también existen unos seres que los llaman los chaneques, son como duendes que se pasean y juegan en los platanales. Al parecer son malvados. Ahorita que veo a Susana, me imagino que un chaneque debe ser así como ella”.

Dos años después, Rita se encontraba en el cuarto de su hermano. Un inmenso júbilo recorría su cuerpo, sentía cómo su corazón palpitaba y las manos le sudaban. Maravillada y hechizada, veía hacia la ventana.

Sus padres y su hermano Lucas habían salido de la ciudad, pues fueron a visitar a la tía Claudia, hermana de su mamá. Pensó que no estaba su hermana y, sabiendo que al hijo de Susana lo habían llevado a casa de sus abuelos, salió al Oxxo. Compró unas sabritas amarillas y una coca de un litro.

Mientras estaba por entrar a su casa pudo observar a su hermana en el techo de la planta baja, ese techo daba justo a la ventana del cuarto de su hermano.

Prestó atención y vio a su hermana sentada en el tejado, tal como una monstruosa gárgola.

Se la imaginó igual que ese dragón que arrasaba con una localidad y consumía todo lo que encontraba a su paso. Su hermana era la imagen perfecta de otra leyenda que había leído, *La Gargouille*; un dragón que fue abrasado en la hoguera, pero que su boca y cuello no se quemaban.

¿Qué hace ahí?

Se supone que las gárgolas, en un sentido útil, son para desaguar los tejados, pero su hermana no desaguaba el tejado sino que, al igual que ese animal monstruoso, expulsaba fuego y humo.

Rita observaba a su hermana y sonreía. Sabía que ese insignificante descubrimiento implicaba un momento de soborno que podría utilizar.

Decidió subir y esperó sentada en la cama.

Entró Susana. Se sorprendió tanto al ver a Rita que le dio un subidón que casi le arruinó el viaje; sin embargo, si algo la caracterizaba, era que nunca sentía temor por ella. Hasta se sintió contenta y enérgica.

—Le voy a decir a mis papás que estabas fumándote un churro de mota en la casa —dice Rita.

—¿Sabes qué, Rita? Ya entiendo lo que dicen mis papás y toda la gente, ¡estás loca! Los he escuchado lamentarse por ti, ¡pobres! He visto cómo sus ojos se horrorizan al verte y se avergüenzan. ¡Mi papá llora por ti! Primero porque eras una ballena grasienta, y ahora porque apestas peor que un baño público, a vómito.

—¡Ahora resulta que no sólo eres puta, sino también drogadicta!
Rita nunca pudo salir victoriosa de la hostilidad de Susana.

—¡Ay, Rita!, por fumar mota ¿crees que soy drogadicta? ¡Me das pena!

Rita regresó a su cuarto. Azotó la puerta.

Tenía los ojos llenos de rabia, una rabia que no podía explicar. Lloraba y sudaba.

De nuevo sentía cómo las náuseas invadían su cuerpo, se paró frente al espejo y miró todo lo que Susana le dijo. Sintió cómo su cuerpo apestaba. Se fue al baño, abrió la regadera, pero se quedó hincada frente al excusado.

Los siguientes días Susana y Rita no cruzaron palabras. Se evitaban lo más posible, al parecer se había formado un momento de tregua. Las dos esperaban que regresaran sus padres.

Pasaron dos días más y ninguna supo de la otra. Era sábado por la noche y Susana aprovechaba la ausencia de Carlos, su hijo, para relajarse. Ya era domingo y tenía que ir por él. Pasaban de las seis de la tarde, tomó el carro de su papá y manejó hasta la casa de los abuelos del niño. Tocó la puerta. Abrió la abuela.

—¡Hola! Vengo por Carlitos.

—Hoy en la mañana vino Rita —le dice la abuela— me contó del accidente de tus papás y se llevó a Carlitos. ¿Todo bien? ¿En qué puedo ayudar? —Susana no entendía lo que le decía.

Tomó su teléfono y marcó a Rita, pero no respondió. Volvió a marcar.

—¡Estoy en la casa! —respondió Rita.

Susana condujo hasta allí. Nunca había sentido temor por Rita, hasta ahora.

Entró y en la sala estaba Rita, sentada. Jamás había visto su rostro así, templado; se le apreciaba una ligera sonrisa.

La rana de madera

Roberto Enríquez

Caminando de regreso a casa de la tía después de sus clases en la universidad, el Rojas recuerda que lamentablemente la tarea de Pensamiento Arquitectónico Contemporáneo requiere realizarse en equipo y, como en muchas ocasiones, está obligado a juntarse con la única persona del salón que no quiere juntarse con nadie más. “Ve de una vez, no alimentes al mono de la gratificación instantánea”, piensa, recordando una de las tantas recomendaciones que hace suyas desde que comienza a consumir *Ted Talks*. Encuentra en esas pláticas lo que el soldado encuentra en las órdenes de sus superiores: dirección y el sutil desapego a la angustia que conlleva la toma de decisiones.

El Rojas siempre camina con prisa, como si sus pensamientos lo hostigaran. Hoy matraquea, alucina en torno a la idea de convertirse en comediante. ¿Es ese su pase a la memoria colectiva? Se ve interrumpido por el recuerdo de la última ocasión que sube a algo ligeramente parecido a un escenario, durante el funeral de su abuelo, nada meritorio de elogio.

Ha llegado a la casa de su compañera. Toca el timbre en un par de ocasiones.

—Hola, adorable Rita. ¿Puedo preguntarte algo discretamente? ¿Cuándo estás libre para hacer la tarea conmigo?— Imita la canción de los Beatles.

El Rojas sabe que a ella no le causa ninguna gracia cuando le dice adorable Rita. Y lo nota de nuevo al observar cómo le voltea los ojos.

Pero no lo puede evitar, así funciona su mente: crea asociaciones y se obsesiona con ellas, como danzantes de la lluvia en tiempos de sequía.

—Pasa. Nos dividimos rápido el trabajo —le responde.

Rita es unos años mayor al Rojas, es una estudiante ensimismada, con aires de superioridad al del resto del grupo; está estudiando su segunda carrera. El hecho de que ya se ha graduado de Biología le fascina al Rojas, bueno, ella le fascina en general. Parece tener todo bajo control, ser mentalmente fuerte y alguien que hace de su vida lo que su voluntad desea.

Él entiende perfectamente la situación y se comporta con la discreción acorde, sabe que no hay nada entre ellos más que algunos momentos de colaboración forzada.

Rita se encarga de delegar responsabilidades. A uno le toca juntar la información y al otro presentar ante el grupo. El Rojas escucha y piensa en volver a provocarla, piensa en preguntarle: “¿Dónde estaría sin ti, adorable Rita?”. En decir: “guíñame el ojo y sólo pensaré en ti”. Le gustaría que los ojos de Rita giren como giraron los de Tarquino al mirar a Lucrecia. Pero por el momento sólo observa. Ya terminada la organización, buscando la forma de quedarse aunque sea un momento más, pide un vaso de agua y se le ocurre ofrecerle de su nueva mercancía.

El Rojas obtuvo una cantidad decente de mota que llevaba un tiempo vendiendo en la universidad, siempre a personas de otras facultades, con una pericia sólo habitual de él cuando toma el rol de pequeño emprendedor, a lo Jake Gyllenhaal en *Nightcrawler*. Fue hace unos meses que tuvo la oportunidad de ir a saludar a su hermano, acostumbraban juntarse un par de ocasiones al año a platicar mientras veían algún deporte en la televisión. Aunque era más un ritual que un gusto, observar un partido justificaba la visita, les permitía pensar que su reunión era irrelevante, que no tenían la necesidad de verse, que no terminarían preguntando por mamá.

Era temporada de béisbol. Llevaban unas cervezas encima y estaba reñido en la quinta entrada el juego de los Yankees contra los Azulejos. Decidieron apostar considerablemente, al Rojas siempre le ha gustado irle al menos favorito y le pone a Toronto. Para la suerte de su hermano un cuadrangular dejó tendido a los Yankees. El Rojas ya estaba a punto

de perdonarle la apuesta. Le dijeron: “¿Ves esa mochila gris? Ábrela y llévate unos diez puños de lo que tiene dentro”.

El Rojas había analizado muy bien cómo manejaría su actual negocio; las drogas realmente nunca habían sido lo suyo, sólo se había atrevido a fumar en una ocasión cuando su hermano lo invitó a un concierto de música electrónica. De antemano era propenso a la ansiedad, la combinación del ambiente y la cantidad de gente lo pusieron en un estado tan intolerable que terminó por pedirle a su hermano que lo dejara dormir en el carro; le dijo que estaba cansado. Se informó sobre la cantidad de portación de marihuana permitida por la ley mexicana, y nunca salió con más de cinco gramos a la calle.

Toda su vida se había dedicado a vender algo. Le encantaba, le gustaba la sensación de ser necesario, de ser requerido; y recientemente era su manera de obtener una serie de útiles clave, principalmente pinturas de acrílico para elaborar una serie de piezas al aire libre que pudieran darle la oportunidad de ser reconocido. Cuando estuvo en la primaria el Rojas comerciaba los tazos que venían en las bolsas de papitas, pero nunca pudo obtener más de tres pesos por uno, no le salía lo suficiente. En una ocasión se dio cuenta de que la viejita que atendía la farmacia de la esquina estaba más preocupada por el *Show de Cristina* que su presencia. Alcanzaba a abrir y sacar los tazos a dos o tres bolsas de Churru-mais con limón antes de sentirse expuesto. Siempre compraba una para no levantar sospechas. El día que se escuchaba desde la televisión algo sobre una niña que podía ver las auras de las personas, observó las nuevas cajitas Sonrics que incluían dentro un juguete sorpresa de la colección “monstruos de Bolsillo”. Odiaba que le salieran repetidos, así que se le ocurrió venderlas ya abiertas.

Desde el funeral de su abuelo se le había metido a la cabeza la idea de que todos estamos aquí para dejar un legado, pero pocos lo logran. Fue después de ver la *Ted Talk*, “9 lecciones para la vida de la escalada en roca”, que se levantó temprano el siguiente día a subir un pequeño cerro que quedaba detrás de la casa de su tía. En el camino se fueron vinculando su gusto por la pintura, las rocas que observaba, su nueva visión en la vida y un libro de anfibios que compró de niño en una segunda.

Es difícil entender cómo decide alguien dedicarse a pintar rocas de animales, especialmente ranas, pero para el Rojas eso se había convertido en su misión.

Apropiándose del cliché del *Pusher* que merodea alrededor de las secundarias públicas disfrazado de paletero, buscando inocentes víctimas a enganchar y convertir en inescapables consumidores por el resto de sus cortas vidas.

El Rojas le ofrece gratis a Rita los gramos que trae a la mano. Es algo muy inusual que se exponga de esa manera, pero justo esa mañana se ha topado con la idea de que uno debe tomar más riesgos. La zona de confort es un lugar bello, pero nada crece ahí, es la frase que recuerda en ese momento.

Seguido solía poner a prueba la información que se enfrentaba en internet. Hubo un día que no dejó de sonreír tras leer que portar, incluso mecánicamente, ese gesto motivaba la producción de dopamina en el cerebro, y decidió partirse el cabello para el lado opuesto al que siempre hacía cuando aprendió de Wikipedia que la quiralidad es la propiedad de un objeto de no ser superponible con su imagen especular, lo que significaba que su peinado del espejo no es el mismo que su peinado real, justo su contrario.

No es tanta la sorpresa que obtiene cuando le acepta la mercancía Rita, una bióloga aparentemente antisocial que, como su hermano, tiene Bonobo de música de fondo en su casa.

—Espero que nos veamos pronto —le dice, mientras sale y feliz toma rumbo a la casa de su tía.

Durante la noche recibe una llamada de Rita: “Ahora sí la cagaste, compañerito, no tienes nada que hacer vendiendo mota por aquí, no tienes idea con quién te has metido, valiste madre”. Silencio. Inmediatamente sobrevino el miedo y coraje. Se siente traicionado, no puede aceptar la situación, le parece todo un chantaje. Recuerda el funeral de su abuelo, su tía lo ha chantajeado de la misma manera.

El funeral podía haberse llevado de forma típica, sin incidentes mayores al llanto, el desvelo y la borrachera. Sólo la vida del abuelo lo impidió. El sueño de muchas personas es estudiar, conseguir un buen

empleo y tener una familia. Su abuelo tuvo dos y ambas tenían el mismo derecho a asistir al velorio.

El Rojas llevaba algunas horas en la funeraria, estaba sorprendido de lo bien que se expresa toda persona del difunto. Le parecía difícil asimilar tanto cumplido, todo mundo se expresa con cariño de un muerto, pensaba. Al mismo tiempo intuía el valor de esas conversaciones, de la memoria, de quedar congelado en el tiempo como la rana de la madera.

Lo interrumpieron las órdenes de su tía: “Mijo, ayuda al muchacho con la corona de flores. Que quede bien centrada”. En un instante quedaría involucrado en la novela que era su familia. Siguió al de las flores mientras cuidaba su paso, observó por el hueco mucha gente sentada en la sala, el olor del adorno lo hizo recordar que la intención de las flores era cubrir el proceso de descomposición, el conjunto de sonidos le había recordado a una canción de Björk. Subió un peldaño, se detuvo cuando observó que el cajón ya tenía un arreglo encima.

El repartidor de flores hizo contacto visual con él, miró a los alrededores y se percató de una pequeña columna decorativa que se encontraba a las orillas del espacio.

—Pásame la corona que traes—le dijo—, yo la acomodo aquí, tiene su chiste. Tú pon las que están ahí arriba allá en la esquina.

El Rojas siguió las instrucciones que le habían dado. En el momento en que tomó en sus manos la guirnalda se dio cuenta de un silencio que había invadido la funeraria, como si todos a su espalda pasaran por la primera etapa de un enorme suspiro. Entonces leyó: “De tu esposa y tus hijos, siempre en nuestros recuerdos”.

Sintió que esa media vuelta que daba no podía pasar más lento, hasta que se topó con esos rostros. Eran las caras de los otros: los otros hijos, los otros nietos, la otra esposa. Esa combinación de odio, completa sorpresa y repugnancia en alrededor de quince semblantes seguiría apareciendo en su mente. Tenía ganas de vomitar.

Buscó un rincón para sentarse, no podía más que repasar el momento. Sentía el cuerpo rígido, como si se congelara; le dio terror pensar que esa imagen quedaría de él para siempre, que no podría dejar de ser más que un monstruo en los relatos de esas personas. Pensó en

su propia muerte y si serían esas caras los personajes principales que proyectaría su mente en la película de su vida. No pudo percatarse de nada más hasta que llegó su hermano.

—Ya me contaron lo que hiciste.

Quiso golpearlo en ese momento.

—Cálmate, tengo un tequila en el estacionamiento.

En cuanto salieron vio que había pasado un tiempo considerable. Ya estaba un grupo de personas tomando en el lugar. Su mamá los estaba buscando. Alcanzaron a tomarse un par de tragos de la botella cuando ya se habían acercado los que en otras condiciones llamarían sus medios primos. De ahí no tardó mucho en hacerse un completo bullicio. El Rojas apenas pudo quitarse alguno de encima cuando escuchó un grito y alguien caer. Uno supondría por la televisión que las botellas se rompen cuando golpean a una persona en la cabeza. Nunca supieron quién agarró la de tequila ni cuánto tiempo llevaba su mamá intentando detener la pelea. Sería diagnosticada con amnesia postraumática.

Ahora recibe esa llamada de Rita. No puede aceptar que su obra quede inconclusa. “Debo tener ya suficiente dinero, ya tengo ubicados algunos de los lienzos a las orillas de la Carretera Transpeninsular, mañana temprano puedo salir, pintar, dejar mi huella”.

Se despierta con el sonido de su celular, es otro mensaje. “Hola, adorable compañerito, ¿tendrás más de lo que me regalaste ayer?, espero no te hayas molestado con la broma. Sí puedes pasar hoy a mi casa. Saludos”.

Experimental

Zulma Rodríguez

Sedina y Lili eran chicas de diecisiete, compartían clases, las frituras con salsa picante y la botella de refresco. Eran de piernas largas, llevaban faldas a cuadros con líneas rosas y zapatos empolvados. Una tenía la piel color mostaza, la otra era de tez apiñonada y sufría de acné. Sedina quería ser realizadora videasta. Participaría en la convocatoria de Video Experimental Estatal para llevarse el primer, segundo o tercer premio. Obtendría algún lugar en ese concurso, lo sabía y lo quería; de algo serviría ser la fotógrafa oficial de las fiestas familiares. Decían que sabía encontrarle el lado a cada persona. Ella lo traducía en buscar la iluminación y composición adecuadas para lograr buenas imágenes. Invitó a Lili a participar con ella. Lili sugirió filmar la vida estudiantil: la apatía y la crítica escolar de la que intentaban salir ilesas. Sin embargo, Sedina creía que el tema del proyecto tenía que ser otra cosa, algo de mujeres exponiendo sus ideas. Sin duda hablaría sobre sentimientos, pero no lo diría tal cual; los sentimientos, como propuesta audiovisual, se sobrevaloraban o simplemente parecía algo cursi. Tampoco quería darle demasiada importancia ni solemnidad al video. Quería ideas con movimiento. Entonces pensó que tendrían que cantar y bailar. Grabarían mucho material. Algo ocurriría.

Con el dinero del premio replazaría su vieja cámara digital y podría comprar un buen programa de edición. Futurizar era sencillo: tendría una casa productora con una cartera de clientes nacionales y extranjeros. Con prestigio y algo de fama también llegaría el dinero.

Entonces Sedina solucionaría sus problemas de acné; deslizaría su tarjeta dorada en una clínica dermatológica donde un doctor eliminaría las erupciones y cicatrices, porque las cremas limpiadoras no habían servido de mucho. Nadie la volvería a llamar cactus o piña. También quería que parara ese mal sueño donde tenía la cara sucia con granos creciendo a velocidad acelerada; Lili estaba frente a ella, a punto de besarse, pero en el último momento, Lili arrugaba la nariz, se daba la media vuelta y en cámara rápida se alejaba sin voltear jamás.

Sedina le contó a Lili que pensaba invitar a Jazmín a colaborar en el proyecto. Lili intentó entender por qué Jazmín. Seguro porque a los demás les gustaba escucharla cantar y además era bonita. Era la razón por la que entonaba el himno durante las festividades escolares. Por otro lado, a Sedina le divertía el ceño fruncido y los ojos acuosos de Lili. Niña berrinchuda. Era innegable que Jazmín era grosera. En una ocasión, le dio un jabón a Sedina y le dijo que, por favor, se lavara la cara. También era verdad que ambas creían que Jazmín y otras compañeras eran chicas tontas: descontroladas en la intimidad por alcanzar la belleza de una influencer, ansiosas por enredarse con chicos de la escuela o amigos en la red. Pero ese no era asunto de Sedina, aunque sí lo era prepararse como creadora visual.

Durante la siguiente semana grabaron audios y videos: rostros y voces. Ellas perpetuadas en pixeles. Lili insistió en saber si Jazmín llegaría en algún momento. No estaba invitada, pero Sedina le hizo creer a Lili que sí. El material que necesitaban lo produjeron ellas: cantaron, recitaron poemas e hicieron mímica con movimientos exagerados. En una sesión, Sedina se desvistió frente a la cámara, Lili cerró los ojos y luego los abrió poquito. Sedina se quitó el uniforme escolar, se puso una camisa negra y un moño rojo de su hermano. Luego cantó algo de un chico enamorado a una chica; al final, se peinó los rizos con los dedos y aventó un beso a la cámara. Lili quería ese beso, y luego otro y otro, reproducirlos en bucle, un video sin fin en su memoria; ponerle filtros de colores, musicalizarlo con algo rítmico. Se obligaba a pensar en otra cosa; ella algún día conocería a un muchacho y se casaría. Ni siquiera conocía un poema que fuera de una mujer a otra mujer, y tampoco le veía sentido a buscar algo que no quería encontrar. A veces deseaba

odiarla y decirle que su rostro no se arreglaría, que un cactus siempre sería un cactus; en cambio, ansiaba acariciarle el cabello hasta que se quedara dormida; compartir su habitación, sin importar si discutían porque una quería dormir con la luz encendida y la otra no; detestaba sus ganas de ayudarla a conseguir un trípode y una cámara nueva.

Lograba odiarla a ratos cuando Sedina le negaba haberse reunido con Jazmín. Seguramente tenía muchas fotos y videos de ella. Imaginaba que al final la dejaría fuera por quedarse con Jazmín. Lili se comunicaba con Sedina, esperando que ella no adivinara sus pensamientos, pero el fastidio escapaba en sus mensajes sin lograr confesar la razón. Se enviaban memes y escribían por un rato, luego Sedina se desconectaba para seguir editando; consultaba el libro de video y edición, el que le obsequió su mamá por su cumpleaños. Las novedades del libro eran prácticamente nulas, pero era su regalo; además, el capítulo de composición e iluminación se mantenía vigente. Su mamá presumía con las vecinas que su hija iba a ser “grabadora de videos” cuando fuera grande; “productora o realizadora”, la corregía su hija.

El proceso de posproducción y un periodo vacacional las distanció. Sedina intentaba montar el audio de un poema que Lili recitó. En el video Lili parecía otra persona, una muchacha a la que no conocía, pero desearía conocer. Buscaba la perfección, tan escurridiza que se fugaba al menor descuido. Algunas imágenes se desfasaban del audio, editaba una cosa y salían otros errores. El cierre de la convocatoria se acercaba. Sedina se rascaba la cabeza y la frente, resoplaba al recordar que con las manos sucias se extendía el acné. El video sólo duraba un par de minutos, la realización semanas. Era el precio para conseguir un equipo nuevo. Tenía los ojos rojos y el cabello enredado en un chongo deprimido. La mamá de Sedina intentó invitarla a salir, y ante las negativas le llevó fruta y ensaladas con sal y limón con tal de que no saliera a comprar refrescos y frituras.

Cada vez que Lili mandaba un mensaje a su amiga, vigilaba el tiempo hasta recibir respuesta. Nunca eran suficientes los emojis o los mensajes. ¿De verdad seguía editando? ¿Cuánto podía tardar en el video? Seguramente Jazmín estaría en la habitación con Sedina, sentadas en la cama. La madre encantada de ver que su hija tenía más amigas.

Lili quería sorprender a Sedina y a Jazmín. Encontrarlas sentadas muy juntas, calladas o riendo, le sentaba mal; cualquiera que fuese la posibilidad. Tenía que comprobar o alejar esos pensamientos. Esa misma tarde decidió descartarlos cuando conoció a un chico. Era primo de un vecino que estaba de visita por las vacaciones de verano. Con él tuvo su primera sesión de besos prolongados. A los días llegaron las caricias junto con un encuentro sexual abrupto que Lili interrumpió. Le pareció innecesario el ardor y las molestias en su entrepierna y los besos desabridos. Se le revolvió el estómago. Por eso, Lili empujó al muchacho para quitárselo de encima; tropezó un par de veces con la cinta de los zapatos antes de llegar a casa. Se bañó por media hora, intentando desprenderse de los olores.

Por la noche se presentó ante Sedina. Lili creía que su amiga olería su decepción. Sedina había trabajado durante horas y, por fin, escribía los créditos. Iba a darle la sorpresa a Lili en cuanto terminara. Le mostró el video. Cada una se nombró la peor actriz en la mejor producción, la ganadora sin lugar a dudas. Sólo quedaba enviar el video y esperar el resultado favorable que se publicaría en un mes. Luego Lili se recostó con los ojos abiertos, mirando las manchas en el techo; después, vigiló el rostro con acné y los dedos brincando sobre el teclado de la computadora. Pensó en Jazmín. Jazmín no había estado sobre esa colcha de flores y no lo estaría nunca. Sedina cerró la computadora y se acomodó al lado de Lili. Entre balbuceos le dijo que olía rico y fingió roncar con chiflidos. Lili le deshebró el cabello hasta que se quedó dormida. Apagó la luz para que descansara, aunque ella misma no se sintiera cómoda en la oscuridad.

El fútbol sirve para nada

Jesús García Mora

—Órale, pásame el balón, estoy solo —le decía Jorge a su primo mientras miraba cómo el balón salía rodando hasta la otra calle—. Pinche Germán, no mames, otra vez la cagaste.

Los papás de Germán acostumbraban visitar a la familia de Jorge los viernes y sábados; se juntaban a platicar los nuevos chismes, principalmente los del abuelo y los del primo Javier, sobre las clases de música, la carpintería, el crecimiento de los niños, las calificaciones y sus nuevas amistades.

Otra intención de las reuniones era que los chicos convivieran; como Germán era hijo único, en la escuela no hablaba y en la colonia no jugaba con los vecinos, le tocaba a Jorge y a sus amigos entenderse con él. No era bueno socializando. Incluso, en ocasiones casi casi se le tenían que sacar las palabras de la boca, pregunta tras pregunta hasta que soltara dos o tres frases. Ni para comer servía. Su mamá se quejaba constantemente sobre su mala alimentación: que no le gustaba la verdura ni el agua natural, que en los tacos solo pedía uno y con pura carne, que pensaba que el lonche para la escuela lo regalaba porque cada día estaba más flaco y más pálido.

Tampoco era bueno jugando fútbol, pero era lo más divertido que encontraba para hacer. No sabía patear la pelota. Por más tiempo que su padre dedicara a explicarle cómo se trataba un balón de fut, Germán parecía no escuchar y atacaba contra el esférico con la punta, siempre con la punta de los pies; jamás metió el empeine o los tres dedos, le

valía madre cuantas veces se lo repitieran, pateaba la bola con tanta fuerza y con tanta furia que parecía querer reventarla. A pesar de que su alegría estaba cerca del deporte, lo practicaba siempre enojado, molesto por no tener la dicha del juego bonito, por no poder gambetear como lo hacían los jugadores profesionales, por ni siquiera saber saltar adecuadamente, por tener miedo de meter la cabeza, por no tener las agallas de realizar una chilena o una tjerita.

Desde pequeño estaba destinado al fracaso.

Para lo único que servía era para permanecer callado, el silencio era su principal cualidad, ser mudo su mayor virtud. Germán tenía un inmenso miedo por hablar, tanto que sus disgustos y enojos los demostraba sólo con gestos y muecas; a lo más que llegaba era a balbucear.

Sin embargo, su padre solía hablar de sus dotes artísticas con suma presunción. Contaba que a la guitarra le tenía afecto suficiente, con orgullo decía que trataba de espiarlo para escuchar cómo tarareaba canciones de Miguel y Miguel cuando hacía la tarea. ¿Cómo no estar enaltecido por eso? Si Ramiro, desde que supo que tendría un hijo, soñó con que fuera músico, pero famoso, no como él, un simple profesor.

Mientras los padres hacían su argüende y contaban los chismes acompañados de infinidad de cervezas y botanas, Jorge y Germán corrían con los vecinos para armar las retas. A las cinco de la tarde todos los que quisieran jugar a la cascarita debían estar afuera de la tienda de don Juan.

Quince, veinte minutos después, el grupo estaría completo. Los más grandes siempre eran los capitanes y Germán el último en ser elegido, no por ser el más pequeño, sino por ser el de menos dones futbolísticos.

—No mames, Germán, malícala, pégale despacio.

Jorge estaba cansado de solapar las malas participaciones de su primo, estaba hasta la madre de ir por los balones que mandaba a las calles anexas a su cuadra, de subir la colina, de pedirle permiso a los vecinos de pasar a sus patios para sacar la pelota. Sí, estaba cansado pero debía hacerlo, no podía dejar abajo a Germán, alguien debía encargarse de él.

Los más grandes del montón eran el Gordo y el Alan, casi mayores de edad, eran los que cuidaban de los pequeños, los primeros en

ayudar en las peleas, los que aplacaban las broncas, los que ya salían a pistear, los que cotorreaban a las morras.

El Gordo solía ser abusivo con los nuevos niños o con los más chicos, pero con Germán no, decía que estaba muy pendejo como para sopapearlo más.

Durante los partiditos, su diversión era ver cómo se pateaban las espinillas, los lloriqueos, las amenazas con decirle a papá, las mentadas de madre. Su regocijo era ese, ver cómo se molían los demás.

—Óra, pinche Gordo, tira un cañonazo, putito.

Alan solía marcarle retos al Gordo en cada cascarita, como buen amigo de la infancia atendía cualquier desafío que el otro le impusiera. Esa ocasión, el obeso muchacho no la pensó dos veces y con su inmenso empeine izquierdo disparó el balonazo más rápido que se ha visto entre las calles 18 y 19, un balazo fortísimo que se estrelló en la insignificante frente de Germán.

Los dos equipos reventaron en carcajadas, ver un balón detonarse en el rostro de un compañero puede llegar a ser el momento cumbre en la alegría de todo niño.

Jorge no pudo evitarlo y se rio mientras corría en su auxilio.

Germán yacía en el asfalto, en su frente podía percibirse la marca de las costuras del balón de fútbol; respiró, pero parecía dormido, ¿quién podía morir por un balonazo disparado por el Gordo?, imposible, pero nadie quería estar en el lugar de Germán.

Mientras seguían las risas, carcajadas y bromas sobre el desmayado, Germán se hundía en un profundo sueño. Perdió la noción del tiempo y poco a poco dejó de escuchar las frases de los demás niños, fue perdiendo los sentidos hasta caer en un lugar blanco, un reposo donde escuchó una voz:

—En tan pocos días no puedes amarlo, regresa conmigo, tienes que intentarlo, agarra tus cosas, déjale un escrito en donde le digas no te necesito, y ya ven a mis brazos que estaré contento cuando escuche el ruido que harán tus zapatos. Pa' escribir canciones como esta, mi niño, hay que ser un cabrón. Ira, las botas y el sombrero no hacen al hombre, las viejas sí. Entonces, ¿qué debes hacer pa' componer así de chingón? Pensar en las mujeres, besarlas, amarlas, dejarlas, engañarlas,

¿entendistes? Pa' componer así de chingón, así de chingón, morrito, ocupas enamorarte y después valer madre, o sea, desenamorarte, el principio y fin de toda pieza musical lo determina una dama —escuchaba cuando caminaba en ese lugar tan claro, mientras a lo lejos vislumbraba una silueta sombreruda. No tengas miedo, morro, sé que apenas eres un niño pero debes de seguir caminando hasta llegar a mí, yo te diré el secreto. Dicen que los sueños siempre te muestran el camino, entonces pa' eso estoy aquí, pa' decirte qué sigue, qué hay que hacer. Soy Isidro Chávez, el Cantautor del pueblo, Espinoza Paz pa' los compas. Vamos rápido, amiguito. El mundo quiere puro agachao, puro lambiscón, pura raza que se deje mandar, y sí, tú vas pa' llá, pero tienes un don, y no, no es el fútbol, esa madre ya déjala, no sirve para nada, pinche sueño mamón ese de estar pensando en ser futbolista. Tu don lo tienes atorado en la garganta, viene desde el estómago, está atrancado en el buche, cabrón, es eso que sientes que te raspa cuando quieres decir algo y no puedes. Tu gracia es la cantada, papá, ¿sabes a qué me refiero? A llegarle a las morritas con guitarra en mano y entonarles una de José Alfredo o, por qué no, hasta una mía cántales, pero cántales, no le saques. A las muchachas les gusta que les digas cosas al oído, pero si es entonadito ya chingaste, así estés todo gacho y feo, van a caer. Morro, no tiene pierde, deja de jugar esa pendejadita y vete por tu guitarra, ahí empieza todo, en la soledad de tu cuarto, pensando en la muchachita o en las muchachitas, ya tú sabrás. Piensa en el placer más que nada. Ira, ya para terminar, chaparrito, la faena llevará su tiempo, no mucho porque tienes talento, pero algo te tendrá que costar. Ponte a comer, no fumes, no tomes, no te drogues, pero coge mucho. No dejes la guitarra ni un sólo momento, usa el sombrero cuando sea el día indicado, no antes porque estás muy flaco y te verás cabezón. Escríbele a las morritas, si no te gusta una pues consíguela. Pero sobre todas las cosas, sal del silencio, chaparrito, sal del silencio —le decía la figura que a los metros avanzados iba cobrando forma. En el camino recorrido, Germán ya podía distinguir una tejana negra, botas de cocodrilo, una camisa vaquera de seda, un tipo tostado con un vello facial escaso, falto de gracia, pero con una sonrisa que dejó entendido lo bien que le iba en la vida.

—Ya está abriendo los ojos. Pinche morro, nos habías asustado —entre risas decía el Gordo.

Germán abrió los ojos de un solo golpe, se puso en sus dos pies, se sacudió las piernas y espalda, se palpó la frente, observó su mano para inspeccionar si había sangrado, observó directamente a los ojos de Jorge y después a los ojos de cada uno de los que participaban en la cascarita, respiró y les dijo: ¡Váyanse a la mierda, putos!

El profesor misterioso

Jackie Navarro

¡Diosito santo, dame fuerza para llegar a mi casa! Late tan fuerte mi corazón como tambores retumbando en mi oído —¡tum!, ¡tum!, ¡tum!—. No puedo escuchar si las pisadas siguen detrás de mí. Juan, ¡oh, por favor, que estés bien! Me siento tan exhausta como si hubiera corrido un maratón. ¡Diosito, dame fuerza! No dejo de decirme a manera de aliento para seguir corriendo hacia mi hogar en medio de la oscuridad.

La noche es muy fría, pero mi cuerpo está a punto de arder; siento cómo los vasos sanguíneos me irrigan de pies a cabeza. Voy tan agitada que no siento los rasguños que me hago al pasar por los arbustos fuera de la vereda. La neblina llega hasta el suelo, esta noche no hay luna, así que la oscuridad es más profunda. No puedo ver hacia dónde me dirijo, sólo sigo mi instinto. ¡Dios mío, no nos desampares! ¡Estoy aterrada!

Ahora entiendo las palabras de mi abuelo cuando me dijo: “Marianita, ni se te ocurra hacerte la heroína, no sabes con quién te estás enfrentando; si nuestras sospechas son ciertas, necesitaremos un ejército para combatir sus poderes. Deja las cosas así, no lo alertes porque será más difícil vencerlo”. Me advirtió en tono severo.

¿Por qué no le hice caso? Siempre me he caracterizado por ser intrépida, decidida y perspicaz. La gente dice que mi madurez e inteligencia corresponde a una mujer de más edad para mis catorce años. ¿Por qué no fui inteligente para seguir el consejo de mi abuelo? ¿Por qué involucré a Juan en esto?

Hacia cinco meses que habíamos iniciado ciclo escolar y seguíamos sin maestro. Nuestro pueblo es una comunidad rural en lo alto de la sierra de Baja, sumergido en una serie de grandes colinas que desde la cima de la montaña más alta, a la que llaman el cerro de La Encantada, se puede observar al oeste el océano Pacífico y al este el golfo de California. Es un pueblo al que sólo se llega a pie o a caballo, después de un recorrido de seis o siete horas desde el punto más cercano en carro.

Mi comunidad tiene mucha historia: los primeros pobladores del estado se asentaron en estos terrenos, teniendo creencias míticas sobre toda la naturaleza que los rodeaba. Muchos de los que vivimos aquí somos sus descendientes después de muchas generaciones.

Como somos una población de no más de ciento cincuenta personas, entre niños, jóvenes, adultos y los abuelos; sólo tenemos una escuela, donde hay un profesor que atiende a los pequeños del nivel de primaria y el que enseña en secundaria. Al término del ciclo escolar pasado el Profe Ramón, maestro de la secundaria, se despidió de nosotros. Le había llegado su jubilación y, debido a sus continuas reumas y dolores artríticos provocados por el frío, decidió mudarse a otro lugar con clima más cálido.

Pasaban los meses y nosotros, los de la secu, seguíamos sin profe, nos medio atendía la maestra Jovita, pero le era imposible preparar clases para todos los grados de primaria y, de pilón, los de secundaria. Cada quince días llamaba a la delegación municipal para preguntar si ya tenían maestro para La Encantada, y no había respuesta favorable. Le decían que no había profesor que se animara a vivir tan alejado de la civilización, y además en un clima fresco. Será que nosotros hemos vivido aquí toda la vida, que yo no siento que haga tanto frío.

Era un viernes por la tarde, el sol comenzaba a esconderse detrás de las montañas y la brisa aparecía en el cielo cuando llegaron a caballo tres hombres. Uno era el representante del Sistema Educativo de la cabecera municipal, a él ya lo conocíamos porque una o dos veces al año visitaba nuestra comunidad para traernos los libros de texto y materiales para la escolita. El otro señor, con su uniforme de guardabosques, era Manuel, el encargado de guiar la cabalgata hacia el pueblo. El tercer hombre, un adulto joven de unos treinta años, esbelto,

alto, de tez clara más bien pálido, sus ojos perfectamente redondos, negros, profundos, con una mirada que te cuesta trabajo mantener el contacto visual, un tanto místico y excéntrico, nos llamó la atención inmediatamente. No terminaban de bajar sus cosas del caballo cuando ya estábamos la mitad del pueblo a su alrededor, para saber a qué se debía la llegada de ese extraño personaje.

La profe Jovita, luego luego fue a saludar al representante del Sistema Educativo.

—No me diga que nos trae buenas noticias —fue lo primero que salió de su boca y con una enorme sonrisa.

—Le presento al nuevo profesor de secundaria, el maestro Mateo —le respondió con mucha solemnidad.

Qué gran alegría, por fin la llegada más esperada.

El lunes a primera hora ya estábamos todos en el salón, no recuerdo cuándo fue la última vez que nos habíamos presentado todos a la escuela bañados, peinados y puntuales. Entró al salón el profesor Mateo con paso firme, erguido y con una seguridad como si ya conociera el lugar.

Ya habíamos tenido oportunidad de platicar un poco con él el fin de semana que se instaló en el pueblo. Pero para formalizar su presentación, volvió a dar datos sobre su ascendencia, sus estudios y su experiencia como docente.

—Mi nombre es Mateo Ko'lew. Soy químico farmacobiólogo, cursé la universidad en el extranjero. Pero como me gusta compartir mi conocimiento, estudié para docente como carrera complementaria hace algunos años. He trabajado en el nivel de secundaria, preparatoria y universidad. Estoy muy contento de estar con ustedes y espero que todos saquemos provecho de esta oportunidad.

Así inició su clase.

Ahora caigo en cuenta de esa frase “que todos saquemos provecho de esta oportunidad”. Tiempo después, leyendo un poco de historia de mis antepasados, descubrí que su apellido significaba “hombre cazador” en la lengua nativa kiliwa.

En el transcurso de la semana nos fuimos acostumbrando y envolviendo en la rutina escolar. A algunos de mis compañeros les costó trabajo adaptarse al ritmo de la escuela, pues a ese casi medio año sin

profesor ya le estaban agarrando gustito. Yo siempre me mantuve al corriente. Seguí las lecturas de los libros de texto y, cuando no entendía alguna lección, iba con la profesora Jovita para que me explicara, pero no siempre me podía ayudar; había algunos temas que ella decía que no dominaba porque no eran de su especialidad, así que me ponía a buscar respuesta en los viejos libros de nuestra diminuta biblioteca escolar. El abuelo me solía decir “mi pequeño ratón de biblioteca”.

Cada día que pasaba, me encantaba más ir a la escuela. Mi profesor parecía tener respuesta para todo: de cualquier tema, época o lugar; él siempre contestaba nuestras dudas.

Para la clase de biología, el maestro organizó una excursión. Estábamos estudiando el tema “Biodiversidad de la flora”, así que nos dijo muy entusiasmado:

—El día de mañana haremos un recorrido por la zona para clasificar algunas de las especies de plantas silvestres, lleguen antes de las siete para que nos rinda la mañana.

A todos nos brillaron los ojitos. Nos entusiasmó mucho el hecho de salir de la comunidad a explorar porque generalmente nuestros padres no nos dejan alejarnos tanto.

Salimos puntualmente a las siete de la mañana. Era tan meticuloso que hasta en horarios buscaba siempre la perfección. Mientras nos alejábamos del pueblo, nos iba dando toda clase de instrucciones y advertencias: “cuidado al pisar terreno resbaloso”, “miren bien por dónde caminan”, “atentos con las telarañas que cuelgan por los árboles”. Creo que como era la primera vez que nos sacaba de nuestra zona segura, trataba de quedar bien con nuestros padres para ganarse su confianza.

Sin darnos cuenta, ya estábamos en las faldas del cerro La Encantada. Yo, para romper el hielo, le dije al profe: “¡Qué rápido llegamos!, ¿usted ya conocía el lugar?”. Volteó a verme con esos ojos redondos que parecían estar más negros que nunca, y clavó su mirada en la mía. Me intimidó mucho su expresión, creo que se dio cuenta de mi reacción y el miedo que me causó porque relajó su cara esbozando una sonrisa.

—¡Claro que no! Yo sólo seguí mi intuición —me contestó con un tono muy amable.

Emprendimos a recolectar plantas silvestres: la damiana, la pitaya, anís silvestre y cerezo. Después de un rato, el profe empezaba a impacientarse: parecía que él buscaba algo en específico, observaba detenidamente en la base de los troncos de pino hasta que, por fin, su búsqueda rindió frutos. Había encontrado una especie de hongo, lo arrancó con mucho cuidado y se lo llevó a la altura de sus ojos. Sosteniéndolo con ambas manos, lo miró con tanta solemnidad que parecía que le hablaba. Yo me acerqué sigilosamente para que no notara mi presencia y tratar de escuchar lo que salía de sus labios. Lo que pude alcanzar a oír fue:

—Si sigo vivo es gracias a ti.

Cerró los ojos y se lo llevó a la boca, lo engulló de un solo bocado. Me pareció rara su conversación con el hongo y a la vez muy aterradora.

De regreso a casa, me fui directo a preguntarle a mi mamá por qué nunca habíamos comido hongos silvestres, ella abrió los ojos en señal de alerta y me contestó:

—¡Estás loca!, con un solo hongo que te comas no llegas a medianoche. Son extremadamente tóxicos, nada más de rozar su superficie puedes tener una dermatitis muy severa.

Le respondí que en las faldas del cerro La Encantada había unos que eran comestibles. Insistió en que ni se me ocurriera andar agarrando cosas sin permiso. Me contó que hace unos años, doña Mary, la esposa del conserje de la escuela, había tocado sin querer uno de esos hongos: primero le salió un sarpullido en la piel que le picaba tanto que no aguantaba ni la ropa, cada día iba empeorando hasta convertirse en cangrena; el médico del pueblo no pudo hacer nada por ella, sólo advertirnos a todos de jamás tocar ese tipo de seta.

Dudé de lo que mis ojos vieron, quizá no fue un hongo lo que se comió el profe, porque después de todo él seguía muy entero, hasta su color de piel había mejorado y sus ojos, esos ojos negros profundos, parecían que tenían un brillo especial.

Ya tenía más de un mes el profe en nuestra comunidad, se notaba que se había adaptado bien. Conocía a todos los habitantes y podía entablar una plática con cualquiera, ya fuese un niño, un joven o hasta con los abuelos. Todos en el pueblo creían que era muy agradable, a pesar de tener un aspecto un tanto excéntrico y muy pulcro.

Yo empezaba a ver en él algo extraño y tenebroso. ¿Cómo un hombre tan estudiado, inteligente y culto había aceptado el trabajo en una comunidad rural alejada de la civilización? ¿Qué intereses tenía en nuestro pueblo para que valiera la pena dejar la ciencia y la tecnología que tanto decía que le apasionaba?

En la clase de Historia empezó a platicarnos sobre los kiliwa, los primeros pobladores en habitar la sierra desde hace unos miles de años. Estos nativos tenían creencias míticas sobre el territorio que habitaban; para ellos, un pequeño río que se encontraba en una de las laderas del cerro tenía un poder mágico, y quien bebía el líquido se podía transformar en una bestia dependiendo del humor de la corriente de agua. Entre los kiliwa se consideraba que el espíritu de un ser sobrehumano era el que habitaba en esas aguas, dando poder y vida eterna a sus súbditos. ¡Oh, por Dios! ¡Qué historia tan impresionante! ¿Por qué nosotros que vivimos aquí no conocíamos este relato? Me venían a la cabeza muchas preguntas, ¿por qué el profesor Mateo sabe esto?, ¿en qué libro de historia lo aprendió?

Llegando a casa busqué al abuelo, generalmente las personas mayores saben mucho sobre la historia de la comunidad. Le platicué de nuestra clase de Historia, conforme iba contándole él parecía ir recordando datos. Coincidimos en que era extraño que el profesor, un joven foráneo, tuviera esta información si era algo de lo que se había olvidado hace muchos años y que sólo los nativos conocían.

Mi abuelito me contó la historia completa. Me dijo que, efectivamente, ese cause de agua estaba encantado, de ahí el nombre al cerro La Encantada. Recordó que su abuelo le había platicado que, hace muchos años, un grupo de hechiceros había vertido un embrujo al agua de ese río. Ellos buscaban la vida eterna, veían cómo todo florecía y no lograban entender por qué el hombre no podía alcanzar los mismos años que vivían los árboles, si se alimentaban de los mismos nutrientes de la tierra. Su hechizo funcionó, algunos hombres bebieron de esa agua y se transformaron en bestias con vida eterna.

Pero esto tenía un precio: para poder obtener los beneficios de estas mágicas aguas, debían sacrificar a un ser vivo y alimentar al espíritu del río con su sangre.

Durante muchos años, los lugareños hicieron un pacto con estos seres. Estaban dispuestos a sacrificar a un habitante cada cierto tiempo con tal de recibir protección y los beneficios que había dado la tierra a este valle. Pero llegó el momento en que desistieron de seguir con los sacrificios, así que se enfrentaron a las bestias. Hubo una gran masacre, su poderío era superior al del pueblo, muchos hombres perdieron a sus familias. La comunidad estuvo a punto de desaparecer.

Con la cabeza más fría lograron idear un plan efectivo para combatir al mal que los acechaba, descubrieron que lo único que podían usar en contra de ellos era el fuego, así que pusieron un señuelo en la plaza central, y una vez que estaban reunidos los emboscaron con cientos de antorchas encendidas. Aquella plaza ardió por tres días: desde entonces no se supo nada de las bestias. Por eso los viejos del pueblo ya no contaban esa historia.

No podía dar crédito a lo que escuchaba, ¿es en serio que sucedió esto? ¡Qué miedo! ¡Tengo que contárselo a mis amigos!

Un lunes llegamos como siempre a la escuela, entramos al salón y nos pareció extraño que luciera como lo habíamos dejado el viernes. Algunos mesabancos estaban fuera de la fila, el bote de basura estaba casi lleno, y se notaba que no se había hecho el aseo. Después de ocho años en esa escuela, era la primera vez que sucedía esto.

Don Cornelio era un hombre mayor, solitario; había quedado viudo hace unos seis años. La muerte de su mujer, doña Mary, lo había perturbado mucho. El rápido deterioro que le había ocasionado el envenenamiento con el hongo lo llenaba de remordimientos, de alguna manera se sentía culpable de su muerte; después de todo, él era el que quería vivir en ese pueblo.

Antes de que llegara el profe Mateo, Rosita y yo fuimos a asomarnos por la ventana de la casita de don Cornelio a ver si lo veíamos, pero nada, sólo tenía la luz encendida de la entrada y no parecía que hubiera algo raro. Nos regresamos corriendo al salón. Llegamos a la conclusión de que se había ido a visitar a su hija, quien vivía en la cabecera municipal a diez horas de distancia.

Pasaron varios días, nosotros nos organizamos con un horario para el aseo del salón, todos los días lo dejábamos impecable, por si volvía

don Cornelio lo encontrara todo en buen estado. Lo apreciábamos mucho.

Una tarde, doña Carmelita, la dueña de la tienda donde había un teléfono público, recibió la llamada mensual de la hija de don Cornelio. Ella no sabía nada de su padre. En unos cuantos minutos la mitad del pueblo lo empezó a buscar. El encargado de la seguridad pública entró a su casita para ver si encontraba alguna pista, pero nada, parecía que se había esfumado sin dejar rastro.

Después de enterarnos de la misteriosa desaparición de don Cornelio, empezamos a estar más alerta, ahora poníamos atención a cualquier ruido. En una ocasión, pasada la media noche, todos los perros de la comunidad se unieron al unísono ladrido de alarma. Mi abuelo y yo nos asomamos por la ventana: no se veía nada, la noche era tan oscura y la niebla cubría todo.

—¿A qué le ladrarán estos perros? —preguntó mi abuelo.

Sus ladridos duraron alrededor de una hora. Fue tan extraño que me causó mucho miedo y ya no pude conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, algunos pobladores empezaron a contar que en su camino hacia la milpa habían descubierto varios cuerpos de ciervos mutilados, como si una criatura feroz los hubiera atacado. Pero lo más raro era que no había ninguna gota de sangre a su alrededor, parecía que estaban lavados y sus cuerpos secos.

Entramos a la escuela y por primera vez en cuatro meses, el profesor Mateo no llegó a las siete de la mañana. Aprovechamos que estábamos solos y empezamos a platicar sobre lo que estaba sucediendo en La Encantada.

—¡Qué extraño! Aquí nunca pasa nada relevante —comentó Rosita.

—¿Se han dado cuenta de que desde que llegó el profesor Mateo han sucedido estos hechos? —les comenté a mis amigos.

Estaba por contestar Juan, cuando se apareció en la puerta el profe. Rápido nos acomodamos en nuestros lugares.

—¡Buenos días! —dijo el maestro, les ofrezco una disculpa por el retraso, estaba resolviendo unos pendientes —afirmó.

Durante el transcurso de la mañana, observé detenidamente al profe, le notaba algo diferente, no sé qué era; creo que lo veía más grande,

como si de repente se le hubieran formado los músculos. Quizás el trabajo en el pueblo lo ejercitaba y por eso se miraba más energizado, incluso hasta más joven. Me sorprendió su aspecto y a la vez me aterraba. Al terminar las clases, rumbo a casa me acompañaron Rosita y Juan, también ellos habían notado estos cambios en el profesor y la intriga iba en aumento.

Hoy no quiero ir a la escuela, hay algo en el profesor que no me inspira confianza y cada vez que me mira me da escalofrío, ya no me sorprende su inteligencia, no sé por qué si a mí siempre me gustó estudiar.

—¿No piensas ir a la escuela? —me gritó mi mamá con un tono irónico—, porque hay mucha ropa que lavar —prosiguió. En dos minutos estaba lista. No hay cosa que me disguste más que lavar la ropa.

Como todos los miércoles, después de receso teníamos educación física; ahora jugaríamos fútbol, pero Juan no había asistido a la escuela porque le tocó acompañar a su mamá a la cabecera municipal, así que había un equipo que le faltaba un integrante. Entre todos animamos al profesor para que jugara con nosotros; después de un rato, nos acaloramos y empezamos a quitarnos primero la chamarra, después el suéter y el profe no fue la excepción.

Era tan agobiante el ambiente que el profe quedó con su camiseta interior. Mientras tomábamos agua, me formé detrás de él y entre la tela de su ropa pude notar que su espalda estaba cubierta de una enorme cicatriz, al parecer de quemadura que continuaba en parte de sus brazos. Me llevé una gran impresión y la piel se me puso chinita. Me tuve que mover de ahí porque el miedo empezaba a apoderarse de mí. “¿Qué le pudo haber pasado para quedar con esa cicatriz?”, pensé en mi interior.

Estábamos por regresar al salón, cuando escuchamos a lo lejos que alguien venía gritando por la calle principal y sacudiendo a lo alto del brazo algo que parecía un sombrero. Mientras se iba acercando, entendíamos lo que gritaba: —¡Encontramos el sombrero de don Cornelio!, ¡el sombrero de don Cornelio!

Todos en el pueblo sabíamos que don Cornelio no salía de su casa sin su sombrero, ese que su mujer hace años le había regalado; era el único en el pueblo con ese sombrero, no cabía duda de que era de él.

Nos acercamos a la calle para saber más sobre el suceso, el encargado de seguridad preguntó al hombre que traía el sombrero de dónde lo había sacado.

—Lo encontré a orillas del río encantado —le contestó.

En ese momento sentí cómo me sobresaltó el corazón. ¿Qué hacía don Cornelio cerca del río encantado? Debido a su edad, era casi imposible que hubiera llegado por su propio pie hasta allá. Se me vino a la cabeza lo que había platicado con mi abuelo, sobre los sacrificios que se habían llevado a cabo hace muchos años. ¿Será que resurgieron esos seres bestiales y han venido a tomar fuerza de su poder?

De reojo vi al profé Mateo. A pesar de que llegó a trabajar y convivir con don Cornelio, era evidente su total indiferencia ante el hecho. Definitivamente este hombre algo escondía.

Mi cabeza era como un motor trabajando a toda fuerza, no dejaba de pensar en la historia que me había contado el abuelo, en la extraña muerte de los ciervos, en la desaparición de don Cornelio pero, sobre todo, no me sacaba de la cabeza al profesor Mateo. ¿Quién era en realidad?, ¿por qué daba la impresión de que conocía perfectamente estos terrenos?, ¿por qué no se envenenó al comer aquellos hongos tóxicos de La Encantada?, ¿por qué sabía información clasificada de nuestros ancestros? ¿Qué intereses podía tener un joven, evidentemente de mundo, en venir a internarse en lo profundo de la sierra, a cientos de kilómetros alejado de la civilización? ¿Su marca en la espalda tendría alguna relación con todo esto? Con cada pregunta que me hacía mi desconfianza y mi miedo crecían. Pero mi lado intrépido y osado me decía que tenía que descubrir quién era el misterioso profesor.

Era viernes por la tarde. Rosita, Juan y yo platicábamos en el patio de mi casa, los tres estábamos tan intrigados por el maestro que últimamente era el único tema de conversación. Rosita sugirió ir a echar un vistazo a su casa aprovechando que esa tarde había reunión mensual del consejo del pueblo y seguramente el profesor no estaría en su vivienda. Así nosotros aprovecharíamos para averiguar más.

Con temor, los tres asentimos a tan descabellada idea. En el camino nos topamos con la mamá de Rosita, quien la andaba buscando para

que se quedara a cuidar a su hermanito. No le quedó más remedio que acatar las indicaciones de su madre. Juan y yo nos volteamos a ver, como si con la mirada nos preguntáramos si deberíamos continuar con la locura de ir solos a investigar. Teníamos la adrenalina tan elevada que nos envalentonamos y decidimos seguir con la peripecia.

Llegamos al domicilio del profesor Mateo en la periferia de la comunidad, por fuera luce como cualquier otra casa del pueblo. Primero tocamos a la puerta para corroborar que no estuviera en la vivienda y, efectivamente, nadie respondió. Luego, la rodeamos buscando un espacio por donde colarnos al interior; Juan descubrió que la ventana que daba a la cocina estaba entreabierta, buscamos un tronco para poder trepar y en un instante ya estábamos adentro. Tenía un nudo en la garganta y mi estómago me empezaba a doler del miedo que tenía de estar ahí, pero de una vez por todas quería saber quién era Mateo Ko'lew.

La casa en general tenía un aspecto normal, aunque un poco fría y lúgubre; a medida que prestábamos atención fuimos revelando detalles que estaban fuera de lo normal. Abrí un estante que dividía la cocina del comedor y descubrí algo que exaltó mi corazón: el mueble estaba lleno de unas vasijas que contenían un líquido rojo brillante. En ese instante le hice una seña a Juan para que viniera a ver de qué se trataba. Los observamos meticulosamente y no pudimos definir cuál era el origen del fluido rojizo. Seguimos explorando el lugar. En lo estrecho del corredor vimos asombrados una vitrina con infinidad de plantas y recipientes que parecían de hechicería. Al final del pasillo había una armadura de huesos.

Entramos a una habitación y ahí encontramos artefactos que parecían fuera de este mundo: en la pared había una espada de acero de un azul brillante, que a medida que nos acercábamos el frío se hacía más gélido. Optamos por pasar por un lado de ella porque era imposible no congelarse al estar cerca. Del otro lado de la habitación, estaba un sarcófago abierto y en su interior había tierra, una tierra oscura casi negra. Ambos nos estremecemos y nos miramos con los ojos más abiertos que nunca. ¿Quién podía tener algo así en su casa? ¿De dónde sacó todo esto el profesor Mateo, si sólo llegó con una maleta de mano?

Estábamos por salir de la habitación cuando se cruzó frente a nosotros el maestro. Grité del susto y Juan se puso frente a mí tratando de cubrirme.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó a manera de grito tenebroso—. Ya vieron demasiado, ahora no podré dejarlos ir. Han descubierto mi secreto, mi identidad. Yo pertenezco aquí, su pueblo nos traicionó y trató de quitarnos lo que era nuestro.

Juan se abalanzó sobre él al mismo tiempo que me decía que huyera.

—¡Corre, Mariana, corre!

No sé cómo pude esquivarlos, pero salí corriendo aterrada para buscar ayuda. Me perseguían lamentos, ruidos bestiales y unas pisadas que no sabía si eran de Juan o el profesor Mateo.

¿Qué hemos hecho? ¡Despertamos a la bestia!

Y eso ¿cómo te hizo sentir?

Liz Camacho

1

Siempre empiezo pensando que el consultorio es blanco. Blanco el piso, blancas las sillas, blancas las paredes. No sé cómo o por qué, pero los colores se esconden en este lugar. Puedo tardar media sesión en encontrarlos, aunque a veces aparecen solos. Es como si poco a poco las cortinas, los cojines y las velas fueran saliendo a decir un dos tres por mí; porque para el final de la sesión no sólo puedo ver lo colorido de estas cosas, sino que también puedo oler el incienso y escuchar los ruidos de la calle. Definitivamente dejo el sentir al final, odio sentir. Lástima que no se puede vivir sin piel, sin corazón. Todo eso es muy engorroso.

Ya quiero que termine, ya quiero que dejen de verme ella y el reloj. También puedo escuchar el maldito segundero, creo que también es blanco. Ella definitivamente es blanca, blanquísima, alguien que tiene ojos que no parpadean no puede ser de otro color. Cada vez que estoy aquí pienso que no tengo por qué someterme a esta tortura, pero cuando dejo de venir empiezo a pensar en desaparecer.

Esto de entrarle a la blancura es horrible, eso de pensarse y desnudarse para sí no es divertido. Ese tipo de actividades son más disfrutables con alguien más. Bueno, está ella, pero ella no cuenta porque el chiste es que te den ganas de quitarte la ropa, no que te la arranquen. ¿Será ella el problema? Pero cambiar es volver a empezar. Ya casi se acaba esto, ya va a empezar con su ejercicio, ojalá que no vuelva a pedirme que le hable a una silla vacía como si fuera mi mamá.

¿De verdad? ¿Plantar unas semillas y regarlas con mi hija todos los días? ¿Una plantita para no desesperarme, para no querer mandar todo a volar, para olvidarme de que mi ex es el peor padre del mundo y que vivo, aunque sea temporalmente, con mis papás y mi hermana?

2

Una semana más, una hora más en el lugar vacío.

Que si hice lo de las semillas, no. Que si traté de decir lo que siento asertivamente, sí. Que si eso me hizo sentir mejor, no. No me sirvió de nada. Mi hermana quiere usar cualquier pretexto para que me corran de la casa. Es cansado estar atenta a cualquier posible interpretación de lo que hago, porque todo puede ser presentado de otra manera, en mi contra. ¡Es mi hermana! No hay nada más asertivo que: ¡¿Por qué chingados quieres joderme?! Su vida siempre ha sido muchísimo más sencilla que la mía. Para ella sí hay universidad de paga, ella no tuvo que empezar a trabajar desde chica, no hace nada más que estudiar. ¡Qué brinque paro! Por el momento no me va bien. Tantita ayuda.

No debería de preocuparse, ni yo me quiero quedar mucho tiempo aquí, es sólo mientras me ajusto económicamente. No tiene que estar feliz de que esté aquí. Pensaba que entendería, pero no: viene un niño a buscarla para hacer un trabajo de la escuela, por lo que sea termina regalándome un par de churros; ella me cacha fumándome uno y ya, a amenazarme con decirle a mi mamá. Siento que de nuevo estoy en la secu, con una hermanita de primaria que lo único que hace es fregar. Pues le salió el tiro por la culata porque creo que no sabía que era amiga de un narquito, si es que se le puede llamar así. Y si ella habla, yo hablo.

A esta señora no se le puede dar gusto: que no le pedí ayuda directamente, que si la estoy chantajeando, que no estoy promoviendo una comunicación asertiva. Sí, lo dijo de nuevo, comunicación asertiva. Y claro, ese es el ejercicio: reconocer sentimientos y expresarlos asertivamente. Si dice eso una vez más...

Hacía algunos meses que no veía a Jazmín. Por fin acordamos un día, un café en un punto medio entre las escuelas de nuestros hijos mientras están en sus respectivas clases extra horario. El café lo propuso ella, me dijo que lo había visto después de recoger a Diego, que era un lugarcito nuevo y que se le antojaba ir. Llegué unos minutos antes, un lugar de lo más agradable, pero yo estaba más que tensa. ¿Se puede actuar normal? No fui al funeral de su papá y no ha pasado ni un mes. Lo peor es que estaba enojada, enojada porque no podía terminar con el proyecto en mi trabajo. ¡Qué difícil es encontrar personas que quieran trabajar! Las mismas personas que fueron a poner una solicitud y que están desempleadas se la piensan para ir a escuchar una propuesta de empleo. Total, si no te conviene, dices que no y ya.

Llegó. El saludo fue tan extraño como lo imaginé, no sé si me salió bien la mezcla entre “qué gusto verte” y “lo siento mucho”, pero su respuesta sí tuvo la mezcla perfecta: una sonrisota con los ojos brillosos de lágrimas. Y pues al mal paso, darle prisa. Le pregunté cómo estaba y me dijo que bien. Y entonces me cuenta. Ella recibiendo la llamada y la muerte de su padre como la escena de una película: un hombre de edad madura se levanta como todos los días, desayuna como todos los días, se da cuenta de que al control de la televisión le faltan baterías y aprovecha el sobreruedas que se pone los viernes a dos cuadras de su casa. Con un grito le avisa a su mujer que saldrá a comprarlas; camina una cuadra y ahí sucede: un ataque fulminante al miocardio. Lo que siguió fue el caos que puede esperarse: las personas aglutinadas alrededor del cuerpo, el shock de la mamá de Jazmín y la llamada a la distancia. El funeral, el entierro y el vacío. Cuando fue mi turno de hablar no se me ocurrió nada aparte del típico lo siento. La verdad es que soy de lo peor, no tengo nada que decir. Si soy sincera ni siquiera lo siento tanto, digo, no soy un robot, siento mucho que haya pasado por esto, pero al señor lo vi una sola vez en mi vida, me siento peor por no sentir nada que por su muerte. Me doy miedo, hago todo sólo por inercia. Le tomé el antebrazo, le dije que no sé qué decir, era cierto, seguía en blanco, que puede contar conmigo, también eso es cierto, pero tuve que aclarar que ella debía hablarme

porque soy mala dando seguimiento. Bueno, no le dije eso, le dije que no quería abrumarla.

Que por qué creo que me tendría que doler igual que a ella. Ay, con esta mujer, no pienso que me debe doler igual que a ella, sólo creo que debo sentir algo más que tristeza por ella. Y sorpresa, el problema es que no soy asertiva, no sé expresar mis sentimientos personales, sólo mis ideas. Mi trabajo de la semana es anotar al menos una emoción que haya experimentado, qué la provocó y cómo la identifiqué.

Ahora no se pone tan colorido el consultorio, se quedó opaco. Normalmente hago caso omiso de la tarea, es lo más sencillo. Esta vez siento que la debo hacer, que tengo que entrarle a eso de hacer mi propia película de “Intensamente”. Me emociona más comprar un cuaderno para anotar que lo que debo anotar, pero lo haré.

4

¿Que qué emociones identifiqué? A esta pregunta sí sé la respuesta correcta: tristeza, profunda tristeza y dolor. ¿Qué lo provocó?

Todo empezó con la insistencia de mi hermana de continuar una discusión sin sentido. Hace mil semanas le pedí que cuidara a Elena y, al parecer, no me había encontrado el momento correcto para reclamarle. Empezó la discusión de siempre. Ella: “¿Por qué estás aquí? Ahora hasta la comida que hace mamá es la que ustedes quieren. Si quisiera estar alrededor de niños, tendría uno; detesto el ruido”. Yo: “No entiendo por qué te afecta tanto si nunca estás, cuidaste a TU sobrina una hora. Deberías convivir con ella, ella sí te quiere. No entiendo por qué me quieres correr si esto es temporal...”

Me cansé de escucharnos, fui por el seis de cervezas que tenía enfriando. No quería tomar, ella nunca toma, dice que no le gusta la cerveza, pero estas eran unas artesanales oscuras con sabor a Reese’s, sus chocolates preferidos. Las puse en la hielерita portátil que nos dieron en el trabajo por el día de las madres para subirlas al cuarto, y bastó un trago para que se convenciera. Con su primera cerveza me reclamó mi falta de preocupación por la vida y criticó mi labor de madre. En la segunda le estuve dando carrilla con “el churrero”, su amigo que vino a buscarla. Durante la tercera ni siquiera se esforzó en negar que

le gustaba, se limitó a falsamente suplicar que la “dejara en paz”. Con la cuarta nos fumamos uno de los churros que su amado nos dejó; para entonces había dejado de ser “el churrero”, convirtiéndose en “su amado”. Fue en la quinta cerveza que la convencí de que fuera con su amigo por otro churro. Cuando salió me sentía la *Celestina*, una alcahueta hecha y derecha: la había mandado con un batillo que le gusta, borracha y un poco grifa, qué más puede pedir. Me sentí orgullosa de mí, nunca la había visto reírse y platicar tan tranquila, tan relajada. Se veía verdaderamente feliz. Saboreaba mi triunfo, hasta parecía que nos llevábamos bien, quizás esto cambiará las cosas. Por fin, mi estancia aquí sería más tranquila y todo por el módico precio de seis cervezas y un par de horas.

En eso estaba cuando recibí la llamada, llegamos al ministerio. Todo pasó como si fuera la escena de una película: una mujer sube a su auto, toma su camino, al cruzar una intersección otro conductor se queda sin frenos, se impactan, no hubo sobrevivientes. Lo que siguió fue el caos que puede esperarse: avisar a todos, preparar todo. El funeral, el entierro, el shock y el vacío.

¿Que cómo identifico lo que siento? No juegue, señora, pues por el mar de lágrimas. Porque no puedo dejar de ver su sonrisa mientras cerraba la puerta con las llaves en la mano. Porque me preocupa que mis papás me quieran echar la culpa por haberla dejado manejar en estado de ebriedad. Porque me da coraje no haber podido disfrutar que tenía razón y que sólo le faltaba relajarse un poco para dejar de ser tan sangrona.

Sí, sí entiendo que es normal llorar. Sí, estoy consciente de que hay un proceso de duelo. No sé si también es “totalmente normal” no haberlo planeado, pero sí haberlo propiciado. Fue una sorpresa que haya fallecido y pues me da un poco de remordimiento, pero finalmente ella fue la que decidió manejar. Yo no la obligué, yo sólo sugerí. Esperaba una multa, una noche de pasión con su compañerito, un embarazo a lo mucho, pero haberme deshecho de ella, ese fue un súper plus. Lloro por mi suerte, lloro porque me duele más no haber disfrutado de las bondades de una buena hermana, que ya no verla más.

Que le gusta que esté conectando mis sentimientos, que esté sintiendo y no pensando. ¡Vaya! Hasta que digo algo que le parece a esta

señora. Hasta me voy sin tarea nueva, seguimos con escribir y describir sentimientos. Nunca me había sentido tan feliz de decirnos vemos la siguiente semana. Al final de cuentas algo bueno saqué con esas cervezas; capaz y hasta me da de alta, capaz y hasta empiezo a ser feliz.

El cuadro en la alcoba

Juan José Marín

Su corazón latía desenfrenado. Las manos le sudaban con profusión y jadeaba al respirar. De no ser por el escombros apilado que bloqueaba el callejón, Emanuel Molina habría seguido corriendo despavorido, salvo que un paro cardíaco fulminante se lo hubiera impedido tras tanto esfuerzo físico, al que era notorio que no estaba acostumbrado.

El único zapato que calzaba estaba cubierto de polvo y mugre. La camisa, sin un par de botones y desfajada. El saco hecho jirones. En fin: la aparente escenificación de alguien que a tumbos huyó buscando salvar su vida.

Pero a Emanuel nadie le perseguía. Tampoco buscaba salvar su vida. Aunque, según dicen, afirmó que esa tarde se sintió morir.

Hay quienes aseguran haberle visto correr como desquiciado entre los autos en medio de la calle, cruzar intersecciones sin el menor cuidado y atravesar un terreno baldío lleno de matorrales. Que así como se caía al tropezar se levantaba con igual rapidez, como si fuera inmune al dolor.

Esa tarde, don Gustavo Villarreal se encontraba detrás de los escombros apilados, contestando una llamada en su celular. Sería el supervisor de los trabajos de demolición que, al día siguiente, comenzarían en lo que quedó de El Merendero de la Abuela; la famosa fonda local que un incendio consumió una noche atrás. Fueron los estridentes jadeos de Emanuel y sus sollozos lo que llamaron la atención de don Gustavo, parado del otro lado del cascajo ennegrecido.

—¿Te encuentras bien?

Emanuel, quien se encontraba de rodillas con una mano sobre el escombros y la otra sobre el suelo, le respondió con dificultad:

—No se preocupe, me encuentro bien. Lo que me aqueja no es físico.

—Perdone mi insistencia, pero le veo maltrecho.

—No se preocu... ¿don Gustavo?

—¡Emanuel?! ¿Qué te ha sucedido? A ver, déjame ayudarte, siéntate. Ten mi paliacate; sécate el sudor mientras voy a mi camioneta por el botiquín.

—No se moleste, don Gustavo, no es nada. Son unos simples raspones.

Emanuel empezó a voltear a todos lados, como tratando de ubicar dónde se encontraba.

—¿No es este El Merendero de la Abuela? ¿Qué pasó?

—Sí, un cortocircuito provocó el incendio.

—No puedo creerlo: toda una vida de historias derruida, reducida a ceniza y escombros, justo en lo que yo me he convertido —dijo Emanuel con la voz entrecortada.

—¿De qué hablas?

Habían pasado al menos diez años desde la última vez que Emanuel y don Gustavo se habían visto. Solían acudir al mismo club de ajedrez.

—Uno tiende a pensar que las cosas durarán para siempre. Sobre todo cuando estamos enamorados.

El golpe seco contra el suelo de una viga del techo, vencida por las llamas, sobresaltó a ambos.

—Estuve de viaje en el extranjero; el corporativo me envió a La Habana a abrir una oficina sucursal. Mi retorno estaba programado para la siguiente semana, pero terminé antes y decidí regresar a casa sin avisarle a Estefanía para sorprenderla.

Estefanía Iturbide y Emanuel llevaban cinco años de matrimonio. Se conocieron en bachillerato. Iniciaron una relación de noviazgo desde el primer semestre, y se casaron a las pocas semanas de concluir la universidad.

—Tan pronto me bajé del avión, fui a la florería del centro de la ciudad a encargar un arreglo de tulipanes y pedí que lo llevaran a casa, calculando la entrega una hora antes de que yo llegara, pues antes debía pasar a la oficina a reportarme. Esas flores extasían a Estefanía. No importa dónde me encuentre, siempre le hago llegar tulipanes. Son sus flores favoritas.

Don Gustavo permanecía atento a lo que escuchaba, pero en su rostro se apreciaba ese tipo de expresión de quien parece haber deducido un desenlace no grato.

Emanuel se puso de pie y caminó de un lado a otro con desesperación mientras, con ambas manos, se desparpajaba el cabello.

—Dejé el auto a dos casas de la nuestra para que Estefanía no se percatara de mi presencia. Caminé casi de puntillas y abrí la puerta sin hacer el menor ruido. Entré con sigilo. Las flores estaban en el piso del recibidor. Seguí caminando tratando de encontrar a Estefanía. Al pasar por un costado de la cocina vi desorden sobre la encimera: frascos y paquetes de víveres abiertos, sobras de comida y bebida de más de un día en platos y vasos. Sentí una descarga fría recorrer mi espalda. Un agudo zumbido en los oídos me provocó vértigo, de manera que seguí buscándola apoyándome sobre las paredes para no caer. El zumbido era cada vez más intenso. Un sabor a metal invadió mi boca, seguido de un hormigueo por todo el cuerpo y palpitaciones aceleradas y erráticas.

La lividez de Emanuel y su rostro desencajado preocupó a don Gustavo. “Deja de contarme, mejor lo haces otro día. No es que no me interese lo que me dices, pero te veo mal”.

—Ignorando el resto de la casa, me dirigí directo a nuestra alcoba. La puerta estaba entreabierta. La luz del sol que entraba por la ventana iluminaba la espalda desnuda de Estefanía, como cuando el reflector focaliza al actor en el teatro. El resto de su cuerpo estaba parcialmente cubierto por nuestra sábana favorita. Dormía. Al igual que el sujeto a su lado a quien descubrí cuando empujé la puerta para abrirme paso al interior de la alcoba.

De pronto, la expresión facial de Emanuel cambió al percatarse de que había abierto la boca de más al externar con detalle un tema

por demás delicado y propio de la privacidad de una relación marital, como lo es una infidelidad consumada. Pero a pesar de ello, prosiguió:

—Justo encima de la cabecera de la cama, colgamos en la pared un hermoso cuadro que nos obsequiaron la noche de bodas. Tiene impreso un pensamiento:

“Ser fiel es una decisión de carácter estrictamente personal, que nace de la lealtad y la convicción plena del sentimiento que te une al ser amado y va más allá todavía, cuando el acto de fidelidad denota lealtad a ti mismo y a los valores que te sustentan”.

—¿Cómo pudo? Esas palabras eran un credo para nosotros; de hecho, fue ella quien las nombró así: “nuestro credo”.

Quise gritarles, pero la rabia me atoró el grito en la garganta. Me quedé mudo y lleno de frustración. Tampoco pude dar siquiera un paso dentro de la habitación.

Mi memoria no da para más, don Gustavo, no sé qué sucedió después de ese momento. Sólo recuerdo haberme detenido de golpe frente a este montón de escombros, sintiendo que el corazón se me salía por la boca.

A pesar de su edad madura y toda una vida de matrimonio exitoso, don Gustavo no parecía ser capaz de decir las palabras adecuadas con las cuales consolar a Emanuel. Sólo se quedó pensativo mientras se pasaba los dedos de la mano entre su cano cabello por detrás de la cabeza, al tiempo que su rostro se enrojecía y sus gestos se transformaban en esos que denotan cólera.

—¿Don Gustavo? ¿Me escucha?

Sin mediar aviso, don Gustavo asestó sobre la oreja de Emanuel un fuerte golpe con la palma de la mano abierta, mientras le decía con inocultable furia:

—¡Estúpido! ¡Todo es tu culpa! ¡¿Acaso no sabes que todos conocemos tus infinitas infidelidades?! ¡No te viene lloriquear! ¡Bien merecido lo tienes, poca monta! ¡Guiñapo presa de tus debilidades! ¡Eres menos que un fardo de ropa sucia maloliente!

—Pe-pero ¿de qué está hablando, don Gustavo?

Asiéndole con fuerza del cuello con una mano, al tiempo que lo empujaba contra lo que quedaba de una pared llena de hollín de El

Merendero de la Abuela, don Gustavo, casi fuera de sí, seguía espetando a escasos centímetros de la cara de Emanuel toda suerte de reclamos y enconados improperios:

—¡Si no puedes controlar tus impulsos vienes a ser lo mismo que un animal carente de raciocinio que sólo responde a sus instintos! ¡No me vengas con la patraña de que “eres hombre y tienes tus necesidades”! ¡Tienes a todos hartos con tu mismo discurso desgastado!

Don Gustavo apretó más el cuello de Emanuel y, empujándolo hacia arriba, como queriendo que los pies de este perdieran contacto con el suelo, le propinó sendo puñetazo en el rostro con la mano que le quedaba libre, provocando que Emanuel cayera de cara directo al piso. Tan pronto cayó, le tomó de los pies y empezó a arrastrarlo por el callejón.

—¿Acaso crees que llevo cuarenta años de matrimonio por meterme bajo las sábanas con quien se me pone enfrente? ¡Compromiso, lealtad, sentido de responsabilidad! Pero ¡¿qué vas a entender tú de eso?! ¡Narcisista engreído! ¡Ególatra incorregible!

A pesar de su casi inconsciencia, Emanuel logró zafarse e intentó huir dando zancadas, pero don Gustavo paró en seco su huida cuando tiró de su cabellera por la parte de la nuca haciéndolo caer de espaldas, provocando que se golpeará la cabeza contra el asfalto. Antes de perder el conocimiento, hizo una extraña mueca y arrugó el rostro en medio de un largo gemido. Lo último que alcanzó a ver fue a don Gustavo encima de él a punto de asestarle otro puñetazo.

Emanuel despertó sobresaltado, empapado en sudor. Respiraba a bocanadas con mucha agitación. Se descubrió asido con fuerza a los descansabrazos del sillón reclinable, como si quisiera desgarrarlos. Sobre sus muslos reposaba el tomo de la novela *Las infidelidades de la nobleza y la burguesía*, el cual leía antes de quedarse dormido. Lo tomó en sus manos y, poniéndose de pie, caminó de un lado a otro dentro de la alcoba mientras su agitada respiración cedía.

—¡Vaya pesadilla!

Deteniéndose al pie de la cama, miró hacia el cuadro encima de la cabecera y en voz baja, aún ligeramente agitado, leyó el pensamiento en él escrito; el mismo que en el desagradable sueño le recitó a don Gustavo.

—Nuestro credo, mi Amor —le susurró al oído Estefanía, al tiempo que por detrás rodeaba con sus brazos a Emanuel—. Por cierto, las flores están bellísimas. Son las más hermosas que jamás me hayas obsequiado, aunque no tan hermosas como la sorpresa de tenerte aquí antes de tiempo. Esta mañana no podría haber empezado mejor.

Una mujer posmoderna

Carmen Ventura

Me dicen La Pulga, pues parezco una pulga pedorra, chiquita y pelirroja; pecosa y de mecha corta. Tiendo a hablar en diminutivo para adecuar todo a mi justa dimensión. Trato de mantenerme relajada, bien relaja'a, pero cuando me enojo siento un fuego que me sube poco a poco, llega a la cabeza y la calienta: me enrojece y... ¡Zaz! Vale madre. Me encabrono fácil.

Mi jefe, preocupado por el buen ambiente laboral, me manda a un retiro espiritual *Mindfulness*. Todo intenso, para que le baje dos rayitas a mi neurosis, para que me relaje y esté al cien para andar con la sonrisa de oreja a oreja aguantando pendejadas. También quiere que entre al gimnasio, además que estudie algo para mantenerme entretenida. ¡Ah!, pero sin descuidar los putomil proyectos que me encarga a diario, porque, según él, me disperso y no me concentro en la chamba. Cuando me suelta una de esas, luego luego la compone diciendo que soy una chingona y que nadie hace el trabajo mejor que yo. No, si se las avienta buenas el cabrón. Como él no está en todo el puto día no sabe ni qué. Ah, pero yo soy la histérica.

No quiero ir, la neta me parece que no tendría por qué, incluso me parece ofensivo. ¿Quién se cree este hombre para decidir qué tengo o no tengo que hacer con mi vida? ¿Por qué siquiera opina? Sí, definitivamente mi jefe es un pendejo misógino con un ego del tamaño del universo, pero ni idea de cómo darle pa'trás; es de esos que decide, manda, opina sobre la vida de los demás sin importarles un pito. Ya he

visto estas situaciones con otras compañeras, lo malo es que nos quejamos entre nosotras, pero ninguna se atreve a decirle nada. El único consuelo que me puedo plantear es verlo como vacaciones, como esas mercedísimas vacaciones que no me he tomado en año y medio, porque pues ya saben, una que se siente indispensable, y este cabrón que se aprovecha de que soy *workaholic*, además de pendeja porque me dejo.

Me desespera la gente demasiado feliz, me parece irreal, ¿por qué siempre andan de buenas? ¿Se drogan o cómo? Es imposible, nadie es tan feliz como para estar todo el puto día con la sonrisa siempre dispuesta, en serenidad, así como si fuera una especie de frigidez emocional. Pensándolo bien, creo que este rechazo a las personas aparentemente muy felicitosas me viene de los recuerdos que tengo de mi madre. Todos mis amigos la adoran y yo solo pienso: “¿Porque no viven con ella?”. Mi mamá es Maléfica, tal cual. Siempre directo y a la yugular. Mal pedo. Pero eso sí, siempre sonriendo, y eso la hace más malvada, me cae. ¿Quién te puede estar chingando la existencia con una constante sonrisa? ¿No mamen! ¿Mi mamá! Por eso no confío en la gente que todo el tiempo está feliz; algo tiene mal, algo no le funciona, por eso es feliz.

Hoy tengo cita con la mujercita del retiro este de *Mindfulness*, para conocer los pormenores del viaje al que me manda mi jefeazo. Y aquí estoy, esperándola en este restaurantito muy *fancy* de comida vegana, en un callejón muy pinche hípster en la Revolución. En cuanto la veo entrar pienso: “mi mamá, no manches”. Toda ella en su punto zen, rayo de luz que ilumina la vida de los demás. No, si nomás le falta levitar en lugar de caminar.

Lo primero que me dice al sentarse es: “Relájate, te siento tensa”. Esbozo mi sonrisa tipo chinga tu madre y le digo que sólo es que estoy cansada. Y sí, literal, cansada de tener que seguir un pinche patrón de vida, de ser funcional, de ser “atractiva” dentro del marco común que no sé quién chingados dice que es correcto; aunque con mi metro cincuenta y uno ya de entrada estoy jodida. Cansada de tener que ser amable, ¿qué si no quiero? ¿Qué si tengo un mal día? Cansada de que, para la gran mayoría, la causa de mi mal carácter sea: “pobre, no se la han cogido”, “debe andar en sus días” o “le hace falta un novio”. ¿Neta?

¿Eso determina mi carácter, el carácter de cualquiera? No me cabe en la cabeza, menos cuando, pensándolo bien, estoy bastante bien cogida; bueno, con algunos fiascos, pero en general bien; y por mis periodos pues, eh, son como equis. Novio, pues no, no tengo novio, pero me divierto bastante saliendo con tipitos de Tinder. Ah, y hasta eso es un problema. Mi mejor amiga, Ramona, siempre me dice que no entiende cómo o por qué chingados una mujer como yo tiene que usar una aplicación para conocer batos, pero bueno, ese es un detallito en el que no quiero ahondar mucho. La mujercita zen se llama Claudia, pero me pide que le llame Siddartha, su nombre yogui. Bastante *nice* para ser tan hippie, y aunque me dice que uno de los principios del *Mindfulness* es no juzgar, es lo primero que hace.

Me habla con su tono todo dulce y lleno de entusiasmo, pero no le creo ni madres; bueno, algunos de los preceptos me parecen interesantes, hasta aplicables, pero no se la compro de que ella los aplique todos. Una tiene derecho a encabronarse y echar madres, claro, sin dañar a inocentes, pero hay gente que sí se gana su mentadita de madre de vez en cuando. Sí, seguro que sí mienta madres la güerita esta. Me parece divertido.

Saliendo del restaurante tengo que irme corriendo, ando quedando con un batito nuevo y es bastante interesante, es el único de mis *dates* que no es de Tinder. A él lo conozco en un colectivo al que acostumbro ir a comer y, al no ver una mesa libre, me acerco al que está comiendo solo y le pregunto que si no tiene problema en compartir mesa, a lo que me contesta que no, que adelante, y de la comida a las tres de la tarde nos vamos por un café, y después por un par de cervezas hasta las once de la noche. Ahora, un mes después sigue el interés, raro en mí, usualmente le saco la vuelta a involucrarme emocionalmente con mis citas, pero este me gusta. Me hace sentir cómoda, a pesar de ser tan invasivo emocionalmente. Cuando me dice “te quiero”, entro en pánico, poquito. Yo como que no le sé mucho a eso del protocolo de las relaciones, a pesar de mis treinta y dos años; que tampoco son tantos, pero pues no tengo mucho ejemplo de salud emocional con mi madrecita. Su vida amorosa no se puede llamar, digamos, exitosa, y nuestro trato siempre es un tanto hosco, y así suelo ser con todos.

Entonces que venga un fulano y sea tan abierto con sus emociones es medio raro. Le gusta saber cómo me siento, cómo me va en el día; es cursi en público y en privado, se me hace muy pirata. Por lo general, los batos con los que salgo son más rudos, así como yo, entonces no me gusta sentirme así, orillada a hablar de mí. Se desespera porque soy “demasiado reservada”. No sé a qué se refiere exactamente, pero es una discusión que no puedo evitar. Prácticamente me dice que si no me interesa que está bien, que a la chingada, que le gusto mucho, me repite que me quiere, pero que está hasta la madre de que dude de todo lo que me dice. Sí me caga poquito, porque me gusta, pero me gusta más mi tendencia al drama, a vivir con la expectativa de que algo va a salir mal. Esa sensación de tranquilidad y de que todo fluye está bien por un ratito, pero después empiezo a sentir que algo me falta. Tengo que hacerla de pedo, necesito ese trozo de hipocondría, de que todo se está yendo a la mierda; me siento cómoda en la espera del desastre, y cuando aparece René con toda esa confianza y serenidad, entregándose completito, sin pedos, sin pena, me causa conflicto porque me gusta querer desde la duda. Entonces sus cursilerías, que en un momento me cortan el aliento, después me generan desconfianza y empiezo a fantasear con que algo no está bien. Este cabrón no puede ser así de perfecto, algo esconde, algo oculta, no puedo tener tanta suerte, no creo ser tan buena para merecer tanta generosidad del universo. Por eso no cierro mi cuenta de Tinder, algo puede salir mal en algún momento, y pues hay que tener otras velitas prendidas, no hay que ponérselas todas al mismo santo.

A veces me siento mal por salir con otros tipos cuando René quiere ir en serio, pero pues no somos algo oficial, ¿o cómo debería ser? ¿Se usa todavía eso de “quieres ser mi novia”? ¿Con el “te quiero” y hablar en futuro basta? ¿Basta el despertar juntos, el cafecito en la cama, los mensajes de buenos días, el bailar a media calle con música imaginaria para decir que tenemos algo serio? ¿Qué se hace cuando al que te gusta le gustas? Y si lo quiero y me quiere ¿qué viene después? Tiendo a ser bien paranoica y no me siento suficiente como para que un *dude* esté dispuesto a tanto, creo que por eso suelo caer siempre en relaciones bien pinche disfuncionales. Tengo un puto patrón bien marcado y ya

no sé si yo los empujo a que me pongan el cuerno o ya es un chip que traen integrado. ¿Será que huelen mi inseguridad y desesperación? Siento que siempre estoy enamorada de algo y no de alguien, me gusta la idea del amor pero no sé amar, creo. Me gusta esa sensación del enamoramiento febril, intenso con finales catastróficos. Como en las películas. Maldita sea, tengo que dejar de ver televisión. Y está bien loco, porque la gente que me rodea no lo entiende, ni mi mejor amiga que me dice: “Wey, ¡no mames! ¿Cómo piensas tantas pendejadas? Quiero creer que eres más madura. ¿No que muy empoderada? Eres bien extrovertida, inteligente y pos estás guapetona, compactita, pero guapetona. ¿Por qué no trabajas un poquito en tu autoestima, morra? Neta”.

Pinche Ramona, qué culerita. Pero pues hasta cierto punto sé que tiene razón. Algún día tengo que poner orden entre lo que pienso, siento y hago, porque como que no soy muy congruente en eso. Todo lo racionalizo demasiado y, simón, muy apegada a la libertad de la mujer y derecho a la igualdad y a su emancipación. Siento con mucha intensidad pero poca inteligencia emocional, más con miedo que con fervor; siempre con incertidumbre, siento dudando de lo que siento y hago todo lo contrario a lo que había pensado y en contra de mis sentimientos; impulsivamente, pendejamente, así sin pensarla, cagándola bien suave. Definitivamente algún día voy a trabajar en poner orden en este departamento.

Me despierta una maldita alarma tipo martillo industrial. Si hay algo que me puede alterar mal pedo y mantenerme así todo el puto día es que me despierten abruptamente. ¡Uta! Es lo peor, siento que se me desalinean los chacras, algo se desbalancea cabrón y ya no se acomoda hasta que me vuelvo a dormir. Hoy es un día de esos. Cinco de la madrugada y está sonando el infernal tono de un martillo industrial a todo volumen y pues vale madre, ¡así no se puede! Me despierto casi con taquicardia y de malas, volteo a mi derecha y ahí está René, dormido como pollito, todo lindo, el recabrón que no desactiva su puta alarma una noche antes sigue bien dormido. Lo odio poquito. De un guamazo en la espalda lo despierto para que apague su pinche ruidajo endemoniado. René se me acerca para tratar de contentarme, pero ya

sé lo que quiere, ¡y ne, ni madres! Yo sólo quiero un café bien cargado y bien caliente, como yo, como él. Sí, me gusta. Relindo, se levanta a prepararme el café mientras le platico del viaje a San Luis con el grupo de *Mindfulness*, y le gusta la idea, no lo puede ocultar. De seguro, igual que mi jefe, cree que es lo que necesito para agarrar el pedo y bajarle dos rayitas. Me molesta pensar que sí pero, ¿será que sí? Ay, cabrón, ya lo estoy dudando.

De fieras y de flores

Yesenia Beaven

El sol ardía en lo alto cuando todo terminó. Nita sintió las gotas de sudor recorriendo su espalda y saboreó sus labios salados. Olvidó por un momento al hombre frente a ella y se hundió en la contemplación de aquella llanura marchita que se extendía hasta el horizonte. El campo San Ramón había sido su refugio por años: cuando necesitaba estar sola, cuando quería correr libre o acostarse bajo el sol imaginando que no tenía responsabilidades, ni hijo ni esposo, ahí podía ser ella misma. Incluso en momentos como este, que veía la cara de la muerte, ese campo le seguía aliviando el alma.

Pensó en la ironía de su vida. Ella que siempre deseó grandes aventuras y emociones fuertes tuvo una existencia de lo más aburrida. El pavor le sacudió el cuerpo al darse cuenta de que iba a morir ahí sola, a los veintisiete años y dejando huérfano a un niño de dos.

Aunque el miedo la invadió no rogó por su vida. Se limpió las lágrimas y vio aquellos ojos ámbar que permanecían clavados en ella. Sintió curiosidad de entenderlo, así como entender cómo había llegado el reloj de su esposo a esa mano que sostenía el arma que le apuntaba.

Sucedió un martes. Nita estaba en su cuarto a medio vestir caminando descalza sobre el piso de madera. Recorría de un lado a otro su habitación como si las vueltas le fueran a aclarar los pensamientos. Llevaba así veinte minutos. Tenía el cabello largo y castaño, la figura delgada y

los ojos pequeños y expresivos. Se arrojó sobre la cama y se quedó ahí, en pose de musa renacentista esperando que la respuesta a su dilema le cayera del cielo. Un día antes se había enterado de que Sergio, su ex novio, estaba en la ciudad. Tenía años sin verlo, aunque nunca lo olvidó por completo. Sólo que ahora ella estaba casada con Ramiro y tenían un hijo, León. Sabía que era imprudente buscarlo, así que intentó abandonar la idea y se levantó para tomar aire fresco.

Madre e hijo se sentaron en el césped del jardín. El niño se entretuvo con un juguete y ella se puso a cortar lo último que trajo del campo San Ramón para pegar en el herbario. Con tijeras en mano, Nita contempló su pequeño bosque: las macetas con flores y los helechos que trepaban por los muros de piedra, la tierra húmeda debajo de sus pies y el aroma, que el viento traía desde los árboles, la custodiaban del mundo exterior. Se dejó llevar por la paz que la invadió. Cerró los ojos y olvidó por completo a León, a su esposo y a todos. Dejó volar su mente a un universo pasado donde ella y Sergio caminaban de la mano por el Campo: Nita se soltaba para correr libre por la marea tostada. Ese horizonte infinito la hacía pensar en un mundo de posibilidades, y si ese lugar áspero y viejo no tenía límites, ella tampoco. La paz de aquella ilusión se nubló por el recuerdo de Sergio diciéndole que se iba de la ciudad, que se fuera con él y se casaran, luego ella rechazándolo porque no se sentía preparada para eso. En su mente aún lo veía alejarse y hacerse pequeño mientras ella se hundía en la espesa llanura.

Un dolor agudo la trajo de vuelta al jardín, se había hecho un corte en el dedo con las tijeras. No fue una herida profunda, aunque sí escandalosa. Pronto se llenó todo de sangre, incluido su herbario. El trabajo de una semana tirado a la basura. Nita dio un grito de rabia que asustó a León; el pequeño lloró sin obtener consuelo. Su madre ya no estaba ahí, su mente estaba en otra parte. Ramiro llegó corriendo. Aterrado por la escena, se quitó el suéter para cubrir la mano herida de su esposa. Quiso saber qué había pasado, pero Nita no reaccionó. Tenía los ojos fijos y la mirada hacia adentro. León berró más fuerte y Ramiro, en su desesperación, sacudió a Nita con fuerza, con tanta fuerza que esta salió de su letargo y le clavó la mirada. No podía creer cuánto

odiaba a ese hombre, cuánto odiaba su vida y al cachorro rugiendo a sus pies. La vista se le nubló y todo dio vueltas, luego... oscuridad.

Despertó un par de horas más tarde. Reconoció los tonos claros de su habitación y observó el techo, estiró la mano para tocarlo y dejó caer el brazo agotada por el esfuerzo. Vio la venda en su mano. A través de la ventana escuchó a las aves discutir, así como a un par de cuervos que llegaron a intimidarlas. A Nita le divirtió imaginar lo que decían y se sintió libre flotando entre la colcha y las almohadas. El rostro pecoso de Susy se le estrelló en la mente. Se preguntó qué sería de ella y si habría funcionado el té que le dio. A Susy la había conocido un par de semanas antes en su camino hacia el campo San Ramón, la había visto tendida sobre la carretera, dispuesta a suicidarse. Nita la convenció de levantarse y la invitó a su casa. Ahí se enteró de que la niña estaba embarazada.

Susy tenía trece años, pero su estatura y complexión la hacían ver de menor edad. La melena revuelta color naranja y la mirada dura le daban un aire maligno, como de una bestia con ojos de miel. Quizá por eso a Nita le agradó. La niña vivía con su padre y su hermana mayor, Dulce. Cuando Susy tenía cuatro años su madre murió, así que la responsabilidad de mantenerlos cayó sobre Dulce, quien encima heredó de su madre la tarea de recibir los golpes de *El Puerco*, como le decía Susy a su padre.

Desde siempre Susy fue una fierrecilla, por eso cuando *El Puerco* le pegaba a Dulce ella la defendía. La niña lanzaba golpes con sus manitas que rebotaban en el chanco. También le gritaba que era un gordo inútil, gordo seboso, cara de gargajo; sin embargo, nada de esto detenía los puños de su padre hacia Dulce que vivía con el cuerpo molido y la boca reventada. A Susy no la golpeaba porque se parecía más a él. Tiene mis ojos y mi carácter, decía. Además, ya tendría su momento.

Susy le contó a Nita sobre *El Puerco*. Le dijo que era un hombre pelirrojo, torpe y sin ningún talento, con excepción de limpiar los zapatos de los demás, pues a eso se dedicaba. No ganaba mucho, pero de vez en cuando le robaba algún objeto a un cliente distraído: cartera,

reloj o cigarrillos. Le contó que ese oficio se lo había enseñado su abuelo, —el de limpiabotas, no el de ratero—, y era lo único que sabía hacer, además de beber hasta quedar inconsciente y perder dinero apostando. Fue en una de esas apuestas que perdió la casa donde vivían, así que el muy cobarde desapareció por días. De modo que cuando *El Caballo* fue a reclamar lo que era suyo no lo encontró a él, aunque sí encontró algo más interesante: a Susy. Sus hombres vaciaron la casa y *El Caballo* se llevó a la niña. Los meses que la mantuvo cautiva fueron un infierno... para los dos.

El Caballo era un malandro famoso en la ciudad, conocido por la venta de drogas y robo a pequeños negocios. Las autoridades por supuesto hacían de la vista gorda, por eso secuestrar a Susy fue fácil; mantenerla bajo control no tanto. La tuvo un par de meses y cuando se cansó de *la pequeña bestia*, como le decía, se dispuso a darle un tiro. Era lo más humano. Sin embargo, uno de sus hombres le recomendó no hacerlo.

—Tiene el cabello de fuego —le dijo.

Todos habían escuchado historias sobre los pelirrojos: eran demonios. Cuando Dios los creó el Diablo intervino y les robó el alma, por eso quedaron marcados con el color de su cabello. Si los miras directo a los ojos estás condenado a morir de manera trágica y, sobre todo, si matas a uno cae sobre ti una maldición que dura generaciones, pues los colorados son descendientes de Satán. Además de tonto, *El Caballo* era supersticioso así que dejó vivir a Susy. Una cosa era dormir con un demonio y otra matarlo. La abandonó cerca de la carretera y ella caminó desde ahí a casa. Al llegar, su hermana lloró de felicidad y su padre le rompió la mandíbula de un golpe —“Por andar de puta”, dijo—. Dos meses después, Susy se dio cuenta de que estaba embarazada y temió que su padre la obligara a tenerlo. *El Puerco* siempre dijo que quería descendencia no-pelirroja para eliminar el estigma que pesaba sobre ellos.

Cuando Susy conoció a Nita, la niña sólo le contó una parte de la historia: la del parásito que crecía en su interior y que quería eliminar. No le dijo que el padre de este era un animal, ni que su propio padre también. Aunque tuvo sus dudas, Nita le preparó el té que a ella misma

le había ayudado antes en un par de ocasiones. Una niña no debería ser madre, pensó.

Unos pasos de duende trajeron a Nita de vuelta a la habitación donde reposaba. Notó una silueta diminuta parada en el marco de la puerta de su cuarto observándola en silencio. La sombra sostenía del cuello a un conejito con ojos de botón que también la veía, juntos balbuceaban sonidos infernales. Un escalofrío le recorrió la nuca y Nita les arrojó una almohada para que se fueran. La sombra chilló y comenzó a mutar hasta que tuvo la apariencia de León, su hijo. El llanto que retumbaba en sus oídos la exasperó.

—¿Mami? —dijo el pequeño, valiéndose de la única palabra que se sabía.

No la conmovió, sino que la enfureció aún más. Intentó ignorar el ruido y se tapó la cabeza con la otra almohada. Se mantuvo así unos segundos y luego respiró profundamente.

—Ven aquí, sube —el niño lloró más fuerte—. No pasa nada, cariño, ven —extendió los brazos y apartó la cobija para que León subiera a la cama.

Él dudó por un momento y avanzó hacia ella. Nita lo abrazó justo cuando su esposo entró a la habitación. Este sonrió al verlos acurrucados y quiso saber si Nita necesitaba algo antes de irse a trabajar.

—No, estoy bien —susurró Nita para no despertar a León, que estaba quedándose dormido entre sus brazos—. Cualquier cosa, le pido ayuda a Carmelita.

Ramiro se acercó para darle un beso y, dudando, le extendió un pedazo de papel.

—Un hombre vino a buscarte, dijo que era urgente que le marcaras pero no me quiso dar explicaciones. Le dije que estabas enferma.

Ella tomó el papel que tenía un número de teléfono escrito. Su rostro debió revelar exaltación pues Ramiro se arrepintió al instante de habérselo dado.

—¿De quién es? —preguntó.

—No lo sé.

—No me mientas, Ana María —ella odiaba el tono paternal con el que le hablaba a veces. Ramiro pensó lo peor, se sintió traicionado.

Nita no era cariñosa pero nunca había puesto en duda su fidelidad, ahora esa certeza se empezaba a derrumbar.

—Es tu amante, ¿verdad?!

—Cállate, vas a despertar al niño.

—¡Contesta! —aulló.

Nita guardó silencio y se levantó de la cama. No intentó convencerlo de nada, le daba satisfacción verlo así: eufórico y desmoralizado. Sin darse cuenta, su cara dejó entrever una sonrisa. Los celos de Ramiro estallaron en una bofetada que llevó a Nita de nuevo a la cama donde León dormía.

—¡Eres una bestia! —dijo ella frotándose la cara.

El alboroto despertó al niño que lloró desconsolado. Nita se levantó, tomó el papel con el número telefónico y bajó las escaleras corriendo. El azote de la puerta retumbó por toda la casa.

A la mañana siguiente, Nita hacía el desayuno. León la acompañaba en la cocina jugando con su torre de discos de colores. Ella tenía el cabello recogido y usaba un vestido fresco y largo que delineaba su cuerpo. En una de las sillas tenía lista una bolsa con un frasco de mermelada, galletas crujientes, botellas de agua y fruta picada. Olía a pan tostado y a café recién hecho. Ramiro entró. Le extrañó que su mujer estuviera en la cocina a esa hora y no en el jardín. Aún se sentía avergonzado por lo que sucedió el día anterior. Pensaba ofrecerle una disculpa a su esposa y la oportunidad de escuchar su historia completa. La saludó y Nita lo ignoró. León le ofreció un disco verde a su padre.

—Hola, campeón —le revolvió el cabello al niño y se acercó con calma hacia su esposa—. Ana, discúlpame. Perdí la cabeza.

Se sintió torpe y arrepentido.

—No quiero hablar —dijo Nita, mientras ponía una taza de café sobre la mesa y le señalaba la silla con el cuchillo que tenía en la mano.

Ramiro dudó, pero terminó sentándose. Después vio a su mujer inclinarse frente a él. Su rostro quedó tan cerca que pudo notar el aroma a lavanda. Nita lo miró a los ojos, tranquila. Uno de sus senos rozó la mano izquierda de su esposo y este se estremeció.

—¿Cariño? —susurró ella.

—¿Sí? —contestó él, con el corazón acelerado y el cuerpo encendido. Ramiro sintió una presión aguda y fría debajo de la barbilla, no pudo moverse.

—Si me vuelves a tocar, te mato —Nita retiró el cuchillo del cuello de su esposo, dio media vuelta y siguió picando fruta.

Cuando Ramiro se fue, dejó a León en casa de Carmelita, su vecina. La anciana ya era su cómplice: mientras no le faltara la botella de brandy que le llevaba no tenía inconveniente en vigilar al niño. Nita caminó unas cuadras y se encontró con un hombre. Este la saludó y tomó la canasta que llevaba en la mano. Ambos caminaron sin darse cuenta de que Ramiro los veía desde lejos; los siguió con la mirada mientras se alejaban y después con su auto. Dejó llevar sus pensamientos a lugares oscuros y profundos de los que no había retorno, se sumió en un frenesí que le sacudió el cuerpo y le llenó la cabeza de muerte. Unos minutos después los vio entrar al hospital, y Ramiro, como buen cazador, los siguió sin que estos se percataran. No entendía qué estaban haciendo ahí. Caminaban juntos, muy cerca uno del otro mientras el odio de él incrementaba. Los vio hablar con una enfermera, luego Nita corrió hacia una chica pelirroja. Aunque guardó su distancia pudo notar que la chica lloraba y lo que le dijo alteró a su esposa.

En la sala de espera había más personas, pero sólo una mirada estaba fija en Nita, la recorría de arriba abajo con desprecio y curiosidad. También a Ramiro lo observó con sus ojos amarillos, reconoció su rostro y sus zapatos recién lustrados. Un par de horas antes lo había atendido él mismo y se había quedado con un pequeño recuerdo que ahora tenía en su propia mano. Se acomodó su nuevo reloj y puso atención a lo que estaban hablando, escondido desde un rincón.

—¿Ana? —la voz hizo eco en la cabeza de Nita, que se encontraba sumergida en un mar espeso, turbio, en el que no distinguía palabras y sólo veía siluetas borrosas moverse muy lento alrededor de ella.

Se preguntó dónde estaba, le parecía difícil recordar. Sintió que pasó mucho tiempo, aunque estuvo así sólo unos segundos. Les acababan de informar que Susy había muerto. El doctor les dijo que necesitaban toda la información que pudieran darle sus conocidos a dos

oficiales que los esperaban en la oficina del médico. La hermana de Susy y el vecino que la había ayudado a llevarla al hospital, el mismo hombre que contactó a Nita para decirle que estaba hospitalizada, avanzaron hacia la oficina. Nita tuvo miedo de que se enteraran de lo del té y la metieran a la cárcel. Dio media vuelta y salió del hospital. Nadie se percató en el momento de su huida, nadie más que aquellos ojos amarillos que la habían estado observando en silencio.

A los demás los llevaron a la oficina donde les hicieron muchas preguntas. También les dijeron que la muerte de Susy fue debido a una complicación a partir de unos fuertes golpes que recibió en el estómago, sólo que Nita se fue antes de saberlo.

Se adentró en el Campo. Llegó agitada por la carrera y con el rostro mojado de sudor y lágrimas que le resbalaron por las mejillas hacia sus labios delgados. No sabía si lloraba por la niña muerta o porque pronto sería su vida la que terminaría. Bajó la velocidad cuando se adentró en la extensión amarillenta. La hierba era más alta de lo habitual. En el verano los animales se iban y la vegetación reclamaba el terreno. Sintió el peso de la vida hundirla poco a poco. Ahora la tierra donde había sido feliz le provocaba angustia. Miró las flores marchitas y pensó en su propia tumba.

El viento soplaba arrastrando el calor del día. Nita se detuvo poco a poco y vio el horizonte frente a ella. Esa había sido su vida, una constante carrera contra el destino, una carrera que era imposible ganar. Notó que el tamborileo interno trataba de sosegar y cerró los ojos. No debería ser así, pensó. Repitió en su cabeza los acontecimientos que la llevaron a ese momento. Volvió a pensar en la muerte de Susy, y en su mente vio un futuro donde la condenaban. Se pudo imaginar presa, con sus sueños y deseos confinados junto a ella en una celda en la que no iban a caber, por Dios que no iban a caber. Era un precio demasiado alto por intentar ayudar a alguien.

Escuchó un crujido de hojas a sus espaldas. Giró pensando que era un animal y sí, lo era, pero uno con un arma apuntándole a veinte centímetros del rostro. Nita seguía aturdida y, más que un hombre, vio

una silueta enorme y blanca. Enfocó la vista y por su apariencia dedujo quién era. La ropa de su atacante escurría, quizá por correr como ella. Además, olía a sebo y mugre. Sintió náuseas.

Por unos segundos se vieron sin pronunciar palabra, sólo la respiración de ambos sofocaba el ambiente. Ella reconoció la mirada de Susy en aquel rostro atormentado y sintió compasión. Le dolió pensar en ella y en la mujer que no llegaría a ser. Luego pensó en León y se preguntó en quién se convertiría sin su madre. Respiró profundo, por última vez. A pesar del hedor frente a ella, el aroma del campo mentolado le serenó el alma. Se dio cuenta de que ya no tenía miedo. En el fondo agradecía terminar ahí, en ese lugar que le había dado tanto. Sonrió ante la ironía y aceptó su final.

El sol destelló en el reloj que portaba el chanco. Nita se dio cuenta de que era el reloj de su esposo y pensó lo peor. A pesar del arma frente a ella, le exigió saber cómo había obtenido ese objeto, quería saber dónde estaba Ramiro. El porcino esbozó una sonrisa que heló la sangre de Nita.

—11:58 —gruñó él, mientras giró el arma hacia sí mismo y apretó el gatillo.

Desde el cuerpo

La lectora de cuerpos

Iliana Hernández Partida

Conocí a una mujer que sabía leer el cuerpo. Sabía detallar las veces en que fuiste forzado a mentir por lástima, veía en las comisuras colgadas de tus labios las arrugas que le decían cuántas veces fingiste sonreír cuando hubieras preferido correr a sepultarte en tu cama, con un llanto aplastado para que tus padres no se dieran cuenta de que habías sido humillado en la escuela.

Esta mujer relatadora de narices, que al medir orejas sabía encontrar en sus giros y redondeces mensajes que advertían de un accidente en avión, de la desventura de tener en un futuro próximo la amputación de un miembro; hablaba con la voz de todos los muertos serenos. Era bellísima en su saber, en su leer los cuerpos.

No con la belleza artificial que puedes encontrar en una actriz de series, juro que tenía la hermosura dada por el saber más profundo sobre todas las cosas, la razón de la semilla para propagarse, la tensión eléctrica sobre el universo y su endeble equilibrio. Tú incluido.

Era ella en sí una escritura resuelta.

Dueña de las palabras vibrantes que están a punto de decirse en un ataque pasional, pero que uno siempre olvida. Esa mujer tenía la mirada enternecida de una madre cuando ve el rostro del hijo recién nacido. Curiosa, tendría todo el tacto para percibir en los párpados de un paciente sus cien noches de desvelo por la preocupación económica; sabía ocultar su perturbación provocada por unos labios gruesos,

pues sabía que el dueño era alguien con tendencia a involucrarse en incontables desenfrenos sexuales.

No juzgaba, aunque trataba de encontrar algo conmovedor en rostros de ojos pequeños y muy juntos, en narices protuberantes con punta aguiluña, en torsos anchos con brazos muy largos. Sabía que a todos nos castiga un impulso animal y que nadamos a contracorriente toda la vida; contra el destino arrastramos un cuerpo apurado, desgastándose, perdiendo agudeza de los sentidos, entregándolo todo: desde hígado, pulmones, riñones, ojos, corazón y la más escandalosa pérdida (a ella le parecía), el cerebro.

Desarrolló su sentido de leer los cuerpos en las calles; sus padres desaparecieron, o quizá nunca existieron. Así, desvalida, se arrimó a casuchas bajo los puentes y fue alimentada por manos que no podían negarse a esa verdad que le brotaba de los grandes ojos negros. Se horrorizaron cuando comenzó a dictar sentencias y predicciones a quienes la rodeaban: una por una se cumplieron para asombro de los mendigos.

Intuyó cómo abrirse un camino imposible en el océano de su pobreza doliente, tuvo siempre la palabra exacta para ganarse la confianza de la persona correcta que le abriría la siguiente puerta. No ambicionaba, sólo quería vivir sin el sobresalto de no tener un techo bajo el cual dormir, un cuerpo a quien abrazar.

La lectora de cuerpos disfrutaba su trabajo, auscultaba con detenimiento a sus pacientes. Los observaba lentamente sin tener de por medio un reloj que le dictara el fin de la consulta.

Hoy podemos concluir que su gran error fue no mentir, porque quien desea saber sobre su pecado y enfermedad, espera la mentira; porque de entrada ya conoce la raíz del mal, porque lo encarna en sí mismo.

Que un párpado estuviera más caído que el otro, significaba que la persona estaba tratando de evitar la soledad; las manos pequeñas y gruesas, una ambición torcida; la irregular decoloración en el cuello delataba la envidia contenida; las ojeras resaltando los huesos bajo las cuencas oculares eran el claro signo de que la muerte exhalaba ya un tufo reconocible en el hombro de la persona.

Un primero de octubre, después de una noche intranquila, se levantó en la madrugada y en el baño se contempló largamente frente al espejo. Al leer su propio rostro desencajado notó que la mandíbula se le había afilado; los labios resecos y descoloridos le anunciaron que su hora había llegado.

No se alarmó ni trató de esconderse o echar llave a la puerta que un hombre furioso patearía horas después para llegar con su olor a muerte hasta su delgado cuello. Era un condenado a la infelicidad, uno que fue diagnosticado por ella en días pasados. No le mintió. Le había dicho que sería hasta el fin de sus días un malquerido. El cuerpo se le iría secando en amargura por la soledad, por mirar las calles sabiendo que nadie entre la multitud sería para él.

El hombre no habría podido soportar la sentencia, y esa mañana decidió torcer su suerte y la de la lectora de cuerpos por otro rumbo menos doloroso, más radical. La arrastraría a su lado con furia, no la soltaría en su caída hasta que llegaran junto al valle donde caen los secos de corazón, los que no contradicen al destino a pesar de que lo ven claramente. Ahí llegan quienes creen que el amor es un ave a la que se atrapa sin la mansedumbre de un cuerpo, de unas manos que estén dispuestas a acariciar portando una máscara, desafiando al animal que todos somos.

Un ave a la deriva

Laura Sánchez Stone

La despiertan los trinos de las calandrias. Marina, al igual que las aves, decide festejar la vida. Su marido no querrá verla por la mañana, para variar. Transpira ya, decide darse una ducha antes de salir a correr. La calle está recién lavada por la lluvia y el vapor empieza a alzarse. Los lirios siguen desfallecidos, como borrachos de humedad en los jardines.

Tras recorrer dos kilómetros llega a la playa. Las olas revientan sonoras en la desolada bahía, y aunque la marea está brava, la invita a zambullirse. Se desprende de sus ropas, y en bañador se deja envolver por el océano. Después de nadar unos minutos, se percata de una barca que acaba de llegar cerca de ella. Disgustada por la intrusión, hace un movimiento brusco para alejarse y de súbito siente un dolor terrible en la pierna; el calambre le impide nadar.

El hombre de la embarcación observa a alguien que mueve los brazos de forma desesperada, se da cuenta de que no puede nadar y se aproxima con rapidez para rescatarla. La sube a su nave. Ella le dice, muy agobiada, que un entumecimiento le ha impedido nadar. Él la ayuda a estirar la pierna para aliviar la contractura muscular.

En la medida en que Marina se va tranquilizando, el resplandor temprano de la mañana le regala el perfil de un hombre cobrizo con el torso desnudo mientras escurren gotas salinas de su cabello. Descubre un Neptuno de mentón fuerte y rasgos toscos cuya conversación la atrapa de inmediato con una voz ronca y baja.

Este se asegura de que se encuentre bien y le ofrece un café con ron para reanimarla. Le dedica toda su atención a la hermosa presa que llevó hasta su reino. Marina cae en cuenta de que ha librado una muerte segura, le agradece por salvarla y, confortada, disfruta de los halagos y de la conversación de Ramiro. La invita a dar una vuelta por los esteros, pero ella declina el ofrecimiento; se le ha hecho tarde. El capitán Ramiro se acerca al lugar que ella le indica para recoger su ropa. Se despide con la promesa de volver al día siguiente, justo al amanecer.

En el trabajo, los niños la sacan de su ensoñación, les cuenta una historia, cantan y juegan con enseñanzas motrices. Los infantes cantan “Si tienes muchas ganas de aplaudir”, y palmean dos veces después de cada frase llevando el ritmo.

A las dos de la tarde, Roberto la espera en la mesa, impecable con su barba rubia bien cortada y fragante de loción. Vuelve a su realidad. Lo saluda con un beso. La cocinera sirve la comida. A Marina le cuesta trabajo poner atención a la charla de su marido, quien se esmera en complacerla. Le dice, escudriñando sus ojos de gata, que pronto conseguirá el préstamo para que ella pueda abrir su propia escuela. Marina acaricia su mano y le pide que no tome riesgos innecesarios. Cambia el rumbo de la conversación hacia la necesidad de implementar una plataforma en la red para las clases que imparte su esposo en la Universidad de Jalisco.

Roberto la escucha pero nota su melancolía, siempre acostumbrada a renunciar a sus sueños. Ni siquiera el proyecto del centro de aprendizaje infantil logra despertar su entusiasmo. Se atreve a volver a tocar el tema de la infertilidad.

—Mi amor, se nos está pasando el tiempo y no decides lo del niño. Te gustan tanto las criaturas que sería un pecado no intentarlo. Sabes bien que haría cualquier cosa con tal de verte feliz.

—Gracias, amor. No me gustaría pasar por falsas ilusiones, ya ves que no siempre da resultado la inseminación. Y por otro lado, me da miedo que nazca mal el bebé o que resulte con cuates o triates. No me daría abasto.

—Lo que menos deseo es presionarte. Sólo quiero que sepas que te apoyo en lo que decidas. Eres mi más grande tesoro.

Pasan la tarde viendo una serie en la televisión mientras ella prepara material didáctico para el kínder. Antes de la cena trabajan en sus computadores y al terminar se van a la cama. Marina sueña que los labios plenos de Ramiro la besan en el cuello. Se despierta con la imagen de la monumental cabeza olmeca de La Venta.

La mujer se levanta desvelada a las cinco; pone empeño en su arreglo. Esta vez llega en auto a la playa donde la barca espera. Él fuma al pie del rústico muelle. Hacen un breve recorrido cercano a la costa, rumbo a los esteros. El capitán le señala las aves que van encontrando en la densa vegetación: garzas, guacamayas y otras amarillas con el pecho rojo. Hay un pato con pico de cuchara e iguanas en las ramas. Detiene el motor en una pequeña ensenada. Un pelícano se posa en la proa y ladea la cabeza, mirándolos.

No hacen falta palabras. Ramiro desabotona la blusa de Marina. Sin prisa, acaricia la piel turgente de la morena con sus labios gruesos que saben besar. Ramiro posterga la comunión como el amante sabio que es. La mujer se deja hacer: su melena castaña y lacia como cortina ha perdido su peinado. Participa con cadencias femeninas en el ritual de génesis donde la energía crece hasta cumbres insospechadas para ella.

Así comienza sus días Marina. Hoy, antes de ir a la cama, su esposo le ha pedido que le muestre los senos, que le permita besarlos; quiere llenarse las manos con ellos. Marina se acerca, se quita la blusa y se sienta en el regazo de Roberto, quien la espera siempre en su silla de ruedas.

Una noche con el dios del amor

Teresa Fernández de Juan

A Silvia y Juan Carlos, con gratitud.

Cuando yo era aun más joven y bella me dio por leer a un escritor latinoamericano que estaba en boga. Tenía buenas espaldas porque su familia llevaba años labrando los surcos de la cultura y esto lo introdujo fácilmente en las sendas del cine; sobre todo como guionista, con adaptaciones que llegaron a ser aclamadas por la crítica. Ya interesada en su estilo, fui a ver sus datos y de golpe me choqué con su foto en la contraportada de un libro. Guapísimo. Más lo miraba, más me gustaba. Acabé sintiendo un amor platónico como adolescente preuniversitaria.

Poco tiempo después, increíblemente, me tocó visitar su país de origen, a consecuencia de una instrucción de trabajo que obtuve por un concurso. Incluso, logré una cita con la excusa de otro ser importante en el campo literario. En mi papel de intermediaria, quedamos en que, para recibir esos papeles, yo le avisaría de mi llegada; y que él, a pesar de sus elevados compromisos sociales, artísticos y amorosos, me llevaría a cenar antes de irme.

A costa del almuerzo de la jornada, y contando las pocas monedas que me quedaban entre los viáticos otorgados por mi trabajo, cuando aconteció el momento fui a la mejor peluquería de la ciudad y pedí que hicieran de mi pelo rojo algo esplendoroso, cual Medusa en su antigua época, de cuando guardaba el templo de Atenea y era la más bella de

sus doncellas. Y por qué no, también como lo que fue posteriormente, para que al verme quedara como esculpido en piedra, de tanta lindura.

Mi afroditito tocó el timbre del edificio a la hora acordada. Entré al elevador dejando un rastro de perfume y de feromonas que se extendió a la escalera. Una YO despampanante con un brillo de aretes sobre el cuello ardoroso bajó los escalones al encuentro. Pero no lo vi por parte alguna. Tardé tiempo en descubrir que aquella cosa gorda, canosa, medio calva y ya vieja que me aguardaba en el rellano, podría ser una foto del libro pero envejecida veinte años. Decepcionada, recoloqué las expectativas para no apagar mis planes de la noche. Cerré los ojos y lo reviví tal y como aparecía en la fotografía. Cuando los abrí de nuevo, y en lo que él se identificaba, yo estaba percibiendo en su lugar a la otra imagen. Teñí con mis ganas su cabello, que de paso volvió a crecer parejo desde su frente, y de un soplido borré todas esas papadas que presentaba. Sólo entonces, ya lista para la conquista soñada, partí muy oronda enganchada de su brazo.

El restaurant no era nada del otro invierno, pero resultó un lugar medio bohemio al que acudían los artistas del momento. Fue directo a la que parecía ser su mesa de siempre, casualmente con un afiche en la pared anunciando la última película que había dirigido. Ladeó su asiento, lo cual tuvo sentido cuando una pareja vino a pedirle que se sacaran una foto juntos con el cartel de fondo. Antes de que esto se convirtiera en avalancha, traté de iniciar una conversación. Lo más importante para un hombre que se considera interesante es que hablen de él mismo. Lo abordé, pues, desde esa perspectiva. Fácil fue entonces que me describiera intensamente cuán intuitivo era, y cómo escogía aspectos puntuales de su vida para entremezclarlos con su narrativa o en los personajes seleccionados para sus guiones cinematográficos. Su relato se debatía entre toques misóginos y arcadas de un vasto sufrimiento, por lo cual traté de mantenerme al margen, aunque me sentía molesta y desplazada. Él, entre col y col miraba con insistencia hacia el salón por si otra celebridad lo solicitaba.

Apenas lograba aflojar la tensión del encuentro con la primera copa de un muy buen vino en la que dejé las huellas de mis labios rojísimos, cuando sonó su teléfono. Esto le hizo voltear varias veces los párpados

expresando irritación, hasta que decidió contestarlo. No, mi amor, estoy bien ocupado. Sí, una reunión de negocios. No, no estoy en casa. Luego te llamo. Miró hacia arriba tipo: ¡Otra vez!, y luego me alentó a no detener el hilo iniciado.

Como si tuviera un localizador, ella se apareció en menos de media hora y se dirigió directo a nuestra mesa. Era de una belleza exótica, como una orquídea azalea. La reconocí de una de las últimas películas que pasaron en un festival de cine al que yo había asistido con gran éxito. Me quedé con el ojo redondo ante tanta competencia.

Pero mi asombro no llegaba a su límite. Faltaba un buen tramo. —Oh, sorpresa —dijo ella—, verte aquí, supongo que con tu “cita de trabajo”. ¿Una nueva editora, o un nuevo talento a impulsar?

—Supongo no vas a hacer un espectáculo, vos sabés que no me agradan esas cosas. Quedáte tranquila, que nos veremos mañana o más tarde, yo te aviso...

—Oh, no te molestes, ya con esto tengo.

Y la azalea partió dejando algo de violeta en mi iris. Y de orgullo. ¿Me ha preferido a esta estrella radiante? ¿Tan especial soy para él? Esto borró mis sensaciones nacientes de culpa y de indudable pena, y las reemplacé con los granos de confianza que iban hinchando mi ego.

Dulcineo, impertérrito, pidió otra copa para ambos y atrás un bistec que parecía sobrecama con un olor delicioso. “Lástima la cebolla”, pensé, pero luego me doy una buena lavada de dientes; con esta hambre no voy a desperdiciar tamaño bocado. Y mastiqué con la mayor finura, esperando que no se notara cómo resbalaba algo del aceite de oliva entre mis labios. Pero lo escurrí coquetamente con la punta rosa de mi lengua, e hice un ladeo de cabeza muy mío. Entre pestañas vi que causaba el efecto esperado. Afrodito se sonrojó levemente. El haberme preferido a la Venus hizo que me afanara aún más, convencida de que había tocado alguna fibra importante en ese corazón tan repleto.

Después de la ensalada y antes del *mousse*, sentí en mi espalda la fuerza de una mirada extraña. Al virarme de reojo noté que no sólo él se había percatado, sino que no le era indiferente. Me ladeé hasta alcanzar a distinguir otro ejemplar masculino que estaba... hecho a

mano. “¿Dos Adonis en una misma noche?”, me pregunté, extrañada. Pues sí. Y no sólo eso. Quería *guararey* con el mío. Y al mío no le resultaba para nada ajeno el cortejo. Se le notaba su disposición a dejarse querer “¿Me preocupó?”, pensé. “Este le da por igual a las dos manos. La competencia es muy fuerte, no sé si salga airosa de esta contienda”.

Pero las miradas furtivas se eliminaron solas luego de que Adonis Dos se acercara a la mesa y dejara al pasar constancia de su gusto por el *Paco Rabanne pour homme La Nuite*, marca muy celebrada y ya descontinuada. Adonis Uno ni se inmutó. Así que, si había algo por ese lado —que no lo dudo—, no tocaría para esa noche. Suspiré aliviada por segunda vez. Me sentí tan vencedora como Helena.

Antes del cafecito comenzó a picosearse la conversa, breve pero ardiente. Tras una mirada de deseo pidió la cuenta con prisa y atrás un taxi. Empezando a desahogarnos en el asiento de atrás entre boca, manos y roces locos, volamos a su residencia.

No sé cómo llegamos a la cama aunque sea para terminar el acto, uno largo y apasionado. Sábanas haciendo anillos, locura de almohadas, el placer más allá del placer. Lo que no apuntaba por el cansancio o por la edad lo levantó el deseo ardiente que decía que yo le despertaba. Momento mágico, balbuceó incrédulo, fascinado. Y como si su conducta no fuera suficiente, me expresó al final que yo era la más entrañable, ardorosa, dulce, exquisita mujer con la que jamás del mundo, planeta, universo había hecho el amor en su vida. Una experiencia única, inolvidable.

Tristes las despedidas, y más porque yo me marchaba del país al día siguiente. Pero ahí aproveché para hacerle una pregunta técnica, vaya, una duda literaria que tenía, como lectora admiradora y voraz. Le mencioné que siempre me llamó la atención que en sus historias apasionadas él saliera siempre airoso. ¿Realmente pasaron así, o tú las retocaste?

—Bueno —respondió sonrojado—, suelen basarse en la realidad, pero no el desenlace. Esa es la licencia de ser un escritor. —Y procedió a regalarme un retrato de dientes blancos en una mueca que no abandonaba su suficiencia en medio de tanto orgullo.

Yo absorbí sus palabras como quien despertaba de un sueño y me desgajé suave entre las sábanas; resbalé casi en retirada. Y mientras, su

sonrisa mariposeó las entrañas de mi útero: una musa acababa de ser fecundada. —Quién sabe —terminé, imitando su gesto indiferente—. Tal vez algún día te copie esa argucia para escribir una aventura lujuriosa y loca con algún personaje famoso.

Pareidolia de corazones

Teresa Fernández de Juan

Susana llegó a la casa por la amiga de una amiga, que me dijo que ella limpiaba como si tuviera un trapeador en cada mano, que era como una pared de callada y más silenciosa que una minúscula.

Casi todo es cierto, me dije revisando con dedo crítico las cornisas en su primera partida, los rincones más escondidos a la otra, y así sucesiva y minuciosamente.

Digo casi todo, porque de callada era como una pared agrietada, en todo caso. Traspasaba sentimiento y ansia. Sentimiento porque extrañaba en esta ciudad rara y desértica, donde sólo florea tres meses y a las cinco de la tarde cae un manto que tapa el cielo. Y el ansia pues de conversar, porque vivía sola en casa de un gringo que se la dejaba a cuidar y sólo se asomaba cada quince días, tratando de espantar los fantasmas que le abrían la puerta en la noche sin mostrar rostro ni sombrear cuerpo. Rechinaban sus calcetines, desparramaban calzones y juntaban los ganchos del clóset, procediendo a desaparecer al menor intento. Ella jura y perjura que no era imaginación. El gringo puso camaritas adentro. Pero qué se piensa, me contaba ella, si los fantasmas no salen en los videos. Como si eso no fuera algo que ya supieran todos.

No importa lo concentrada que me encontrara (es difícil para muchos entender que en la computadora también se trabaja), se me acercaba con alguna anécdota familiar o de cualquier tipo. Mi cara sería le importaba un pito; al contrario, me decía que yo emanaba luz y le incitaba a confesarme todo. Y así fue como llegó a los corazones.

La primera vez me enseñó seis retratados con su celular. Me costó advertir algunos, porque eran del aceite que flotaba en la sopa, de una sombra en un árbol o una nube traviesa y errada. Después los hallaba en el ómnibus, cuando estaba desesperada porque llovía a cántaros y no tenía parada; dos plateados la sorprendieron al dejar el taxi y uno pequeño aterciopelado le aguardaba en la calle. Ese me lo regaló. En alguna ocasión, mi gata dejó un pedacito de pollo y Susana señaló su precisa forma de corazón. Se cayó una corona de flores plásticas y armó un alboroto que pensé que estaba temblando, pero cuando subí a verla (ni pensar en concentrarme frente al monitor de la pantalla), no me dejó agarrarla hasta hacerme ver que no cayó azarosamente, sino para dibujar un enorme corazón.

Después le llegaron malas noticias y no paraba de llorar. Deprimida por problemas ajenos que hizo suyos, su sensibilidad le hacía llegar al sollozo varias veces al día. Las pestañas tripeaban gotitas y el iris se colmaba de lluvia. Con una tristeza de saco de piedras, su único consuelo llegaba cuando Dios —me contaba ella— le obsequiaba algún corazón. Una hoja mal comida por insectos tenía justo esa forma en el jardín. Un papelillo que se rasgó de pronto, cayó como un latido. Todo para ella eran corazones, como esas personas que ven a la virgen hasta en el aliento de una nevera en la tienda.

Soporté esas figuraciones por tres meses. Sonreía como si le creyera y me negaba la oportunidad de explicarle científicamente la base de tan craso error. A ella le consolaba y, mientras no hiciera daño a nadie, para qué quitarle su perturbada ilusión.

A los tres meses su hija enfermó en otra ciudad y ella partió para allá sin dudarlo, sin expresar que tenía un bultico en el pecho que rogaba ser revisado por un doctor. Agarró el dinerito de sus ahorros para el viaje y se concentró primero en la caída de su Julia; ya luego vendría lo suyo. Antes de despedirse entre congojas, eso sí, me mostró sus últimas fotos; algunas raramente visibles, con la seguridad de que todas ellas eran corazones definidos que Dios le entregaba para mantenerse firme y con esperanza.

Al irse la extrañó mi casa, mi gata, y hasta mis espacios libres. Dejó un pequeño vacío en cada parte. Sólo que, eso sí, se llevó su locura.

Su benigna locura, pensaba yo justo cuando cesó el enorme aguacero temprano en la mañana y abrí la puerta del patio a ver si ya todo había acabado. Y en efecto, incluso el piso se encontraba seco; como si no hubiera caído gota alguna, salvo en el espacio del medio, donde se dibujaba claramente un corazón tan húmedo como un lago.

Once centímetros de hueso

Arturo Urrutia

Por la abertura de la bata de Sami sobresalía una escalera curvada de vértebras y costillas que se acentuaban bajo las luces amarillentas del hospital. Asintió con un movimiento sutil de su cabeza calva para que su madre le diera otra cucharada de avena.

La avena parecía agua, nada que ver con la que le gustaba. Cuando su mamá la hacía en casa, antes de la diagnosis del tumor, Sami podía sumergir el dedo índice en el plato y extraer un glóbulo de masa endulzada con piloncillo. Se rellenaba la boca tanto que le era imposible masticar sin que le escurriera la avena por la barbilla.

—Pareces perrita —le decía su mamá, a lo cual Sami contestaba con un ladrido.

Su mamá le ponía pasas y canela, ingredientes que con la quimioterapia le causaban náusea. Le dio la cucharada de avena, pero mantuvo una bandeja de plástico verde sobre la cobija por si vomitaba.

El doctor Star y la enfermera López entraron al cuarto sin tocar la puerta. Se detuvieron detrás de las cortinas para leer la historia clínica en los portapapeles y revisar los instrumentos médicos que registraban las señales vitales.

—Estuvo complicado —dijo el doctor con aire de una persona que jamás ha batallado en la vida—, pero por fin volvimos a soldar los huesos.

—¡Increíble, doctor! Qué suerte que estaba usted de turno. Si no, seguramente el sacerdote habría perdido la pierna.

Cuando la enfermera López abrió la cortina, su teléfono sonó con un toque de trompetas. El doctor parecía ser un actor entrando a la escena de una obra de teatro.

—Ups —dijo la enfermera buscando a tientas el celular sin apartar la mirada del médico. Él le sonrió; ella encogió los hombros para acentuar sus pechos, y se alejó caminando hacia atrás sin dar la espalda.

La mamá de Sami se retiró un poco de la cama con el plato de avena.

—El doctor *Rock Star is in da house* —dijo Sami.

Seis meses atrás, durante el último día de clases, Sami había sentido un dolor en la pierna. Fue tan fuerte y repentino que no podía decir precisamente dónde le dolía. A medida que pasaban los minutos, le dolía más. Al fin no pudo caminar del salón al estacionamiento donde la esperaba su mamá. La enfermera la llevó en una silla de ruedas y les recomendó que fueran directamente a la clínica. En menos de una hora, un oncólogo les había presentado los resultados y había trasladado a Sami a una cama de la sección de oncología pediátrica con un goteo intravenoso. Se necesitaba iniciar la quimioterapia inmediatamente para aislar el tumor y después extraerlo.

Ahora, seis meses después de la extracción del tumor y de la sección de fémur de donde había brotado, iban a la mitad de la quimioterapia.

—Vamos a revisar unas cosas —dijo el doctor.

—Hola, doctor —dijo la madre de Sami. Se puso de pie para saludarlo.

—No se levante, descanse un poco. Si necesita salir a tomar un receso ahora estaría bien.

Sacó dos guantes morados de látex de entre una caja sujeta a la pared. También había un desinfectante que tenía un letrero que decía: “Favor de no usar el desinfectante, use el lavamanos”.

—¿Por qué no se puede usar el desinfectante? —preguntó el doctor.

—El olor le causa vómito —dijo la madre en voz baja, como si el ruido también se lo causara.

El doctor se puso los guantes.

—Parece que tenemos un nuevo color.

—No se me cayeron las cejas —murmuró Sami.

—Pudo comer un poco de avena —dijo la madre.

—Eso es bueno —dijo el doctor. Colocó el estetoscopio en un surco de las costillas—. Tu corazón está muy bien.

—¿Doctor? —preguntó la madre.

—¿Sí?

Sami estaba inclinada hacia adelante, pero aun así pudo dirigir la mirada hacia su mamá y hacerle mala cara.

—Doctor, ¿qué hicieron con el fémur de Sami?

—Solamente le amputamos once centímetros de hueso, no el fémur entero. Pero no se preocupe, pudimos extraer el tumor por completo. El laboratorio nos confirmó que las orillas del tumor estaban claramente en la extracción. Y no hubo proliferación de células cancerosas.

Después de la primera semana de quimioterapia, su madre guardó en una bolsa de plástico el cabello que se le había caído y lo colocó en un altar de su casa.

—¿No hay algo en la Biblia que prohíbe la idolatría? —Sami le preguntó en su momento.

—Solamente rezo por ti.

—No me agrada ver eso —le contestó Sami.

La madre enumeró las bolsitas de plástico para que sirvieran como referencia a las rondas de quimioterapia. Sami las tiraba a la basura cuando las encontraba en el altar, pero su mamá las recuperaba en la misma noche.

—No quiero que reces por mí —dijo Sami—. No necesito un milagro. Solamente quiero que me curen para regresar a la escuela. Quiero estar con mis amigas.

El doctor Star tarareaba en voz baja mientras hacía apuntes en el portapapeles al pie de la cama.

—Quiero saber qué pasó con el hueso de Sami. ¿Dónde está?

—Señora, no se preocupe. El hospital tiene un proceso de incineración para tejido en el cual ni siquiera quedan cenizas.

—Pero algo tiene que quedar.

—No, nada. Para eso es el sistema.

El doctor Star se acercó al desinfectante para manos, quitó la nota que decía que no se usara y se echó tres bombeos. Se acercó a la cama frotándose las manos.

—Estaré en el hospital mañana. Solamente avisen a alguna enfermera si me necesitan.

Salió del cuarto y Sami le señaló a su madre que le acercara la bandeja. Vomitó la avena. Cogió el guante morado que le había quedado más cerca y lo aventó con desprecio en la dirección de la puerta por donde había salido el doctor.

Nuestra Señora de las Manchas

Arturo Urrutia

Llegamos al Hospital de la Mujer a las tres de la mañana. Había muchos lugares libres en el estacionamiento cerca de las puertas, así que tuve el lujo de estacionarme en reversa. Cuando noté que había una rama de árbol me bajé del auto para quitarla; era pequeña y no estorbaba, pero las cosas se deben de hacer bien, aunque uno lleve prisa.

Sentí que estaba batallando para estacionarme bien, tal vez porque las líneas no estaban pintadas paralelas. Cristoria respiraba con más intensidad y la duración de las contracciones estaba aumentando. Sí me había dado cuenta de que la situación se ponía grave, no soy tan distraído como ella piensa.

—¡Basta, Leo! Ya déjalo aquí —me dijo, y con eso abrió la puerta sin esperar a que el auto se detuviera.

Corrí para conseguir una silla de ruedas. En la carretera había contado doscientos veintitrés reflectores blancos y cuarenta y siete amarillos, ambos eran números primos. Estaba seguro de que ese día tendríamos la fortuna a nuestro favor y que todo nos iba a ir bien.

Después de veintitrés horas de parto, con diecinueve en el hospital, ambos números primos; y después de ver cómo la cabeza de mi hijo rompía el tejido de la vagina de mi encantadora esposa, no pude calmar mis nervios lo suficiente como para no dejar de mover las tijeras torpemente cuando el médico me pidió cortar el cordón umbilical.

Mi hijo nació con manchas moradas en la espalda y en las nalgas. El doctor me dijo:

—La melanocitosis dérmica congénita, o manchas mongólicas, son marcas de nacimiento benignas y temporales; se ven en los recién nacidos de origen africano, hindú o indígena.

Yo interpreté que era algo que les pasaba a los bebés morenos.

La verdad es que dejé de ponerle atención al médico después de escuchar las palabras “benignas y temporales”; me puse a contar las respiraciones de junior, a contar los dedos de sus manitas, de sus pies, a verificar que no tuviera cola y si se parecía a mí. Todo bien.

Llamé a mi suegra saliendo de la sala de partos y ella llegó al hospital en un instante, lo que significaba que había viajado desde San Francisco a la velocidad del sonido o que ya estaba esperando en el estacionamiento. Entró corriendo al baño con una mochila de ruedas y salió tan rápido como si fuera Supermán. Vestía de suéter y pantalones de algodón blanco.

—Es para que el bebé se sienta cómodo —dijo. Se parecía a aquellos ingenieros que trabajan en salas asépticas construyendo semiconductores.

Cuando entré en la habitación del hospital, junior ya estaba prendido al pecho de mi esposa y mi suegra estaba de rodillas rezando el rosario en voz alta, con su teléfono celular sobre la mesa. Parecía que estaba rezándole al celular pero, cuando respondieron otras voces, me di cuenta de que había otra gente que rezaban a través del teléfono.

Después de un parto tan difícil tenía mucha hambre, así que fui a buscar comida. La cafetería ya estaba cerrada a esas horas. Tenía tanta hambre que por primera vez en mi vida cometí un delito: me robé unas frutas que habían quedado en la barra de ensaladas, abandonadas por la clientela del hospital y los trabajadores. Llené mis bolsillos con tres manzanas, dos peras y un plátano.

Cuando volví a la habitación había siete mujeres más, parientas de mi esposa, sentadas en un círculo y rezando el rosario. Todas ellas le estaban dando pecho a un bebé. Cristoria viene de una familia fértil donde las mujeres son muy pechugonas, con cada estación del rosario se pasaban los bebés en dirección a las agujas del reloj. Yo estaba horrorizado, no porque fueran siete mujeres, lo que por naturaleza serían

catorce pezones (un número par); sino porque no sabía cuál era mi hijo. Además, por motivos higiénicos.

Había leído en los libros para padres que, anteriormente, las madres se mantenían aisladas de los demás durante cuarenta días después del parto para evitar infecciones. Ese es el origen de la palabra “cuarentena”. Cuarenta días de aislamiento. Sé que los historiadores afirman otros orígenes de la palabra, pero en el Levítico 13 está escrito que en aquellos tiempos ya estaban colocando a las personas en cuarentena, para evitar la propagación de las enfermedades.

Los inmunólogos nos dicen que los recién nacidos reciben anticuerpos a través de la leche materna. Por eso no se debe separar a un hijo de su madre: ella debe ser expuesta a los mismos antígenos que el niño para proporcionarle los anticuerpos adecuados. Pensé que cualquiera que fuera la razón de este extraño ritual de la familia de mi mujer, nuestro bebé tendría el conjunto más amplio de anticuerpos a partir de varias fuentes de leche. Pero aun así, ¿qué pasaba con la mayor probabilidad de exponer al niño a más virus y bacterias de estas mujeres? Yo estaba pensando en la gripe, la tuberculosis, la hepatitis A, B y C, el herpes y en el H1N1 cuando se acercó mi suegra.

—¿Viste? —preguntó mi suegra.

Estaba agradecido de que ella no era una de las fuentes de la leche.

—¿Qué? —fingí que no había nada fuera de lo común.

Mi suegra despegó a junior de una de mis cuñadas y le destapó la espaldita. Mi pobre hijo siguió moviendo los labios como si todavía estuviera pegado a un pecho. Ella señaló la mancha morada.

—Es púrpura —dije—. Los morenos nacemos con esas manchas, pero desaparecen después de unos meses.

—Es la Virgen de Guadalupe —dijo ella—. Aquí está su rostro y aquí están sus manos. —Trazó el límite de las manchas de color púrpura en las nalgas de mi hijo. Tenía razón, las manchas se asemejaban a la silueta de la Virgen.

Se me cayó una de las manzanas con un sonido seco y todas las mujeres la miraron. Me sentí desnudo frente a ellas.

Las visitas nos habían abastecido con tantos pañales que, al salir del hospital al día siguiente, tuve que dar tres vueltas para poder cargar

con todo el material de junior. Y ya todos acomodados, nueva mamá, nuevo bebé y pañales, nos dirigimos a casa.

Mi cuerpo se estremeció cuando vi a un manifestante en la entrada del estacionamiento con un letrero sobre el pecho que leía: “DI NO A LA CIRCUNCISIÓN”. El cartel me distrajo. También había leído en los libros sobre el embarazo que en los años setenta se utilizó un nuevo tipo de circuncisor eléctrico, que rara vez fallaba mediante la entrega de una enorme carga eléctrica y les quemaba el pene a los niños. ¿Podía este manifestante ser víctima de semejante horror? Yo quería hablar con él acerca de su opinión sobre la lactancia materna, pero ¿qué tal si era una persona trastornada? No quise exponer a mi mujer o a junior. En cambio, le di un golpecito al claxon y lo saludé de lejos.

—Sigue adelante, Leo, ¿quieres? —dijo Cristoria.

Las mujeres pechugonas siguieron viniendo a mi casa por un año y mi hijo creció muy rápido. En la tabla de crecimiento se estimaba que iba a ser de dos metros de altura, aunque mi esposa y yo no somos muy altos. Por suerte, después del undécimo mes, las manchas se comenzaron a borrar y la Virgen se convirtió en un patito. En lo único que batallamos en enseñarle a junior fue que no anduviera levantándoles las blusas a las mujeres buscando de dónde prenderse.

Los aceráticos

Juan José Marín

No sé cuánto más pueda soportar. Dicen que el diecisiete por ciento de los pacientes con anquilosis cervical repentina (ACR) solicita la muerte asistida. Quienes no lo hacen no es por falta de deseo, sino de dinero. Sólo el 1.75 por ciento puede pagarlo.

No puedo levantar la cabeza. Mi barbilla presiona con fuerza mi pecho. Para poder mirar al frente debo doblar las rodillas y arquear la espalda. Caminar así es un espectáculo grotesco. Girar la cabeza tampoco es posible, por lo que he de rotar el cuerpo entero para poder ver hacia los lados.

Es difícil respirar debido al doblez permanente al que la tráquea es sometida. Tragar saliva es un suplicio. Pasar el alimento, un tormento. Mi voz al hablar es extraña, gutural. Lo que intento decir y lo que sale de mi boca no siempre son la misma cosa.

Desperté con ACR el 5 de febrero del año pasado. Soy el paciente cero, el primero en todo el mundo. Conservo esta captura de pantalla que muestra lo que informó la Organización Mundial de la Salud cuando dio a conocer la aparición de la enfermedad:

La Anquilosis Cervical Repentina (ACR) no se contagia de un sujeto a otro. Existe certeza al respecto y consenso unánime entre la comunidad científica internacional. Ningún virus ni bacteria son los causantes. Sin embargo, la ACR es de etiología desconocida y por tanto, hasta este momento, incurable. Esta extraña enferme-

dad provoca anquilosis repentina en la totalidad de las vértebras cervicales aunada a una hiperflexión abrupta en esa sección de la columna vertebral. La ACR no presenta otra sintomatología ni amenaza la preservación de la vida.

La hiperflexión permanente del cuello provoca dolor, por lo que la medicación con antiinflamatorios y analgésicos es indispensable. El porcentaje de pacientes con dolor crónico que requiere esteroides y morfina es muy bajo. El gran problema es la repercusión psicológica. Un gran número de aceráticos —así nos llaman— presenta depresión, trastornos de ansiedad e incluso cuadros psicóticos repetitivos.

Llevar siempre la cabeza apuntando al suelo imprime en uno la sensación de ser un subordinado de todo y todos. Ir por el mundo con la frente en alto dejó de ser opción. Ver a un CEO mirando al piso mientras reprende a un subalterno es lastimoso. Verlo intentando mirar de frente al reprendido, funesto. Las rodillas dobladas y el cuerpo arqueado no comulgan con la investidura gerencial. Diluyen la imagen de liderazgo y de autoridad.

Los erguidos se han tornado petulantes. Tratan con desdén a los aceráticos o “cuellos cuchos”, como prefieren llamarlos. Las calles, los parques y las plazas públicas están llenas de personas como yo, que al ya no poder conducir, abarrotamos el espacio urbano y el transporte público. Sólo los erguidos pueden ser choferes, por lo que su oficio se ha convertido en el de mayor demanda y en el mejor pagado, muy encima de cualquier otra profesión.

La imagen de la vida citadina llena de personas desplazándose con el rostro paralelo al piso es más que surrealista. Habrá que pensarse un neologismo que pinte de cuerpo entero este espectáculo.

Mientras la OMS sostiene el argumento de la etiología desconocida causante de la ACR, Bill Gates, acerático también, asegura que todo esto es un distractor conspiratorio puesto en marcha por los Estados Unidos en pos de lograr la imposición de un poder hegemónico mundial.

Con el propósito de crear contrapeso político, económico e intelectual, Gates formó junto con otros líderes mundiales el Frente Común Contra la Manipulación o CFAM por sus siglas en inglés (*Common*

Front Against Manipulation), que ha organizado marchas de protesta multitudinarias en las ciudades más importantes del mundo.

La CFAM logró derrumbar la falacia de la etiología desconocida y puso al descubierto que el mecanismo de propagación de la ACR fue creado en Silicon Valley, con el auspicio de la Casa Blanca. Cuando escuché la noticia y la explicación detallada que dio Gates, me sentí caer hacia lo profundo de un abismo de irrealidad. Me sobrevino después la rabia y la indignación. Empujé con ambas manos mi cabeza hacia arriba en un intento iracundo y fallido por desdoblarme el cuello.

Las mentes perversas de Silicon Valley diseñaron algoritmos adictivos y los insertaron en las actualizaciones de software de los dispositivos móviles, computadoras y en las redes sociales mismas, que fungieron como vehículo transmisor de la adicción.

Nos convertimos en adictos a las redes sociales y a otras tantas aplicaciones móviles. Pasamos gran parte de nuestra vida pegados a las pantallas de los teléfonos inteligentes. Nos pensábamos libres porque podíamos levantar la cabeza después de largos periodos de tenerla agachada con la barbilla pegada al pecho. Nos pensábamos libres sin saber que ya éramos esclavos de la tecnología portátil.

Silicon Valley supo cómo hacernos adictos, mientras simultáneamente construía sesgos cognitivos hechos a la medida en cada uno de nosotros. Hurtaron nuestro tiempo, hurtaron nuestra atención, hurtaron nuestra voluntad. Desaprendimos cómo convivir fuera del espacio digital. El día que encendieron la red 7G, oprimieron el botón que marcaría el preámbulo del fin de la vida como la conocíamos. Lo llamaron *Pulso Divino*.

El algoritmo determinó el orden en que las víctimas serán “infectadas” con ACR en función del tiempo acumulado que pasaron frente a las pantallas de sus teléfonos inteligentes y de la cantidad y tipo de interacciones que sostuvieron en redes sociales, aplicaciones móviles y preferencias de esparcimiento dentro de plataformas digitales.

La manipulación vino aparejada de rutas de escape que no quisimos ver ni escuchar: libros, conferencias, podcasts, documentales. En todas ellas se habló de frente y se advirtió sin tapujos que los gigantes del Valle de Silicón ya peleaban entre sí por robar nuestra atención,

nuestro tiempo y que utilizaban sofisticados algoritmos de manipulación sutil y sistemática para lograr su cometido.

El día en que la OMS anunció la existencia de la Anquilosis Cervical Repentina (siete días después de que apareciera en mí), en el mundo ya se contabilizaban 126,015 casos confirmados de ACR. Cuando Gates puso al descubierto, seis meses después, la falacia de la etiología desconocida, y desenmascaró a la OMS como “palera del loco de la Casa Blanca”; la cuarta parte de la población mundial cargaba el lastre de la enfermedad. Hoy, faltando un día para cumplir un año exacto de que fui infectado, el 88 por ciento de los humanos somos aceráticos. Somos los decantados que pasamos por la criba de las advertencias haciendo caso omiso. Somos los que no veremos la instauración del nuevo poder hegemónico mundial. Mañana se oprimirá el segundo botón, dijeron. Lo que sea que eso signifique.

Pasos adversos

Amanecimos desnudos

Marcia Ramos

Caminamos toda la noche. Mi papá me jaló del brazo para que me moviera más rápido, aunque él tampoco aguantaba los pies y mi mamá sólo nos gritaba que la esperáramos, ya casi sin fuerzas.

La tierra se sentía como una lija que nos tallaba los huesos hasta dejar la sangre morada. Otros también seguían nuestros pasos, pero no volteamos. No fuera a ser que nos conmoviéramos un poquito de nosotros y quedáramos derrotados al lado de la carretera para llorar.

Algunos traían a sus criaturas en los brazos, otras eran parejas agarradas de las manos; mujeres sobándose la barriga del embarazo y ancianos que se limpiaban el sudor con un pañuelo. Dejamos la casa de piedras y las semillas de girasol que asábamos para vender en las calles de nuestro país, no por mero gusto sino porque no aguantábamos el hambre. “Eso hace que uno pierda la razón y se vuelva como un animal”, así nos dijeron los que estaban del otro lado, cuando nos miraron cruzar.

A veces se escuchaba el lamento de los niños —rogaban una sombra para descansar— o el “estate quieto” de las madres que les pedían aguantar la tos. Nos detuvimos cuando vimos una nave espacial y sus luces de colores que brillaban en el cielo. Asombrados, estuvimos mudos por unas horas.

Seguramente las personas que estaban resguardadas del frío y de la soledad no hubieran comprendido lo que significó para nosotros saber que no estábamos solos. Se necesita más que carne en un cuerpo para entender la vida.

Guardamos piedras en los bolsillos por si nos perseguían los perros, y revisamos el mapa para no toparnos con alguna pandilla, pero fue inútil. A mitad del camino, un convoy alcanzó a un grupo que venía atrás y subieron a punta de golpes y balazos a mujeres y niñas.

Ya sabíamos: no podíamos quejarnos con nadie; ya nos habían puesto el paliacate en la boca antes de abrirla. Dijeron que éramos bien recibidos de la boca para afuera.

No importaba. Íbamos a Estados Unidos a juntar un dinerito —como todos— y después, cuando el éxito nos alcanzara, regresaríamos a nuestro lugar para construir lo que estuvo casi deshabitado.

Generalmente hacíamos una comida al día, para que rindiera para todos. Hubo personas que nos daban ánimos y ropa que dejábamos tendida en el camino porque era muy pesado el cuerpo.

Empezamos a escuchar palabras de rechazo que se convertían en ladrillos sobre la espalda. Nos discriminaban, agredían o echaban de sus lugares como si hiciéramos algo malo al emigrar. Nos arrimábamos a acampar y en una de esas me quedé dormida sin abrir los ojos, por primera vez en todo el viaje. Quizá fueron los cantos de mamá o las risas de papá cuando nos hablaba muy emocionado de todo lo que conoceríamos.

La lluvia se escuchaba y se sentía cada vez más violenta pero no nos importaba, porque allí también había vida entre nosotros. Al tiempo que sufres el frío, pierdes la noción del tiempo y de los brazos que se han soltado.

Cuando desperté todos estaban muy callados y me ayudaron a levantarme. Medio mareada, supe ponerme de pie y agarré a mi mamá de los hombros, mientras le daba un beso a papá en la casa de acampar. Ya es hora de seguir murmurando.

Marchábamos en caravana y la comida escaseó; yo estaba desesperada porque seguramente moriríamos de hambre, pero parecía que conforme más avanzábamos menos apetito teníamos. No se nos antojaban las frutas que nos brindaban los árboles frondosos ni los desperdicios que yacían afuera de las casas, casi invencibles.

Hasta que las personas desistieron de mirarnos y ayudarnos —nadie nos quería echar la mano, nos repudiaban como si fuéramos peor

que animales— supe que estábamos enfermos y que se nos notaba en la cara.

Todos nos ignoraban. En cambio, los que venían atrás nos apapachaban y actuaban como amigos de toda la vida. Fuera de la fe que nos mantenía, queríamos sobrevivir ante todo pronóstico.

Las autoridades nos negaron un refugio seguro y un albergue. Ni siquiera contestaron cuando les discutimos que teníamos derechos. Las organizaciones tampoco mostraron una postura. Prendía la radio de baterías que alguien gentilmente me había dado cuando recién llegamos, pero ni siquiera los medios de comunicación decían palabra.

Estábamos a punto de lograrlo, cuando mi mamá dijo que ya no tendríamos que poner más agua al chocolate y mi papá volvió a contar una historia que le pasó de niño. Y sí, ya estábamos casi del otro lado. No nos detendrían un muro y unos agentes de migración después de tanto abandono. Hice a mis padres prometer que antes me llevarían a la playa. Ya era de noche, deseaba ver mi reflejo y saberme humana.

Quería confiar mis sospechas sobre una enfermedad grave que adquirimos todos, levantamos el campamento y allí estábamos frente al agua. Ellos se abrazaban. Habían perdido su color y yo miraba mi reflejo amorfo.

Un ser con rasgos humanos y casi extraterrestre, pero la piel pegada a los huesos nos dijo: “¿Ustedes también la contrajeron y se quedarán aquí para siempre?”. Se le llenaron los ojos de agua y desapareció.

Tamárhu*

Mabel Huerta Corona

Una pared color amarillo canario es el lienzo en el que Tamárhu plasma su más emblemática obra de arte callejero, ese arte tan propio de los hombres.

Si algo bueno obtuvo de Juan, fue gracias al rechazo y la crítica que manifestaba hacia la obra de Peyton; artista inglés del arte urbano contemporáneo, que mediante sus grafitis denuncia las injusticias sociales y promueve la paz.

Juan despreciaba el *street art*, al que llamaba “brochazos callejeros”. Nada honorable para un gran artista, como él mismo se describía. Sí, ella había leído y aprendido mucho en esos días de encierro en el estudio.

Desde niña, Tamárhu sabía que quería ser una gran pintora. Por eso se esforzó en aprender español para ir a la Ciudad de México. En la escuela rural había conocido la obra de Diego Rivera y Siqueiros, entre otros pintores famosos.

Su padre la alentaba.

—¡Claro que sí, hija será famosa!

Aunque su madre manifestaba cierta resistencia, sobre todo cuando Tamárhu le contó la historia de Van Gogh.

—¡Madre, nunca me cortaré una oreja! —exclamó en su lengua nativa, purépecha, con grandes risotadas.

* “Tierra fértil”, en purépecha.

Criada en un mundo de colores, Tamárhu nada sabía aún del dominio del color negro en el alma del ser humano.

En el autobús de regreso a su pueblo, un recuerdo le daba la fuerza que necesitaba: el día en el que su padre le trajo de Morelia su primer juego de pinceles. Entonces tenía doce años.

—Aquí tiene, hija, ¡dése vuelo!

De pequeña dibujaba y pintaba en cuanto espacio podía. Sin embargo, de clase humilde, pronto se incorporó al trabajo de la comunidad purépecha. Sus padres, artesanos, le transmitieron la sensibilidad por una cultura impregnada de imágenes exuberantes, coloridas y alegres. La vida de los purépechas se plasmaba en textiles y artesanías.

Hilos, colores, telares y cerámicas era el mundo en el que sus dibujos se convertían en bellas creaciones. Su niñez transcurría entre el naranja del otoño, el rosado de la primavera y todos los matices de las estaciones del año, así como entre no pocos movimientos sociales. La sensibilidad hacia la pintura y la cultura de su pueblo construían su identidad.

Como le dijo su padre, se había dado vuelo y no paró de pintar.

Así, con sus obras en un portafolio improvisado, una maleta y portando su colorida y artística vestimenta, a los dieciséis años partió hacia la Ciudad de México.

La tía Janikua recibió con gusto a Tamárhu.

—¡Niña, cómo has crecido! Pasa, pasa, no te quedes mirando. Anda, dame un abrazo.

No obstante, al verla convertida en una joven tan bonita, de grandes ojos, largas trenzas de un brillante azabache y de piel que mostraba con orgullo sus orígenes, le manifestó su preocupación: le advirtió sobre los males en las calles de la ciudad, de las diferencias y de la discriminación hacia su pueblo.

—No se preocupe, tía, soy lista y responsable, pregunte a mis padres —le expresó en su bella lengua natal.

Pronto, Tamárhu se vio en las calles de la ciudad: un mundo nuevo que le asustaba y a la vez le atraía. Debido a su edad, la tía sólo pudo acompañarla una vez para indicarle el camino hacia Paseo de la Reforma.

Desde el primer día sintió las miradas en su apariencia más que en su obra; en algunos lugares ni siquiera le permitieron mostrarla. Sí, de regreso a casa le dolían los pies, pero no por el cansancio de la caminata, sino por el peso de la discriminación hacia su gente, tal y como le advirtió Janikua. No obstante, ella no era una chica que desistía de sus propósitos, y con un suspiro que salió de lo más profundo de su pecho, se durmió en la confianza de que siempre tendría un mañana para intentarlo.

Fue uno de esos tantos días cuando lo conoció en la puerta de una galería:

—Juan Pérez, artista plástico —se presentó.

Ella, que ya había sentido la mirada de otros hombres en su cuerpo y no en su obra, por primera vez experimentó el interés de alguien en sus pinturas. Juan la invitó a su “estudio”, un departamento miserable que calificó como “su lugar de inspiración”.

Tamárhu, en su inocencia, quedó impresionada con los conceptos tan distinguidos con los que Juan adornaba su hablar, pero por encima de todas las cosas quedó sorprendida por la cantidad de lienzos, pinturas sin terminar y, lo que más amaba, la gran variedad de pinceles que divisó.

Él la enamoró a la vez que le hizo sentir su condición de indígena, situación que causó en Tamárhu un sentimiento ambivalente que no supo identificar.

Se había enamorado de ese hombre con aire elegante, de modales finos pero de zapatos tristes y bolsillos vacíos. Si bien Tamárhu ignoraba esto último, el saberlo tampoco le hubiera importado.

Con palabras al oído la convenció:

—Yo te voy a ayudar, cambiaremos tu apariencia. Por lo pronto, déjame todo a mí, tú dedícate a pintar —Acto seguido le ofreció su “estudio” como espacio de trabajo.

—Pero ¿tú dónde pintarás?

—No pintaré por el momento. Tengo que atender mis exposiciones y negociar la tuya. Seré tu representante.

Ella aceptó encantada, y se dedicó a pintar con ahínco en los lienzos que él generosamente le compartía.

—Ten cuidado.

—Todo está bien, querida tía, es mi oportunidad —la abrazó.

Así, mientras ella pintaba, él delineaba en el lienzo que era el bello cuerpo de Tamárhu e imprimía su huella: un embarazo que rechazó con la mirada y que aceptó con un falso “Me alegro”.

Pronto llegó la noche de la exposición de Tamárhu. Juan le dijo que ella no debía asistir, ya que era de mal gusto que el pintor se presentara el primer día. Le explicó que la extravagancia de los artistas aumenta el valor de las obras. Tamárhu no opuso resistencia, las náuseas del embarazo y el agotamiento la obligaron a quedarse en el estudio.

A los días, y en ausencia de Juan, Tamárhu se aventuró por Reforma a buscar la galería de su exposición; en ese momento se percató de que ni siquiera conocía el nombre. Durante el trayecto vio varias galerías hasta que encontró un escaparate que iluminaba con luces la que ella consideraba su obra maestra. Se sintió orgullosa. Expresión y color. ¡Lo había logrado!

Al abrir la puerta de la galería se le impidió el paso. La recepcionista, recorriéndola con la mirada, le dijo:

—Lo siento, se requiere reservación.

—Pero yo soy la artista.

La joven la miró con lástima y le permitió la entrada.

—¿Te gustan las pinturas? Son bellas, ¿verdad?

—Sí —afirmó Tamárhu, con cierto rubor.

—Pasa a verlas, pero rápido.

Tamárhu no vio las pinturas al recorrer la galería. Unos trazos negros en la esquina inferior derecha de cada obra llamaban su atención: “Jean Pierre”.

—¿Quién es Jean Pierre?

—El pintor, un europeo famoso. Esta colección, según los expertos, es su obra maestra, ¡la mejor!

—¿Por qué?

—Porque ha sido capaz de captar la esencia, la discriminación, el abuso y la imagen de los pueblos de México —afirmó la joven, como si leyera un panfleto publicitario.

—Ah, sí, la discriminación, Juan Pérez, el abuso... —pronunció apenas en un susurro y salió de ahí.

Lágrimas la inundaban, pero no mojaban su rostro, la recorrían por dentro...

Al llegar a su pueblo se dedicó a pintar. Replicó su obra en todas las paredes que pudo a pesar del embarazo, los cambios climáticos y las llamadas de atención de la policía que muchas veces hacía como que no veía; ya que la conocían desde niña, y sus grafitis llenaban de color la comunidad purépecha.

De Juan, su tía le dijo que alguna vez lo vio por Reforma ofreciendo a los turistas sus dibujos.

A la fecha, Tamárhu figura entre los nueve grandes artistas del *street art*. Hoy termina de pintar en el gran muro lateral del Palacio Municipal de Morelos una magnífica obra de arte. Aquella que alguna vez un tal Jean Pierre expuso como propia en un aparador de la avenida Reforma.

El último aliento

Adriana Guadalupe Luna Flores

Siempre fue muy bonita, le gustaba que se lo dijeran y quizá yo fui responsable por fomentar en ella esa vanidad.

La escuela no era su fuerte pero sí los sueños, como el salir de esta ciudad provinciana en la que sentía que se ahogaba. Confiaba en que su belleza la llevaría a otros lugares. Al terminar la secundaria se puso a trabajar, tuvo varios novios aunque al final terminó con ellos: “No tiene ni en qué caerse muerto, ni siquiera tuvo para llevarme a cenar después del cine”. Argumentos como esos eran suficientes para que los cortara.

Una tarde, Marisa llegó muy emocionada: “Por fin he conocido al hombre de mi vida”. No hicimos mucho caso. Cada vez que conocía a un chico nuevo se entusiasmaba y la decepción se hacía presente un poco después. No fue así, los días transcurrían y ella no perdió su entusiasmo. Quisimos conocer al pretendiente. Mantenía un hermetismo que empezó a preocuparnos. Lo único que sabíamos de él era que se llamaba Roberto y tenía un negocio de venta de accesorios para celulares en la capital del país. Le iba muy bien y había viajado a esta ciudad porque quería instalar una de sus tiendas aquí. Siempre la recogía en el trabajo y, al separarse, la dejaba en el sitio de taxis porque su coche estaba en reparación. Mi hija dijo que muy pronto nos lo iba a presentar. Una inquietud empezó a apoderarse de mí: no me gustaba que ese hombre no diera la cara. Confié en las decisiones de mi hija; creí que la había educado para saber elegir.

Esa mañana de viernes todo parecía normal. Marisa se había levantado más temprano que de costumbre porque iban a tener inventario en la tienda de ropa. No se despidió al irse. La noche anterior nos puso sobre aviso así que no extrañamos su presencia. Debo decir que yo también trabajo: tengo un pequeño salón de belleza en un cuarto anexo a la casa; eso me ha permitido cuidar de mis hijos y no desatender mi hogar. Aquel viernes tuve muchas citas: la hija de una clienta celebraría sus quince años así que me tocó arreglar, junto con mi asistente, a todas las mujeres de la familia. De no ser por mi modesto negocio nos las veríamos muy duras. Mi marido es empleado en una ensambladora de autos y, aunque gana bien, mantener tres hijos no es nada fácil porque ahora los chicos demandan muchas más cosas de las que nosotros necesitábamos: todos traen celular, tenis de marca, computadora para la escuela; sin contar lo de rigor: comida, vestido y pago de recibos... En fin, nunca he pensado dejar de trabajar.

Vuelvo a ese día. Cerré el salón, entré a la casa y vi que mis hijos ya estaban allí. En ese momento iba llegando Alfonso; me besó y dijo:

—Te veo muy cansada, ¿qué les parece si nos vamos a cenar unos taquitos a la esquina?

—Sí, papá.

—Vayan ustedes y nos traen a Marisa y a mí porque ya debe estar por llegar, tres y tres, por favor.

Aproveché para meter una lavadora, me hacían falta prendas para completarla y fui al cuarto de mi hija a buscarla. El desorden no me extrañó. Así era ella: el fin de semana lo arreglaba y ya para el lunes estaba patas pa'riba. Llamó mi atención un papel doblado en la mesita de noche que decía “Mamá”. Lo tomé. Era una hoja carta doblada a la mitad.

“Mamita, no te enojés conmigo. Me fui a la ciudad de México con Roberto. Regreso el domingo por la noche. Él tenía que ir a arreglar unos asuntos de su negocio y me invitó a ir. Dijo que quería que viera la capital para que me animara a irme porque cuando nos casemos vamos a vivir allá. Pedí permiso en el trabajo y no hubo problema. ¡Ya ves que nunca faltó! No te enojés y dile a mi papi que Roberto irá a hablar con ustedes. Los quiero”.

Sentí que la sangre se me agolpaba en las sienes. Lo que pasó después, al llegar mi esposo y los chicos, lo viví como si estuviera viendo una película muda de la que sólo yo era espectadora, mientras dentro de mí un sinfín de interrogantes daban vueltas y un terror a no sabía qué se apoderaba de mi razón.

Esperamos al domingo, nunca un fin de semana se me había hecho tan eterno. Mi marido no paró de vociferar en contra del tal “Roberto” y anunció drásticas reglas que aplicaría con Marisa. Yo sólo deseaba que volviera. Quería escuchar de nuevo su risa, ver sus ojos juguetones y abrazarla, abrazarla con tal fuerza que nadie se atreviera a arrebatármela.

Mis deseos no fueron cumplidos: ella nunca volvió. Denunciamos su desaparición ante las autoridades. No supimos dar las señas particulares del tal “Roberto”. Nadie lo había visto, ni sus amigas, ni las compañeras de trabajo. En algunos momentos llegué a pensar que era un fantasma o un invento de mi pequeña. No, ella no se hubiera ido sola, ese hombre la ilusionó para llevársela con él y, por desgracia, para nada bueno.

Las autoridades nos dijeron que la trata de personas es un problema muy serio en México, y que la forma en que contactaron a mi hija es la que utilizan estas personas para reclutar. Sentí que me moría. Las imágenes que mi mente creó con base en la información que obtuve por distintos medios me atormentan día y noche hasta hoy. Nuestra vida cambió desde ese fin de semana. Nuestro mundo se venía abajo. Hicimos carteles que colocamos en diferentes puntos de la ciudad y mis hijos subieron la foto de Marisa al *Face* para que fuera compartida. Nos llegaron muchos datos de personas que habían creído verla, la mayoría o casi todos fueron falsos. Cada indicio nos daba una esperanza, cada decepción desgarraba el alma. El desaliento se apoderó de mi familia: los empecé a ver cansados y frustrados. La vida se convirtió en un ir y venir que descuidaba trabajos y estudios. Alfonso me lo dijo una noche: no podemos seguir así, jugando a los detectives; dejemos todo en manos de las autoridades. Los muchachos ya están cansados y me han dicho que necesitan volver a la normalidad. ¿Cuál normalidad? Esa ya no existirá jamás para nosotros, porque en el momento en que mi hija

desapareció mi mundo se quedó suspendido. Esa noche lloré y a gritos reclamé el desamor. Alfonso permaneció tranquilo mientras yo vociferaba. Siempre fue así, por eso me enamoré de él, por su paciencia y comprensión. Ahora dudaba que fueran cualidades. Al final sentenció:

—Mañana volvemos a nuestra vida, es mi decisión.

—Será la tuya, mas no la mía.

Me encerré en el baño. Ahí mis piernas se doblaron y el llanto afloró caudaloso. No estaba dispuesta a que un desgraciado se llevara a mi hija de esa manera. No, no lo aceptaba y tenía que seguir buscándola a costa de todo, a costa del dolor que se había apoderado de todo mi cuerpo, de la rabia incontenente que se acumulaba en mis entrañas, y de la obsesión que yacía instalada en mi memoria impulsando mis acciones y mi vida.

Ahí, tirada, lloré hasta que mi cuerpo había vaciado todos sus líquidos. A partir de ese momento inicié mi viaje sola. Ella confiaba en mí y no la defraudaría. El internet, el *Face*, los carteles y la denuncia forman parte de mi vida diaria. Son mi familia, mi alimento, mi sostén, porque sé que en algún momento la encontraré. Me convertí en una buscadora. Recibo noticias y corro hasta el lugar donde dicen haberla visto. Los esfuerzos han sido inútiles. Cada vez que eso pasa mi cuerpo reclama descanso. Mi salud se ha minado, mis hijos me ven como a una extraña y Alfonso está cansado de esta vida: lo veo en su mirada, lo huelo en el ambiente, mas ¿cómo me resigno a vivir sin ella? No puedo, tengo que seguir, no debo parar porque ella me espera, lo sé, lo siento. ¿Y si está muerta? Me lo he preguntado antes y hasta he consultado psíquicas que me aseguran lo que mi corazón siente: que está viva, que me espera y sabe que no me rendiré. En estos dos años he conocido lugares que jamás pensé que existían: bares, prostíbulos, negocios ilícitos disfrazados con fachadas de honradez. Aunque las pistas que me han dado las personas no me han llevado a encontrar a mi hija, sí me han mostrado un camino que estos delincuentes parecen seguir para ofrecer su “producto”. Los testimonios de muchas chicas con las que tuve que hablar muestran un patrón de conducta de estos criminales. Por desgracia, los lugares que he denunciado parecen tener todo en regla, “según las autoridades”. En uno de ellos estoy segura de

que estuvo Marisa: una joven la identificó, pero al hacer el cateo no había nadie; todo se había esfumado.

Una noche que llegaba de otro fallido viaje, los tres me esperaban. Al ver las maletas a su lado supe que era la despedida. Alfonso había rentado un apartamento. El ambiente de la casa le pesaba; ese ya no era un hogar sino una prisión. Me reí. Y nuestra hija, ¿crees que está en un lecho de rosas?, ella sí es una prisionera. ¿No se han dado cuenta? Mis gritos asustaron a los chicos que casi sin mirarme salieron de la casa. Ahora sé que no quisieron enfrentarme, ahora sé que libran de forma diferente su propio dolor como también lo hace Alfonso.

Viven cerca de mí y a veces los muchachos pasan a visitarme. En cuanto empiezo a hablarles de mis “investigaciones” se despiden. Creo que su dolor les ha cegado el entendimiento. Es como si no saber significara que no pasa nada, que ella está bien. Me duele que mi marido ya haya pedido el divorcio; creo que tiene una nueva relación. Me alegra por él, es un buen hombre. No puedo decir lo mismo como madre, al menos para mi Marisa.

Supe que rescataron a varias chicas víctimas de trata en el norte del país. Corrí hacia allá. Quizás una de ellas era mi pequeña, pero no fue así. Regresé con el corazón desgarrado. Existe la posibilidad de que nunca la encuentre. Sin embargo, no pararé de buscar hasta el día de mi muerte, y aun ahí su nombre se escuchará en mi último aliento.

Pasajeros

Marcia Ramos Lozoya

Primera semana

Jéssica y Víctor forman una pareja que disimula un amor apasionado afuera de las cortinas de su habitación. Cuando alguien los mira, él la abraza como si fuera una roca que pudiera romper hasta hacerla polvo, y ella lo besa como si sus labios fueran cenizas que viven en su propia tumba.

Últimamente, Jéssica ha cometido algunos errores: se ha comprado lencería nueva que no presume a su marido, ha olvidado uno de sus sacos en “la oficina”, el trabajo parece que nunca termina y ha empezado a llamarlo únicamente por su nombre. Nada de esto sería extraño si no fuera porque Víctor hizo lo mismo hace cinco años, cuando entre lágrimas le confesó su amorío con una mujer meramente pasajera. Él intenta no decir algo que revele sus dudas, pero comprende que no todos se consumen en la misma soledad.

La casa se ha transformado en un refugio debido a que las autoridades ordenaron el encierro total durante un mes, en apariencia todo se mantiene en el mismo orden universal de siempre. Víctor y Jéssica advirtieron el silencio de los otros países. Nadie sabía algo de ellos, una pandemia los había exterminado completamente.

Ni la tecnología pudo rescatar algo de su desaparición o algún rastro de vida. En los próximos días la paranoia alcanzó hasta al más seguro; los civiles compraron excesivas cantidades de licor, alimentos y papel de baño; algunos creyentes difundieron folletos sobre el fin del

mundo y se reprodujeron más noticias sobre una nueva enfermedad. Innumerables notas con frases motivacionales y otras con historias falsas invadieron las redes sociales.

Durante la primera semana, la situación no complicó la relación de la pareja, parecía que estaban más juntos y solidarios.

Segunda semana

Jéssica se recuesta sobre la cama, la tristeza la abraza como la primavera a los árboles. Mira con atención el concreto con rupturas y cráteres del techo, las cosas también contienen vida o la muestran.

Cierra y abre los ojos mientras espera que Víctor la llame para comer, él prefiere encargarse de cocinar. El techo empieza a moverse lentamente como una llamarada que crece; de pronto se abre: un gran ojo se asoma con su pupila roja, empieza a gotear sangre sobre la boca de Jéssica cuando la abre en un intento de grito desesperado.

Por su parte, Víctor está paralizado, siente como si una enorme telaraña invisible lo envolviera y una araña entrara por su oído mientras camina en su cerebro. Las ventanas se pintan de oscuridad y ellos no revelan qué les ocurrió.

Tercera semana

—Hay algo que pasó y no pude contarte —dice Jéssica, cabizbaja.

—Prefiero no saber. Llamé a mis padres para una videollamada, pero no respondieron.

—Necesito sacarlo de mí.

Jéssica expulsa un chorro de agua negra por la boca y Víctor se levanta de inmediato. No sabe qué le ocurre, quizá tiene la enfermedad y debe hablarle a un doctor. Le pregunta si se encuentra bien mientras revisa su boca; ella dice no saber qué es ni por qué salió de su boca. Se da por vencida y decide no revelar que abortó hace tiempo.

—¿Crees estar enferma?

—No, probablemente comí algo que me hizo daño.

—¿Qué me querías decir?

—¿No te sientes como apretado en esta casa? Parece que se ha hecho chica.

—No creo —contesta Víctor, mientras piensa que a veces desearía no estar casado.

—Me acostaré un rato —finaliza Jéssica.

Cuarta semana

Víctor se queda dormido hasta tarde, abre los ojos despacio, se limpia la saliva de los labios y siente un cuerpo a su lado. Se emociona. Cuando Jéssica permanece sobre la cama significa sólo una cosa: quiere sexo. Sin mirarla comienza a quitarse el pantalón y se masturba hasta que ella pida que pare como suele hacerlo. Se da cuenta de la demora y, en un acto desesperado todavía sin mirar, jala lo que aparentemente es su brazo y siente un hueso largo. Cuando se pone a su lado, encuentra a su perro sin piel, carne ni sangre. Sólo permanecen los huesos y el collar de siempre. Se sube los pantalones lo más deprisa que puede, no sabe cómo dejar de llorar para gritarle a Jéssica, quien seguramente sí está trabajando desde temprano. Ella intuitivamente sube las escaleras, y cuando encuentra la escena comienza a vomitar.

—Tenemos que sepultarlo —dice Jéssica, acongojada.

—No podemos salir —dice Víctor, desesperado—. Tendremos que enterrarlo en el jardín.

—Allí no —Jéssica niega con la cabeza.

—¿Por qué no? —repite Víctor.

—No quiero, está demasiado oscuro y ni siquiera podemos ver.

—Pues lo voy a enterrar allí.

Víctor comienza a cavar la tumba para poner lo que queda del perro. Por un momento piensa que Jéssica lo hizo; lo mató y ahora tiene remordimiento, por eso prefiere cremarlo. La tierra se mueve poco a poco junto con los insectos, hasta que una diminuta mano deforme se muestra. Jéssica le ruega a Víctor que pare, pero no le hace caso y desentierra un feto con un rostro repleto de dientes. Jéssica se hinca y pide perdón, dispuesta a confesar avergonzada que eso salió de sus entrañas.

Regresan adentro. Mientras Víctor trata de calmarla, la casa se llena de pedazos de cuerpos; el olor es insoportable. Sesos, cabellos y rostros envuelven a la pareja que parece casi ahogarse. Las paredes se desplo-

man y se descubren en el vientre de un monstruo donde ambos viven. No se dieron cuenta de que hace tiempo habían sido arrasados con todo y casa.

En otro país...

—Confirme, Mayor.

—Tenemos que huir, otro monstruo nos ataca.

Sabor a cobre

Juan José Marín

No sabes con qué te golpearon detrás de la cabeza. Pudo ser una piedra del propio baldío al que te llevaron o un culatazo. El golpe fue seco. Antes de caer de cara sobre el terreno, te quejaste de dolor y pediste que se detuvieran. Tendido en el suelo y tragando tierra, te pareció ver de reojo al malnacido cargando una enorme piedra con la que asumiste, te aplastaría la cabeza. Un acto reflejo llevó tu mano derecha detrás de la nuca. Esa noche supiste lo que era pasar de la oscuridad a la negrura absoluta en un instante. No sentiste los perdigones incrustarse en la mano; un par de ellos penetraron tu cuero cabelludo. Te sentaste para recargar la espalda sobre el largo y alto bordo de tierra que separaba el baldío de la carretera. Uno de los malnacidos te ordenó que te quedaras ahí y esperaras una hora después de que se fueran. Su carro arrancó. Te llevaste la mano a la cara. Algo escurría sobre ella. Sentiste el cuello, el pecho y un muslo mojados. Cuando te pusiste de pie y diste un par de pasos, la tenue luz de una lámpara en la carretera dejó ver el rojo de la sangre que salía de tu cabeza y mojaba cuanto encontraba en su descenso. Había un problema con tu mano, no podías mover los dedos; parecía un sapo inflado. Te fuiste de ese lugar para pedir ayuda. No esperaste una hora como te ordenaron. A los dos minutos ya caminabas sobre el asfalto hacia la gasolinera del otro lado de la carretera.

El golpe te seguía doliendo y la sangre no cesaba; con la mano izquierda te la quitabas de la cara. El taxista estacionado, que hablaba por teléfono, no se inmutó al verte y se negó a llamar a la policía o a

la ambulancia cuando se lo pediste. Decirle que te acababan de asaltar de nada valió. Tampoco el ademán que hiciste apuntando a tu ropa ensangrentada. Diste media vuelta y caminaste al 7-Eleven. Te metiste. Pediste a los empleados el mismo favor que al taxista, pero uno no tenía teléfono y el otro no tenía saldo. Te dijeron que afuera había un teléfono público y te dieron unas monedas. No funcionaba. Sólo aceptaba tarjeta. Volviste. Pediste una tarjeta prestada. La clientela se acumulaba en la caja. Te indicaron esperar. Lo hiciste en el pasillo de las frituras. Manchaste de sangre el piso. Dibujaste un camino desde el teléfono. Tal vez otro desde el taxi. Te sentiste apenado y pediste el baño prestado para asearte y algo para limpiar el piso. Te viste en el espejo del baño: desconcierto en el rostro. Ropa embadurnada y desparpajo de cabellos. Cuando saliste limpiaban con un trapeador el batidero que dejaste. Sacaron una caja de envases de soda. Ahí te sentaste a esperar tu turno, en el mismo pasillo.

¿Por qué tu sentido de urgencia no era el de los otros? Cuando los malnacidos te subieron a su carro a punta de pistola te sentaron en el asiento trasero. Tú en medio y un bastardo a cada lado. Enfrente otros dos: uno al volante y otro en el asiento del copiloto. Ese fue el que habló por teléfono diciendo que ya te tenían. El mismo que jaló el gatillo mil veces encañonándote en la sien y en la nuca; el que maldijo las mismas mil veces porque ningún tiro salió. El malnacido a tu izquierda te cacheó de pies a cabeza mientras el carro iba en marcha. Te quitó el reloj con una mano en dos segundos. Destreza delincuencia. El de la derecha te desfajó la camiseta por la espalda y la corrió hasta cubrirte la cabeza pasando por la nuca y acabando en tu barbilla. Malditos copiones. Esa era la típica imagen de noticiero. Durante todo el camino te empujaron contra el asiento. Tu cara en medio de tus piernas y la nariz restregando el asqueroso tapiz. “¡Agáchate! ¡Que te agaches! ¡Quédate abajo!”. Era un carro chico. No sabes qué marca ni qué color. Apenas cabían.

Una señora se alarmó al verte cuando entró al 7-Eleven. Te ofreció ayuda después de preguntar qué te había pasado. Te prestó el celular. Hiciste dos llamadas. Los empleados te pidieron que te metieras a la bodega y que esperaras ahí porque la gente se ponía nerviosa al verte.

La sangre volvía a salir cuando dejabas de presionar la herida. Tu mano amenazaba con reventar. Asumiste fracturas.

La piedra. Cuando apenas una hora antes te subiste a tu carro, pusiste celular, llaves de la casa y cartera en el portavasos. Estiraste la mano para cerrar la puerta sin voltear a verla, no hacía falta. Pero no pudiste, algo lo impidió. Entonces volteaste. Había un sujeto entre tú y la puerta. Te apuntó con la pistola, te advirtió que no hicieras nada y que le dieras las llaves del carro. Ya había oscurecido. El estacionamiento estaba en penumbra. Sin dejar de encañonarte te ordenó que salieras del carro y que te tiraras al suelo bocabajo. El tipo era delgado; tú, más alto que él. Lo tenías casi pegado a ti, a la distancia perfecta para reventarle la cara. Un codazo en la nariz y un rodillazo en el hocico jalándolo con ambas manos de la cabeza habría sido suficiente. Regadero de dientes. Él sería el tumbado bocabajo sobre el piso. No oponer resistencia fue lo mejor. Cuando de preservar la vida se trata, escatimar no es opción. Ya en el suelo escuchaste otra voz y viste unos pies a escasos centímetros de tu cabeza. El que te bajó del carro te ahorcó con el brazo y te tomó por detrás. “¡Levántate!”. Aquel frente a ti jaló el gatillo de la pistola negada a percutir. Apareció un tercero. Te llevaron a su carro. El cuarto bastardo esperaba al volante. Arrancaron contigo dentro. Empezaron los empujones, los eternos sopapos, las amenazas, las exigencias, el monto pretendido, el lenguaje vulgar, el “Tú ya sabes quién nos mandó”, aunque no tenías ni la más remota idea.

Llegó por fin la ambulancia. Los paramédicos de la Cruz Roja te revisaron, te tomaron los signos vitales, todo estaba bien. Pediste que te llevaran a aquel hospital privado. Te recibieron en Urgencias. Llenaste formularios y contestaste preguntas. Suturaron la herida. Quince puntos. “Parece telaraña”, dijo el cirujano. Su cara se tornó lívida cuando le contaste lo que pasó. Vivía cerca de donde te levantaron. El carro frenó de golpe. Te bajaron. La misma historia: empujones, sopapos, amenazas, lenguaje vulgar. La camiseta ya no cubría tu cara. Baldío oscuro. “¡Híncate!”. El malnacido de la pistola rejega seguía jalando del gatillo y maldiciendo porque no “jalaba”. Ese ruido de metal contra metal que nunca olvidarás. Te dio con ella en la cabeza un par de veces. Dolor soportable. Después el golpe seco que te arrojó de bruces. Ne-

grura. Luego de la sutura, el cuarto helado donde tomaron radiografías de tu mano. Siguió la TAC de la cabeza en otro espacio. Las preguntas del médico al ver las imágenes. Respondiste que no hubo disparos. Lo aseguraste. Más de treinta perdigones zambutidos en la mano decían lo contrario. Esa mano no evitó que una piedra aplastara tu cabeza. No hubo tal. Pero sí se interpuso entre los perdigones del escopetazo y tu nuca. No supiste lo que se siente que te disparen. Estabas inconsciente. Por eso no hubo alaridos. El hospital llamó a la policía. Tenían que hacerlo. Llegaron con la rapidez de quien está a la vuelta de la esquina. No así como en el 7-Eleven. Allá ni pronto ni tarde ni nunca. Los agentes se apostaron alrededor de tu cama en Urgencias como médicos durante su internado, viéndote fijo. Un agente del MP incluido. Radios escupiendo claves y chirridos. Las preguntas del judicial en tono acusatorio. Mirada amenazante en espera de tus respuestas. Feo de atar. Respondiste lo que te dio la gana y no lo que esperaba. Lo mismo hiciste con el regordete del MP. Poco te importó su amabilidad. El parte que levantaron y la denuncia que firmaste fueron una farsa. Lo descubriste después. Leíste bien la mirada amenazante: era un bastardo con placa. Los malnacidos llamaron a tu nuevo celular. Esperabas en el cuarto el alta médica. Habían pasado tres días. Nuevas exigencias. Zumbido de oídos. Visión borrosa. Escalofríos. Sudor. Sabor a cobre en la boca.

El matarife

Laura Sánchez Stone

El Murciélago había tenido una situación de extrema miseria durante la niñez, desde entonces tenía la piel pálida como la cera. Lo abandonaron en El Rastro, donde al niño le gustaba ver correr la sangre de los animales. Ahí lo acogieron y le encomendaron tareas como lavar los corrales y quemar desperdicios. Comía hígado crudo, según esto para la anemia; dieta que siguió toda la vida sin perder su lividez. Siempre obedecía; era servicial y callado. Al tiempo se convirtió en matarife del Rastro: alto y grueso, con sus imperdibles lentes negros, tan negros como su cabello engomado hacia atrás.

Nunca lo vieron enojado. Sólo se le deformaba el rostro con una sonrisa siniestra cuando mataba a las reses. El contacto con el líquido pegajoso lo hacía sentir un calor que lo vigorizaba. A veces le cortaba el pescuezo a la res con el machete, que era como una extremidad propia, y vertía en un cuenco la sangre desde la yugular del animal para beberla caliente.

Una tarde, Rosa, una chaparrita de La Palma de la que estaba preñado el matarife, salió a la noria y no regresó esa noche. El enamorado, junto con los peones, fue en su búsqueda pero no la encontró. En cuanto amaneció, el encargado del Rastro recordó que Laureano, uno de los gemelos de Los Sauces, la miraba seguido y fue en busca de una confesión. Lo esperó junto al río hasta que volviera de la ordeña.

Lo encontró casi corriendo, seguro que por ver a la muchacha. Lo detuvo. Sólo quería saber que ella estuviera bien. Él le dijo que, aunque estuviera tan buena, no la iba a tocar hasta que se casaran. Esa falta de

respeto al objeto de su amor callado disparó una rabia desconocida aun para él mismo. Lo arrinconó contra un mezquite y, con voz cavernosa, le preguntó dónde la tenía escondida. Como el hombre no confesaba, el Murciélagó se enfurecía cada vez más. Se rascaba la cabeza y le insistía que confesara. Laureano se burlaba... su arrogancia colmó la impotencia del matarife y le dio un machetazo.

—¡La encerré en la troje! —gritó horrorizado al verse sin mano.

Los chisguetes que brotaban lo sacaron de sí. Le hizo un corte en la yugular, y después de probar la sangre que lo pintó de carmín, se zambulló en el río. A pesar de su saciedad, le invadió una desesperación rabiosa y, aunque se la tenían jurada en Los Sauces, fue por Rosita a todo galope. Se brincó la barda por la huerta y encontró a la chica balanceándose en el piso de la troje, abrazada a sus piernas. Ella le dijo que al alba, cuando Noé vio salir a su hermano gemelo rumbo a los corrales, aprovechó su ausencia, rompió el candado de la puerta y abusó de ella. Él la descolgó del otro lado del muro y la regresó en su caballo a Las Palmas.

Después, el Murciélagó calculó que Noé, el gemelo que había violentado a Rosita, andaría haciéndose notar en la ordeña. Iba por la noria cuando vio que el tipo caminaba borracho por el alcohol con leche bronca de los pajaretes que se había tomado. Se le fue encima y lo molió a golpes, lo puso en su montura y lo llevó al Rastro. Ya por la tarde, cuando el matarife observaba fascinado que la colonia de vampiros abandonaba la cueva, le informaron que los tamales que habían encargado en Los Sauces estaban listos.

Esa noche, embriagado de anticipación, fue a caballo a paso lento, jalando una mula con dos tambos tras el grupo de plañideras que habían contratado para llorar a Laureano. Llevaban antorchas para iluminar el camino. El humo negro danzaba fantasmagórico sobre sus cabezas. Los pies de las mujeres revolvían el polvo fino, enmarcando un cuadro espeluznante. Parecían espectros con sus rebozos negros deshilachados. El llanto que ensayaban antes de los velorios se escuchaba agónico en aquella luz mortecina del camino.

En Los Sauces encendieron cirios en las cuatro esquinas de la mesa del comedor, donde estaba tendido Laureano. Se comentaba en voz

queda que de seguro lo habían matado por haberse robado a Rosita. Cantidad de flores aromatizaban para disfrazar la evidente putrefacción del muerto en aquel clima desértico. A lo largo del portal se dispusieron mesas para servir la cena a quienes asistieran al velorio. Fue un evento nutrido. Bebieron café con piquete y sotol. Se alimentaron en diferentes tiempos, mientras el Murciélago velaba afuera del rancho esperando por los tambos vacíos. Pasaba de la medianoche, cuando un jinete que recién llegaba le habló:

—¡Ey, *Murciel!* ¿No has visto al gemelo Noé? Lo ando buscando desde la tarde y pos nada que aparece. Está muy raro que no haya llegado al velorio de su hermano —le dijo con la mano sobre el revólver.

—Sí, sí lo vide. Hace rato lo trajeron —dijo inmutable el Murciélago, como era de costumbre—. Te aseguro que está en la cena.

Las bodas de Caná

Zeth Arellano

Jade aguardaba frente al Louvre junto a dos compañeros de la escuela. Estaban esperando que Iván llegara para entrar al paseo nocturno que la Escuela de Arte organizó. La sombra de su figura delgada bailaba en el muro con las luces de los automóviles que pasaban por ahí. Su cabello suelto cubría la mitad de su rostro, era una molestia. Lo recogió en un chongo y, a falta de liga, usó un lápiz que llevaba en el bolso para domar el insostenible lacio; este resbalaba como si se negara a tocar esas suaves fibras color maple. Había olvidado los anteojos en casa y sus ojos verdes se distinguían ante la ausencia del armazón que solían enmarcarlos. Las luces, las personas y los objetos se desdibujaban en la distancia, dentro del museo pasaría lo mismo con los detalles de las obras. Maldijo su miopía. Se rascó la barbilla, justo debajo de la cicatriz, y revisó el reloj de nuevo: Iván debía llegar en los próximos cinco minutos o se quedaría fuera del Louvre, de la beca y de su vida. Tal vez debió acompañarlo a su grupo de alcohólicos anónimos, así le hubiera recordado salir a tiempo. La puntualidad nunca fue una prioridad para Iván.

Uno de los compañeros le ofreció un cigarrillo, ella extendió sus delgadas manos que parecían desteñidas a causa del vitiligo. Lo puso entre sus labios gruesos y lo encendió con el cigarrillo de su compañero. Cerró los ojos y dejó que las pestañas tupidas se abrazaran entre sí y contuvieran todas las imágenes que daban vuelta en su cabeza respecto de ella e Iván, de su futuro. Dio una calada larga y dejó que la nicotina hiciera su trabajo, necesitaba relajarse. Movié los hombros y se tronó el

cuello ladeando la cabeza antes de darle otra calada al cigarro. Recordó el día en que se toparon frente al corcho de estudios y departamentos en renta, en los pasillos de la Escuela Nacional de Bellas Artes de París. Se sonrieron al notar que visitarían los mismos lugares. Iván había conseguido una beca para estudiar la maestría en Artes, ella estaba en su último semestre dedicándose a la escultura. Pasaron la tarde viendo habitaciones que no se ajustaban al presupuesto ni a las necesidades de sus almas artísticas. Caminaron por la ciudad, tuvieron tiempo de contar sobre sus vidas, sueños y pasiones. Él era mexicano; ella, española.

La primera vez que visitaron el departamento de la calle II Suppli del quinto distrito de París, decidieron compartirlo. Les pareció que las ventanas que formaban esquina producían la ilusión de un área mayor, ambos se imaginaron creando bajo ese techo. Había el espacio suficiente tanto para las figuras talladas sin terminar de Jade, como para los lienzos y pinturas de Iván. Se descalzaron para sentir la energía. El frío de la madera les llegó hasta los huesos, aligerando un poco el calor que cargaban de recorrer la ciudad en busca del sitio ideal.

Jade sólo se mudó con su mesa de trabajo, un par de esculturas, el colchón para dormir, una pequeña maleta con ropa y un juego de sábanas. Iván cargó también con su colchón, el caballete, pinturas y pinceles. La ausencia de paredes fue sustituida por cortinas que compraron en el mercado de pulgas para brindar privacidad. No hubo necesidad de tapar las ventanas o no les interesó hacerlo. Siempre había luz colándose por ellas; a veces del sol o de la luna, a veces de las estrellas o de los carros que pasaban cerca.

Iván instaló repisas para los materiales de Jade en su lado del estudio, ella los abarrotó con botes de herramientas, cinceles, alambres y bosquejos encimados. De su lado también instaló varias repisas para latas con barnices, trapos manchados y pinceles en todas sus variantes, un par de lienzos de diferentes tamaños recargados en la pared y cuadernos de bosquejos. El departamento se llenó con sus aromas: óleos, barro, cera, plastilina y escayola. Había grumos de pintura seca y polvo fino de arcilla lijada en el piso.

Junto a la estufa, había una mancha como de aceite quemado que quedaba debajo de la cubierta. Se podía ver, pero no se podía quitar.

A Jade le gustaba inventarse historias sobre ello y todas se las contaba a Iván mientras desayunaban; a él le causaba gracia que le diera tanta importancia, pero así era ella, siempre buscando respuestas a preguntas inexistentes. Después de unos meses de compartir gastos y espacios, decidieron también compartir la cama y deshacerse de un colchón. Eso les brindó un mayor campo de trabajo y los llevó a otro nivel de intimidad. Los fines de semana, Jade leía los poemas de André Breton tendida sobre el colchón e Iván se sentaba frente a ella para esbozar ideas en una pequeña libreta; a veces la observaba, otras prefería ver a las personas que deambulaban en las calles. Jade lo ignoraba por completo, se metía en esos pequeños libros viejos y hacía gestos sin darse cuenta mientras hojeaba las páginas; a ratos, lo dejaba a un lado y se cortaba las puntas del cabello en un ciclo que parecía infinito, lo soltaba y se lo cepillaba con los dedos. Cuando encontraba algo que la inspirara fruncía el ceño, releía el verso, se mordía las uñas, levantaba los ojos como buscando en su cabeza ese choque de piedras: la chispa. Escribía en un *post-it* y lo pegaba en la pared para luego ponerse a modelar la arcilla.

—¿Fuiste a comprar las cosas que faltaban de la despensa? —preguntó Iván después de revisar la alacena y el refrigerador, aunque ya sabía la respuesta.

—No, estoy metida en el curro, lo olvidé.

—¿Al menos pagaste la luz?

—Tampoco, pero aún no se vence, ¿o sí? —contestó Jade un poco harta por la interrupción.

—Estamos a final de semestre otra vez y no quiero terminar el trabajo a la luz de las velas, la van a cortar.

—Pues anda, ve y paga, déjame en paz que estoy ocupada. El dinero lo he puesto bajo el florero, junto al móvil. ¿Vas a pasar también por la despensa?

—Sí, me queda de pasada —dijo mientras levantaba el celular y leía los mensajes de la pantalla.

—Recuerda comprar manzanas verdes, las otras son demasiado dulces.

—Tienes varias llamadas perdidas, está sonando de nuevo, ¿quieres que conteste por ti?

—No, estoy ocupada, luego regreso la llamada —contestó Jade exasperada con las manos escurriendo de barro.

—Pero debe ser algo urgente, tienes varias llamadas perdidas del mismo número. Mira, ahí está otra vez, ¿no te molesta la vibración?

—Si serás cotilla, deja en paz el móvil. Ve y haz tus cosas, joder. Tengo las manos metidas en el barro.

—Pues ahí está sonando de nuevo, es el mismo número. ¿Quién te llama con tanta insistencia?

—¡Qué prisa y cotilla te ha entrado! Seguro son unos colegas, quedamos y no confirmé, ¿vale? Es poca cosa.

—Pues sigue sonando. ¿Lo apago por ti?

—¡No! No toques mi móvil, ¿vale?

—¿Por qué no?

—Porque no, es mío. Deja de joder y sal de una vez de mi vista.

—Ahora resulta que yo te molesto.

—Iván, estoy tratando de terminar una escultura, joder, lo menos que quiero es discutir o regresar llamadas.

—¿Y si es tu hermana?

—Coño, Iván, ¿no tienes nada mejor que hacer? Mi hermana nunca me llama y su nombre aparecería en la pantalla, sólo nos comunicamos por mensajes.

—Bueno, déjame apagarlo, así no te molestará más. Me da ansiedad que siga sonando, ya he perdido la cuenta de las llamadas perdidas.

—Joder, parece que no tienes nada que hacer, sigues ahí parado en la puerta discutiendo por nada.

—El zumbido de la vibración me molesta y seguirá sonando hasta que contestes o hagas algo.

—Ni siquiera lo había notado antes de toda esta chorrada. Yo estaba feliz y tranquila, concentrada en el curro. Hay más ruido viniendo de la calle, joder.

—Está bien, está bien, te dejaré tranquila, pasaré al bar para que puedas contestar tus llamadas, tal vez aquí el problema soy yo.

—Coño, no me uses de pretexto para irte de farra, que nunca te ha faltado una razón.

Los olores de la calle cohabitaban con Jade e Iván, contrastando con sus estados de ánimo o emparejándose con ellos. El olor del barro y de las pinturas de aceite se mezclaban con el café que él preparaba todas las mañanas para Jade, con el aroma a *croissants* y romero. Según la hora del día o la época del año, también los olores rancios y humanos se colaban por las ventanas, como el olor del tabaco quemado, el hedor de los turistas asoleados y el exceso de basura en descomposición.

Iván y Jade paseaban a la orilla del río Sena para ver las puestas de sol, buscaban un lugar para sentarse y se dejaban llevar por el sabor del vino tinto añejado, los quesos y la *crème brûlée*. Las librerías cercanas también eran testigos de sus caminatas. A Jade le gustaba perderse en los pasillos con el olor de las hojas viejas y las pastas duras de piel, mientras Iván la seguía de cerca entre los anaqueles. A veces, él también se ausentaba entre las páginas coloridas de los libros de arte y era ella quien lo regresaba a la realidad, al principio con un simple roce, un beso o un secreto susurrado. Por las noches, Iván se jactaba de poder diferenciar entre el olor de la cera quemada que llegaba desde el cementerio cercano y el del cirio pascual de Notre Dame.

Cuando Jade trabajaba en alguna entrega importante posponía las noches de copas y esculpía hasta la madrugada, a veces hasta que el cielo volvía a ponerse azul. Él seguía bebiendo porque decía que la sobriedad no lo dejaba crear, o así se justificaba. La verdad era que terminaba dormido sobre el lienzo, echando a perder el trabajo adelantado en sus momentos de medida. Las botellas vacías en el departamento se fueron multiplicando igual que las ratas en las alcantarillas. Jade empezó a salir por su cuenta, a llegar tarde y a dormir fuera. Iván estaba ebrio casi todo el tiempo como para cuestionarla. Apenas se hablaban, aunque seguían dejándose llevar, muy de vez en cuando, por el roce de sus cuerpos en madrugadas silenciosas.

—Ya estoy cansada de limpiar tus chorradas, ¿vale? ¡Tienes que avisarme y hacer lo que te toca! —dijo Jade, levantando la voz mientras apuntaba hacia la mesa llena de botellas vacías.

—No te pongas melodramática, baja un poco la voz, por favor —respondió Iván, sosteniéndose la cabeza como si se le fuera a caer.

—Tienes una semana o más de farra, coño, esto ya no lo puedo soportar más.

—¿Podemos hablar en otro momento? —dijo Iván, colocándose las manos sobre las orejas.

Jade daba vueltas por la habitación como león enjaulado, apretaba los labios y levantaba las manos al cielo, pidiendo por una paciencia perdida. Se detuvo frente a él y gritó:

—¡Eres un puto alcohólico de mierda! ¿Sabes a dónde vas a llegar si sigues así? Al museo no, eso es seguro. Vas a llegar al callejón de los borrachos, porque eres un pringao, joder.

Iván apenas podía mantener la vista fija en algún lado, ni siquiera recordaba dónde había pasado la noche, sólo quería dormir.

—Por favor, ¿podemos hablarlo en otro momento? —repitió casi en una súplica.

Los gritos de Jade lo habían sorprendido igual que la mañana. No podía hilar ninguna defensa, sólo podía pensar en las aspirinas guardadas detrás del espejo del baño. La cabeza le punzaba como si alguien hubiera encendido la mecha y todo hubiera estallado dentro.

Jade seguía dando pasos largos por la habitación.

—No estoy dispuesta a continuar con esto —dijo, señalando a su corazón y luego al de él—, a menos que dejes de beber. ¡Decide ya, coño, en este instante o me largo para no volver!

Iván se esforzó tanto como pudo para pensar en la mejor respuesta, pero sólo logró pronunciar un “Amor, tranquila”.

—¿“Amor”? ¿“Tranquila”? Coño, sí que estás liado con la bebida, se te va la pinza y no sabes ni por qué —dijo Jade con una sombra de conmiseración.

—Sólo te pido que me dejes descansar, lo hablamos más tarde, ya que regreses del cole. Vete y déjame descansar —dijo Iván, mientras se dirigía a la cama.

—¿El cole? Hoy es domingo, hoy no hay clases, ¡joder! ¿Qué más necesitas perder para cambiar? ¿O no te has enterado? Estás a punto de perder la beca. El tutor ha llamado el viernes: entregas o quedas expulsado. Yo no he visto que trabajes en nada —dijo Jade, apuntando al lienzo en blanco colocado junto a la ventana.

Iván se rascó la cabeza confundido, no sólo no recordaba el día anterior, la semana entera era un gran hoyo negro en su memoria.

—¿Domingo? —dijo, asombrado.

—¡Sí, domingo!

Iván había perdido los días. Ella tenía razón, estaba a punto de perderla también.

Jade se dirigió al baño y regresó con las aspirinas.

—Toma, tienes mucho en qué pensar. La bebida o yo. No pienso sentir más lástima por ti. Lo dejas o me voy.

Iván asintió aún mareado, aceptó las dos pastillas blancas y se las tomó. Jade era su hogar. La observó tomar su bolso y calzarse los zapatos, estaba a punto de agarrar las llaves cuando él la interrumpió.

—No te vayas, por favor —extendió su mano hacia ella y continuó—, haré todo lo que digas, dejaré de beber, no perderé la beca... te amo.

Jade no se inmutó.

—No quiero promesas vacías, quiero hechos —tomó las llaves y salió dando un portazo.

Iván se sintió solo y sediento, como abandonado en medio de la nada. Jade era su oasis y ahora no podía ni distinguirlo a lo lejos, ni como un espejismo.

Iván tenía tiempo llegando tarde a clases y retrasándose con las entregas, pero cuando aparecía con su obra los maestros quedaban estupefactos ante su creación y le perdonaban ausencias o retardos. Lo habían hablado en el consejo, ya corría el rumor sobre su alcoholismo, pero

“qué artista estaba libre de vicios”, alegaba su tutor, además el semestre estaba por concluir. Iván poseía una genialidad absoluta y sus cuadros eran en igual medida belleza e imperfección. Concluyeron que era ridículo negarle al mundo su incipiente obra y negarse la proximidad al estado puro de creatividad que Iván emanaba. Sería uno de los seleccionados para la visita nocturna en el Louvre.

Un chorro de agua fría lo despertó. Jade sostenía una vasija vacía entre las manos y lo miraba, retadora. Iván se quitó la camiseta para secarse el rostro y poder verla con mayor claridad. La cabeza le zumbaba.

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó Jade antes de dejar escurrir las lágrimas por su rostro.

—Estoy harta de esperarte, de preocuparme y de ser la intermedia entre tú y el tutor, ¿vale? Yo no tengo por qué imaginar excusas para que no te corran —dijo con cierta desesperación—. Además, ya no puedo seguir cargando con los gastos del departamento mientras tú sigues de farra, no puedo sola y tú necesitas ayuda.

—Ya encontré un grupo de alcohólicos anónimos aquí cerca, ven conmigo a la primera sesión, es el viernes.

—El viernes es el paseo nocturno en el Louvre. ¿Sabes cuánto me esforcé para poder ser una de las elegidas? —Jade torció los ojos y le aclaró—: te será más fácil hablar de tus sentimientos si vas solo. Prefiero esperarte afuera del museo.

Hubo un silencio que pareció incomodar a ambos, Iván asintió y se acercó para abrazarla. Jade se dejó cubrir por esos brazos cálidos y recargó su cabeza en el pecho de Iván, los latidos de él se acomodaron con los de ella. Si la relación pudiera alimentarse de abrazos, la de ellos sería perfecta, pensó Jade.

Iván salió de su junta de A.A. algo agotado y sediento, ya era tarde y no había dónde comprar agua cerca de ahí o en el camino hacia el museo. El agua de grifo le daba asco, era una cuestión cultural. En México, tomar agua de la llave equivale a morir de salmonela o tifo. Las campanas de Notre Dame le hicieron notar que iba retrasado y todavía debía de tomar el metro. Aceleró el paso tratando de ignorar la sensación seca e inflamada de su lengua. Esculó en sus bolsillos buscando una pastilla de menta o un chicle, nada. Si en el Louvre

no podría comprar agua antes de entrar, se arrancaría un botón de la camisa para meterlo a la boca y evitar la deshidratación, se rio de sí mismo y de su estúpida idea. Tragó saliva con dificultad, lo del botón no sonaba tan descabellado. Apenas tenía tres días sobrio y ya le parecían una eternidad.

Jade acarició las cejas de Iván a modo de saludo.

—¿Todo bien en la reunión?

—Sí.

Al entrar al museo les quitaron bolsos y mochilas, tampoco podían entrar con celulares; les ofrecieron ir al baño porque tendrían dos horas para revisar ciertas áreas del Louvre, y una vez dentro no podrían salir a menos que hubieran terminado de asimilar las obras que les interesaban. Les explicaron que había cámaras de seguridad en cada sala, área y pasillo. Los estarían observando en las pantallas, “saluden a la cámara”, dijo el guardia. El rostro cuadrado con facciones duras de Iván ocupó un primer plano en las pantallas de vigilancia. Sus cejas expresaban tanto por sí solas que podrían hablar por él. Arqueó la del ojo derecho como fingiendo ser un galán y todos rieron. Una de las pantallas, la del Ala Denon, en la sala 6, dejó de transmitir, pero volvió a funcionar después de un par de toques del guardia.

—Avancen —les dijo—, si no han salido en dos horas iremos por ustedes, no hay manera de ocultarse de nosotros.

Al entrar al recinto, Jade sintió un escalofrío que adjudicó al cambio en la temperatura; el lugar estaba diseñado para mantener las más de treinta y cinco mil piezas de arte expuestas intactas después del paso del tiempo, los cambios de clima o de luz. Casi podían escucharse los murmullos de las multitudes sudorosas de millones de turistas que habían deambulado por los pisos y pasillos en el año. Iván pensó en los curadores y las precauciones que habían extremado para evitar que las obras se vieran afectadas por la humedad a la que los exponía el Sena, además de las plagas o el desarrollo de hongos; pensó en la suciedad que llevaba en la suela de sus zapatos y se incomodó, no todos los días se podía caminar dentro de un palacio real. Jade, Iván y sus compañeros se sentían como portadores del peor virus en un hospital lleno de personas con bajas defensas. Caminaban de puntitas y susurraban,

temían hacer ruido. Las obras de arte eran imponentes, sagradas, era imposible elevar la voz sin sentir que se ofendía a los artistas presentes a través de su legado.

Iván percibió el olor de las pinturas secas en el ambiente, su continua labor como pintor había perfeccionado su olfato y podía diferenciar entre los tejidos de los lienzos, aunque no pudiera acercarse lo suficiente. Sabía cuando la obra estaba plasmada sobre cuero, papel o madera. La vista lo ayudaba y el olfato se lo confirmaba; quiso acercarse a sentir con la yema de sus dedos la textura de las obras, pero podría infectarlas o deteriorarlas con esa falta de respeto.

Recorrieron varias salas del museo. Tantos detalles, perfección e historia. Jade suspiró y llevó sus manos al pecho cuando por fin estuvo frente a la escultura de *La Victoria Alada*, sintió que le daría un paro cardíaco pero no se asustó, pues sería un buen momento para morir. Imaginó el arduo trabajo del escultor, las semanas y meses que habría bosquejado, buscando la manera única de conceptualizar y abstraer su realidad para convertirlo en esa pieza de arte. El tiempo que debió tardar tallando la perfecta textura de las alas y los detalles, que siglos después seguían ahí, permanentes. Iván se acercó a ella por detrás y la abrazó, Jade sintió que todo en aquel momento era perfecto, se preguntó si podría ser algo eterno.

Eros y Psique, *La Virgen en las rocas*, las obras de Caravaggio y *La balsa de la Medusa* se fueron quedando atrás. Sólo tenían quince minutos antes de retirarse. Llegaron a la sala 6 de la primera planta dedicada al arte del Renacimiento, dejaron lo mejor para el final: *La Mona Lisa* de Leonardo Da Vinci. Al entrar, todos observaron el lienzo enorme que ocupaba una pared completa del lugar, pero sin prestarle mucha atención. *Las bodas de Caná* del pintor conocido como “el Veronés” atrajo toda la atención de Iván. Soltó a Jade y la ignoró mientras se alejaba hacia el lado contrario de la sala. Ella y sus compañeros estaban absortos con el pequeño cuadro, el más icónico del Museo del Louvre, el que era casi imposible de ver por la cantidad de turistas que siempre la rodeaban.

La sed acaparaba gran parte de los pensamientos de Iván, pero de algo estaba seguro: no tenía ganas de ver a *La Gioconda*. Volcó su atención en la transformación del agua en vino que el cuadro representaba,

un vino sagrado creado por Jesucristo mismo. ¿A qué sabría? Si tomara de esa agua, ¿sería lo mismo que recaer en la bebida? ¿Qué le dirían en sus juntas de A.A.? Era agua en un principio, ¿no? La idea del botón seguía rondando su cabeza, de todas formas el primero nunca lo abrochaba; se acercó la camisa a la boca e intentó arrancarlo con los dientes, no pudo. Ignoró su frustración y se paró al centro del cuadro para observar con detenimiento. Una gruesa gota de agua lo sorprendió cayéndole sobre el ojo derecho, resbalando hasta sus labios secos. Levantó la cabeza para buscar la gotera o una posible filtración de humedad, lo que daría por un vaso lleno de agua fresca. Sobre él no había nada, pero otra gota le cayó en el rostro, helada, como lluvia en medio del desierto. Cerró los ojos con la cabeza levantada y abrió la boca, el líquido cayó sobre su lengua seca, sabía a vino; el mejor que había probado en su vida. Se acercó al lienzo y pudo percibir el *bouquet* que se desprendía de la obra del Veronés. Frunció el ceño y se acercó para tocarla, olvidando que podría dañarla. Sintió un leve mareo y cerró los ojos; al abrirlos se encontraba rodeado de los festejos de las bodas, en la mano derecha sostenía una copa recién servida, con el agua convertida en vino. Se lo bebió para aminorar la sequedad de la garganta que lo torturaba, imaginando que aquello era una alucinación. Seguro se había desmayado, pero lo disfrutaría mientras durara. Sintió menguar la sed y el sabor era adictivo, estaba seguro de que podría beberlo eternamente sin sentir ningún tipo de malestar, era el vino hecho por el hijo de Dios y seguramente llevaba otro milagro implícito: no habría cruda. Después de varias copas dejó de preguntarse cuándo despertaría en la Sala de Urgencias de algún hospital. La bebida era inagotable, igual que la celebración.

Jade y sus compañeros se encontraban observando con extremo detalle los trazos de Da Vinci cuando el guardia apareció detrás; la cámara de la sala seguía fallando y habían perdido de vista al de las cejas pobladas, les dijo, además el tiempo se había agotado. Todos levantaron los hombros, ninguno lo había visto salir. Jade imaginó que se había ido antes porque ya no aguantaba la sed, seguro estaría bebiendo en algún bar cercano. Suspiró decepcionada, imaginando que lo de ellos había terminado con aquel abrazo perfecto, frente a *La Victoria Alada*.

Sin rostro

Iliana Hernández Partida

A Julio, uno de los 43

Era un crujir de ramas, atravesó a zancadas los arbustos, ciego de las estrellas que ya le estaban llorando. Corría a pesar de los ramalazos sobre las mejillas. Escuchaba cómo los otros lo perseguían con piernas más largas que las suyas. Supo que le estaban acortando el camino en un círculo, que no avanzaría mucho y que era un rato de diversión para los asesinos.

En unos segundos, reventándose su pecho de miedo, alucinó una salida: un pozo por el que caería a gran velocidad y despertaría o lo atraparían finalmente, porque ya no podía seguir corriendo con esas aves aleteando de pánico en su garganta.

Un golpe.

El metal sobre el cráneo lo hizo derrumbarse. Un montón de risotadas celebraron su caída. Él abrió los ojos hasta el dolor, sin parpadear, intentando verlos con la poca luz de luna, pero no eran gente: eran un montón de lenguas envenenadas, bultos con dientes listos a morder; eran bestias con máscaras humanas, eran nada.

Uno de ellos le ató las manos a la espalda, luego lo torturó hasta lo indecible. Él encontró el pozo por el que se deslizó rápidamente a la muerte, mientras las bestias gruñían de placer; disputándose su rostro, algo que nunca tendrían.

No lo vi

Adriana Guadalupe Luna Flores

Una completa oscuridad te rodea, la misma que llevarás por dentro de ahora en adelante. Se lo han llevado y te sientes tan sola, aunque están tus otros hijos y tu esposo. No puedes hablar, parece que todo se hubiera detenido pero no es así: afuera los autos pasan, el movimiento de los vecinos continúa y allá a lo lejos se escuchan los ladridos de algún perro que defiende su territorio. No puedes moverte, pareciera que con él se han llevado tus fuerzas, te sientes tan débil. Has llorado todo el día, no lo puedes creer, ¿cómo es que no te diste cuenta?

Vienen los recuerdos de sus primeros años, siempre tierno y cariñoso. Jorge fue un niño normal que jugaba y se divertía con sus hermanos, el segundo de tres hijos. Nunca presentó problemas de conducta y en la primaria jamás tuvo reportes. Siempre fue un niño muy inteligente y aplicado, no le gustaba que le faltaran los materiales; cuando la maestra pedía algo para la tarea te apuraba: “Mamá, necesito llevar esto, lo necesito”.

En la secundaria fue un buen estudiante, se ganaba con facilidad a los amigos: muchos de ellos se le acercaron porque los apoyaba con temas difíciles de la clase. Su carácter no se amilanó a pesar del diagnóstico de esa terrible enfermedad que llevaría a cuestas a lo largo de toda su vida. ¿Será cierto? ¿O muy en el fondo empezó a albergar amargura...? ¡No, no! Nunca lo demostró y tampoco viste algo que evidenciara resentimiento.

Terminó la secundaria con las mejores notas y pasó a la preparatoria donde continuó con éxito sus estudios. De pronto, algo empezó

a cambiar: tú lo notaste pero su papá y hermanos decían que era “la edad”, además estaba enamorado. Recuerdas el día en que la llevó a presentar: “Ella es Patricia”, te pareció una linda chica, muy agradable y sencilla; además, muy buena estudiante.

De repente su vida se volcó en ella, de seguro esto también sucedía con su novia mas no lo podías asegurar. Los amigos dejaron de visitar la casa, ahora las salidas eran con Paty, las llamadas con Paty, los chats de Paty; como si todo se hubiera impregnado de ella.

Parecía feliz a pesar de que su carácter empezó a cambiar: se volvió distante, taciturno; en muchas ocasiones quisiste hablar con él, pero decía: “No tengo nada, ya no soy un niño que todo se lo dice a mamá”. Debiste insistir, estar más atenta porque el cambio se presentó de forma repentina.

Una voz interior empezó a taladrar en tus sienes: “¿No lo viste? ¿O no quisiste verlo? ¿Qué hiciste mal? ¿Acaso fuiste una mala madre y ahora tu hijo paga las consecuencias de todo aquello que no pudiste transmitirle?”.

Te cubres el rostro con las manos, ahí en la soledad de la cocina sueltas el llanto, las lágrimas brotan sin poder contenerlas, nublan tu mirada. Tomas los trastes que hasta hace unos minutos tu hijo utilizaba: “Su última cena en casa”, piensas.

Vuelves a los recuerdos, necesitas encontrar esos momentos que se te escaparon... ¿Para qué? Ya no puedes hacer nada, no puedes volver el tiempo atrás ni cambiar lo que sucedió. Tu mente se aferra en la búsqueda de motivos que corroboren su culpabilidad.

A pesar de su cambio parecía contento, seguía obteniendo buenas notas y Patricia se había convertido en su eterna acompañante. Nunca viste en esa relación algo que no te gustara: todo parecía marchar bien, todo lo hacían juntos y pronto terminarían la preparatoria.

Para sorpresa de la familia, los dos eligieron la misma carrera; si quedaban en la universidad, seguirían juntos durante varios años más.

Ambos pasaron el examen de admisión y de pronto ya se encontraban en la misma facultad. En varias ocasiones te preguntaste si tu hijo no tomaba muy en serio esa relación, los dos eran muy jóvenes y no dudabas que en algún momento alguno se cansaría del otro o que alguno encontraría atractivo en alguna otra persona.

Al verlos siempre tan unidos tus dudas se disipaban. Temías lo que pudiera suceder si ella decidía terminar con tu hijo: ¿estaría él preparado para un rompimiento? Con alegría y a la vez con preocupación, habías visto cómo el mundo de Jorge se reducía a su relación con Patricia; estaba con ella toda la mañana, en las comidas, los trabajos de equipo de la carrera y en los fines de semana. Te inquietaba que él se hubiera acostumbrado tanto a su presencia, que de pronto no supiera qué hacer con sus horas y sus días cuando su relación terminara.

Y así sucedió: un día Patricia dejó de aparecerse en casa, en los equipos y en su vida. Le preguntaste si habían terminado: “Sí, mamá, terminamos, ahora somos amigos”, contestó con desgano.

Nunca volviste a verla tan cerca de él. Sabías que en la escuela se veían y platicaban, tu hijo mayor llegó a verlos. Jorge se volvió más reservado y de pronto notaste un cambio en su mirada. *¡Sí, lo notaste y no hiciste nada... porque no había nada que hacer!*

Él siempre se escabullía de tus preguntas:

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes bien? ¿Estás inyectándote la insulina?

—Sí, mamá, todo está bien —eran sus contestaciones.

¡Debiste insistir, no era el mismo y tú lo sabías! Empezaste a platicar con tu esposo sobre lo que observabas, y él, como siempre, no le dio importancia: “Ya se le pasará, así son los males de amores”. Tú no estabas tan segura de ello.

Fueron varios años de noviazgo y te preocupaba que Jorge no supiera manejar esa pérdida.

—Quizás necesita ir con un psicólogo.

—No es para tanto, yo voy a hablar con él —respondía tu marido.

Y sí, habló, aunque no obtuvo nada:

—Vamos a darle un poco más de tiempo, es un chico inteligente y lo va a superar.

Fueron varios meses de inquietud en los que veías cómo tu hijo se encerraba en sí mismo cada vez más: seguía siendo el buen estudiante de siempre, aunque su ánimo y su mirada —sí, su mirada— reflejaba un profundo vacío que no te atrevías a dilucidar. Tu instinto de madre te alertaba sobre algo que no conseguías descifrar.

Pasaron los meses y en forma repentina las cosas cambiaron, Jorge empezó a salir con una nueva chica de otra facultad. *¡Respiraste!* Por fin tu hijo estaba cerrando el capítulo de su noviazgo con Patricia.

La relación al parecer fluía bien: Martha era una joven muy agradable. Veías contento a tu hijo de nuevo, aunque había dentro de ti inquietudes que no comprendías porque detrás de su mirada seguías percibiendo ese vacío.

Una semana antes los encontraste en la recámara de Jorge: al entrar, de inmediato guardaron silencio y se miraron entre sí. “¿Qué pasa, necesitan algo?”, “No, mamá, estamos bien”; fue su respuesta con una voz que te pareció temblorosa. No quisiste preguntar más, no querías perturbar la intimidad de tu hijo y su novia, así que de la misma forma en que habías entrado, te retiraste de la habitación.

Hoy estás aquí y sigues haciéndote la misma pregunta: *¿Por qué no lo vi?*

No viste su dolor ni su incapacidad para procesarlo.

No viste su rabia contenida ni sus deseos de venganza.

No viste su coraje que fue el motor que lo llevó a este desenlace.

¡No concebiste a tu hijo, a tu bebé con la capacidad de hacer daño!
¿Cómo es que te fue ocultado? A una madre nadie la engaña, una madre sólo puede ser engañada por ella misma.

Si hubieras hecho caso a tu desasosiego y hurgado más allá, las cosas serían diferentes, ¿o no? ¿Acaso el destino de estos tres seres ya estaba marcado? Porque nadie vio nada, nadie percibió nada. Todo se gestaba entre testigos mudos que no pudieron ver las señales que estaban ahí.

Sí, estaban ahí y no puedes más que lamentarte de no haberles hecho caso. ¡Te engañaste! A pesar de todo lo que digan no puedes ver a tu hijo como el monstruo que pintan: es tu niño, *siempre lo será.*

Apagas la luz de la cocina, subes la escalera hacia la recámara, tus piernas están tan pesadas que apenas puedes moverlas. Este dolor te acompañará por el resto de tus días. Vivirás en vilo cada semana, a la espera del día en que puedas verlo y abrazarlo. Te sentirás tan culpable de hacerlo al pensar en esos padres que ya nunca la tendrán entre sus brazos: porque Paty ya no está aquí.

Atajos

El silencio de las guacamayas

Mabel Huerta

Empiezo a leer. El canto de las guacamayas de la casa de enfrente me perturba.

Tomo mi resortera. Si tan sólo tuviera el valor de usarla.

¡Qué calor hace!

Un sopor me invade.

Creo que me quedé dormido, el sol se ha puesto.

Me han despertado unos lamentos. Es mi vecina que llora al ver a sus aves inertes en el piso.

Magnolia

Andrea Espinoza

Clarisa, mi hermana menor, regresó de un largo viaje y, habiéndose enterado del fallecimiento de nuestro querido hermano, forzó su estadía en la casa con el pretexto de hacerme compañía.

Mi pobre Heriberto sufrió un impetuoso ataque al corazón y se llevó consigo la poca paciencia que me quedaba. Clarisa acostumbraba bajar descalza a desayunar, en camión y con el cabello hecho una maraña; yo no podía con la vergüenza.

—Magnolia, ¿ahora qué vamos a desayunar? —me preguntó sin cuidado.

—Clarisa, hermana, baja los codos de la mesa y muestra algo de decencia, por favor. Te encuentras en un hogar refinado, no en una de esas... comunas —le contesté.

Tuvo el atrevimiento de torcer los ojos y burlarse en mi cara. ¡Hasta soltó una carcajada!

—Hermana, las cosas en el mundo han cambiado y no te queda más que aceptarlo. Mejor relájate un poco, que te va a caer mal el desayuno —replicó al fin.

Pisé el timbre que mandamos instalar bajo la alfombra hace varios años y mi sirvienta Isabel, quien ya se encontraba en el marco de la entrada al comedor, se acercó con rapidez.

—Dígame, señora Magnolia, ¿qué se le ofrece? —se atrevió a preguntarme.

Suficiente había tenido con la desfachatez de mi hermana, que no pude controlarme y le grité enérgica:

—Pues ¿qué más, niña? ¡La comida!

Isabel se disculpó entre dientes y comencé a sobar mis sienes: un fuerte dolor de cabeza me invadió en ese segundo. Mi hermana, visiblemente apenada, se levantó para ayudar a los sirvientes.

Los dolores de cabeza eran cada vez más comunes, en especial cuando sorprendía a Clarisa con algún hombre en la casa. Si esa mujer no se respetaba ni a ella misma, ¿cómo podía esperar que respetara mi casa y mis años?

Sin darme cuenta, me prohibí salir a la calle. Y conforme pasó el tiempo, no abandoné ni por error mi recámara. Isabel iba y venía con charolas de té, fruta y panecillos: lo único que mi estómago podía soportar.

Clarisa pasaba todas las noches a tocar mi puerta y preguntaba si todo marchaba bien, hasta que dejó de hacerlo. No soportaba escuchar su risa ni sus dejos de libertinaje, que poco a poco empeoraban mi condición.

Una noche desperté frente a su alcoba con las manos ensangrentadas y un pedazo de filosa porcelana, pieza de mi tetera favorita. Corrí a lavarlas y caí en mi cama perturbada y sin comprender qué había intentado hacer. Con las manos vendadas y previamente curadas con alcohol, tomé mi sábana y la puse sobre mi rostro, no sin antes cerrar con llave mi puerta, con la esperanza de no volver a vagar dormida.

Transcurrió otro día y sin siquiera tocar mi merienda, me acosté. Desperté nuevamente a la mitad de la madrugada, sólo que en esta ocasión yo seguía en mi cama. La puerta de la recámara estaba abierta. Me asomé y vi a Clarisa bailando desnuda por el pasillo, portando en su largo cabello decenas de flores. Me persigné horrorizada, pero mi curiosidad me rebasó y la seguí. Ella no podía verme o tal vez era yo la que no me hacía visible.

Continué siguiendo sus pasos, hasta que llegamos al comedor. Me senté en mi lugar para tomar un breve descanso y pisé por accidente la campanilla de la servidumbre. Clarisa se volteó y su rostro, que no

mostraba infelicidad alguna, se transformó y me tomó del cuello, presionando mi tráquea con sus ásperos pulgares.

Mis gritos ahogados despertaron a la servidumbre, que gracias al Señor acudieron a auxiliarme. Apenas pude recobrar mi aliento, denuncié los actos violentos de los que fui víctima por parte de mi hermana.

—Pero señora Magnolia, la señorita Clarisa salió a Cuernavaca a pasar el fin de semana con unas amistades —me explicó Isabel, con lágrimas en los ojos.

Sin deseos de responderle, sobé mis sienes y Heriberto me dijo con suavidad:

—Tranquila, hermana. Yo sí te creo.

Llenarte la boca de amor

Iliana Hernández Partida

Los vecinos salieron de la casa espantados por el olor penetrante que venía desde la habitación principal; huyeron asustados, con las manos en los bolsillos. La habitación quedó cercada por paramédicos y policías. Había un detective canoso que lo vigilaba todo, se le mecían los ojos sobre esa montaña curvada que era el enorme estómago del hombre en la cama. No había manera de adivinar, al observar la superficie de esa sábana, hasta dónde llegaban sus anchos muslos, geografía de lo mórbido, sus colgajos de piel desfallecidos sobre un colchón acunado que rozaba el piso.

Los brazos regordetes de recién nacido, definitivos anillos de grasa, recordaban la ternura provocada por esos bebés de plástico en las jugueterías.

Los ojillos le salían apenas de esa mole de cara, lucía enrojecido y respiraba trabajosamente, lanzaba un silbido en lugar de su voz que no podía pedir ayuda a gritos, como lo hubiera deseado. El detective fue abofeteado por la desesperación del hombre dentro del descomunal cuerpo. Observó asqueado las cadenas que sujetaban los redondos tobillos: la piel macerada, costra sobre costra se contaba la historia de su hirviente dolor.

El detective buscó la mirada de la mujer que parecía más pequeña cuanto más abominable se revelaba su crimen, aún con todas las miradas encima tuvo la fuerza para decir: “Es que lo amo insoportablemente, por eso lo cuido tanto”.

La sazón de mamá

Mabel Huerta

Mi madre siempre se distinguió por tener sazón en sus guisados. La hora del desayuno era como un feriado en días no escolares. Ella insistía en que le ayudara a preparar los alimentos: “Ya tienes edad para aprender a cocinar”, era su frase de inicio. Me contaba de sus recetas y algunos secretos culinarios. Algo en lo que, debo confesar, yo fingía interés y hacía lo menos que podía. La cocina no era lo mío.

Esa mañana me despertó mi hermano, me extrañó que me dejaran dormir tarde, yo era la única que aún seguía en la cama. Pensé que tal vez sería porque un día antes habíamos visitado una rancharía de la tía de mi madre. ¡Un día muy excitante! Había convencido a mis padres, con imbatible necedad, de dejarme aceptar un regalo de la tía: un par de palomas gordas y hermosas. Emocionada salté de la cama a buscar la jaula que mi padre había improvisado como casita palomera, la cual para mi sorpresa estaba vacía. A punto de llorar y gritar que mis palomas habían desaparecido, me percaté de la falta de bullicio en la cocina.

Todo era silencio.

Mi familia saboreaba con profundo respeto y solemnidad el desayuno del día: tortillas recién hechas y caldo de... ¿pollo?

La partida de Pascual

Andrea Espinoza

Desperté y lo primero que vi al abrir los ojos fue una mujer ofreciéndome beber de un guaje. Lo tomé y el líquido escurrió por mi barbilla hasta que lo terminé. La mujer me lo quitó de las manos y me dio un trapo para secarme.

—No tengas miedo, compañero —me dijo bien chula con sus ojos grandotes y negros.

—¿Cuál miedo? Yo dejé de sentir miedo hace mucho. En las batallas no hay campo pa'l miedo —le contesté bien seguro.

—Creo que no estás entendiendo, hijo —replicó la chula y se retiró.

Ahí fue cuando observé mis alrededores y vi que estábamos arriba de un ferrocarril en movimiento. Al fondo del vagón había más soldaderas como la chula, dándoles de beber a otras mujeres y hombres, igualito que a mí. Más que soldaderas, parecían curanderas que velaban por todos.

Seguía sin comprender lo que me quiso decir mi guardiana. Cada que volteaba de un lado hacia otro veía más detalles y terminaba más confundido. Había un montón de cajones de madera llenos de tierra, toda la gente estaba ensangrentada y sucia, pero las cortinas y asientos del vagón estaban hechos de material fino, como pa' un científico.

Ahora sí me asusté y grité:

—¡Chula, chula! —la canija se acercó a paso calmado.

Me tomó de las manos y me dijo:

—Estamos en el Ferrocarril de la Muerte, compañero. Aquí cuidamos a todos los que han luchado en la rebelión hasta que estén listos para cruzar al Mictlán.

“¿Mictlán? Pero si yo no estoy muerto”, pensé.

Pareció escucharme porque, seguidito de eso, me sacó de mi error.

—Pascual... no la armaste. Aunque se ganó la batalla, tuvimos muchas bajas.

Si el corazón me hubiera seguido latiendo, seguro en ese momento se habría detenido. Me hundí a espaldas de una de las cajas terregosas y la mujer me volvió a ofrecer el bule. Bebí desesperado, queriendo saciar una sed que ya no tenía remedio, pero por fin me sentí tranquilo.

—¿Qué me diste, chula? —le murmuré apenas.

—Lo que necesitas para continuar, ¿estás listo, mi Pascual? Vamos a parar en la próxima estación.

Nomás moví la cabeza, asintiendo. El tren se detuvo y mi guardiana me echó la mano para levantarme. En cuanto mi pie tocó el andén, me perdí en la niebla y mi alma inquieta se quedó contenta.

Cuellos en el metro

Ofelia Montelongo

El primer cuello que veo está envuelto con una bufanda de colores. Rulos negros alborotados se escapan para respirar un poco y se mueven a la merced del aire que se cuele por la ventana del vagón. El primer cuello se va enseguida, no me deja ni siquiera descifrar su olor ni su desesperación.

El segundo cuello va inclinado, viendo hacia el piso. Se le sale la etiqueta azul de la camisa, *GAP M*. En un principio su cuero cabelludo reflejaba una desnudez que relumbra, pero al observar detenidamente me doy cuenta de que una larga cicatriz se arruga al ritmo que se mueve su piel. Por el reflejo de la ventana observo que no ve al piso sino a su teléfono. Desliza su dedo hacia arriba sin parar y da clics a fotografías de gente sonriendo.

Otro cuello caminante me distrae. Un hombre con un abrigo largo y negro se pasea en el vagón. Aprieta las manos en puños y las libera a menudo. El cuello caminante me distrae y no me deja ver cuando el cuello número dos se marcha.

El tercer cuello trae un espejo frente a su cara, sus ojos me observan y me impiden observarla. ¿Realmente me está viendo a mí? De reojo veo sus aretes con plumas verdes que se mueven un poco con la ráfaga que crea el metro al pasar por el túnel oscuro. El cuello se lleva la mano a la cara para cubrir un estornudo, pero todavía deja chispotear gotas de saliva en el aire. Es del único cuello que me alejo. Lo veo desde otro asiento y veo ahora sus plumas verdes estáticas babeadas alejarse a otro

asiento en la parte de enfrente del vagón. Se sienta a lado de otro que se tapa los oídos para no escuchar los rieles afilados que deslumbran al pasar de estación a estación.

Me olvido del tercero cuando otro nuevo viene con un olor a orégano y pimienta. Los hombros en su abrigo están salpicados por pedacitos blancos como sal.

Lo veo por el reflejo de la ventana y sus ojos siguen a un libro que ojea. Su cabello es corto y rizado con un hueco en el centro. Un señor enfrente de mí con chaleco rojo me sonrío. Le regreso la sonrisa pero bajo la mirada. Me siento extraña de que alguien me vea: nadie lo había hecho antes directamente.

El cuello caminante finalmente sale del vagón al ver subir a dos cuellos enchalecados que dicen Policía Antiterrorista. El cuello de orégano sale del vagón, agitando a sus espaldas una mochila que dice “Universidad de Washington”.

El siguiente cuello no viene solo; viene acompañado de gritos que le da a otro. Con gritos emotivos, el cuello se para y empieza a bailar la canción que resuena en sus audífonos. Los cuellos antiterroristas observan a este cuello cantor, pero desfachatadamente se voltean tal vez tratando de ignorar toda esta escena un poco inverosímil. El señor del chaleco rojo les sonrío no sólo a los antiterroristas sino también a los cantores. Su sonrisa se la otorga hasta al aire.

Más cuellos vienen y van: con olores mordaces, algunos con maletas o chamarras que dicen: “*even the devil once an angel*”; con olor a pan quemado, con mascotas. Otro cuello trae un jugo y unos *nuggets* de pollo de *Wendy’s*. Se los come enfrente del cartelón que marca con una “X” una hamburguesa imaginaria, infestando el vagón de grasa y penetrando el olor con todos los olores que, como los cuellos, van y vienen.

Pero el cuello que me da más curiosidad es el que no puedo ver. El que arrumbó una botella de whisky en el asiento de enseguida y un traje verde fosforescente. Su esencia huele un poco a eucalipto combinado con tabaco. Sé que nuestros olores se mezclan entre los vivos, pero aun así me aferro a encontrar su reflejo junto al mío en la ventana, pero no encuentro a ninguno de los dos. Me tengo que conformar con la leve corriente que deja el vagón cuando se mete por debajo de la

tierra y eructa en una estación poco iluminada. Esa ráfaga que mueve plumas verdes, libros, etiquetas *GAP*, rulos, saliva, caminantes encuellados y mezcla los aromas de los cuellos que ya no se pueden ver.

El aleteo de una mariposa

Teresa Fernández de Juan

El pequeño aletear de una mariposa
puede cambiar el mundo.

Lao Tsé

En el año 2011 sucedió un fenómeno terrible. Miles de bañistas disfrutaban en una paradisíaca playa de Tailandia y, de la nada, vino una ola inmensa y se los tragó a todos de un susto; medio país incluido. Aún hay restos de algún video que alguien tomó y cuya cámara sobrevivió a su grabada crónica. El país quedó desolado: entre cadáveres ausentes, casas inexistentes, terrenos limpios de vida y llenos de pedazos rotos e inconclusos.

Luego de un exhaustivo registro, los expertos comentaron que el eje de la corteza terrestre se había inclinado unos centímetros. El mar se desató y conllevó a la creación de una ola renegada.

Al transcurso de los días y a cien mil millas de distancia, en Tijuana —la ciudad que bulle en el desierto—, la única y congelada playa amaneció llena de juncos. En lugar de piedras redondas, brillantes desechos de puntos negros, caracoles y carapachos de diminutos moluscos, la arena estaba cubierta de enormes y secos juncos arrancados de raíz; con su bulbo y todo. Por algún extraño destino, la resaca del tsunami los despegó de alguna parte de esa paradisíaca isla, y los fue arrastrando hasta dejarlos morir allí.

Los bañistas, incrédulos, primero decidieron abandonar la playa por extraña y al estar copada en madera, no en arena. Pero hubo siempre un místico, un agradecido que se apresuró a recogerlos, extasiado de este regalo traído por el mar loco. Y sucedió también quien los plantó luego en su jardín, los llevó a su puesto de venta o los convirtió en una original cerca alrededor de su casa.

Aurora incluso sembró varios, todos los que recogió con bulbos, a ver si alguno, aunque seco y salado, podía renacer aún. Los enterró en macetas aparte, con tierra y mucha agua dulce. Los miraba cada mañana y cada tarde, hasta que se vaciaban del todo y el augurio anunciaba que no había vuelta atrás.

Días después, los jardines de Tijuana despuntaron cuajados de monarcas. Los árboles florecieron con estas mariposas nunca antes vistas por estos lares, pues es la época en que migran de Canadá a Michoacán —a miles de kilómetros de distancia—, para aparearse y dejar sus huevecillos. Las copas, en lugar de verdes, disfrutaban de un precioso y extraño color café-dorado con ojillos de sol observando, asustadas.

Entonces, se dieron cuenta de que esa no era Michoacán. Totalmente desorientadas, esos trémulos rayos de sol salieron en bandadas a buscar su enorme bosque perdido. Inundaron el aire y por millares comenzaron a estrellarse, a trompazos de tormenta, contra los cristales de todos los automóviles. Una tras otra fueron aplastadas contra esas placas transparentes que se movían a una velocidad inexplicable. Sus batientes cadáveres cubrieron las calles durante tres días. Alas contra alas se movían por el estertor en una enorme alfombra de muerte.

Un país se llenó de infortunio, desapareciendo la mitad de sus habitantes de una sola mordida de mar. Sucios espacios donde antes florecían matorrales, bellas y pintorescas casitas de verano. Familias sin familia, terrores nocturnos entre los sobrevivientes, desposeídos de todo menos de vida. Bosques evaporados, animales muertos sin rumbo ni control. Imposible cuantificar qué más se perdió, enloqueció o murió por y para siempre en ese lapso imperceptible.

Mientras tanto, a unas semanas del incidente, Aurora encontró un pequeño brote en el décimo carrizo en forma de bambú, tercamente

sembrado en una de las tantas macetas emergentes de su jardín. En la punta, se percibían dos hojitas semiplegadas con nerviaciones alares y una especie de reflejo amarillo-naranja, como un capullo que quiere despertar en mariposa.

Semblanzas

Zeth Arellano es narradora mexicalense dedicada al relato breve y licenciada en Comunicación. Obtuvo el primer lugar en narrativa del Octavo Certamen Literario Ricardo León convocado por el Ayuntamiento de Galapagar (España), y segundo lugar en el Concurso Internacional de Cuento Libro Club ILCSA (México). Ha participado en las antologías *Ojo de pez* y en la edición *Lados B 2018* (Nitro Press, 2018). Cuenta con participaciones en revistas digitales como *ERRR Magazine*, *Penumbria*, *El Septentrión*, *Erizo Media*, *Maremoto Maristain*, *Pez Banana*, *Cinosargo* y *Lado Berlín Magazine*, entre otras. Es egresada de la maestría en Cultura Escrita en el Centro de Posgrado y Estudios Sor Juana, en Tijuana.

Yesenia Beaven es licenciada en Comunicación por la Universidad Autónoma de Baja California. Es egresada de la maestría en Cultura Escrita en el Centro de Posgrado y Estudios Sor Juana. Cuenta con experiencia en medios audiovisuales, comunicación digital y contenido escrito.

Liz Camacho es licenciada en Lengua y Literatura Hispanoamericana y en Negocios Internacionales. Cuenta con estudios en Artes Liberales por San Diego State University y experiencia docente por diecisiete años. Actualmente es docente de Español en la Secundaria Indígena número 26 “Bicentenario de México”, en Tijuana.

Roberto Enríquez es licenciado en Filosofía y maestro en Educación. Actualmente dirige el bachillerato de la UNDL en Ensenada, Baja California.

Andrea Espinoza (Tijuana, 1989) estudió la licenciatura en Comunicación en la Universidad Iberoamericana Tijuana, donde se involucró en proyectos audiovisuales entre 2008 y 2013, tanto en Tijuana como en Ciudad de México. De 2012 a 2018, dedicó su tiempo al trabajo administrativo en el ámbito privado y gubernamental. Actualmente reside en Tijuana con su esposo, su hijo y dos animales de compañía.

Jesús García Mora es escritor y docente. Autor de los libros *Detrás de la caja registradora* (Ediciones El Humo, Querétaro, 2016) y *Tengo la noción de lo que es un martillo* (ICBC, Mexicali, 2017). Forma parte de las antologías *Somos poetas ¿y qué? Vol.2* [(H)onda Nómada Ediciones, México, 2011], *Poesía y narrativa hispanoamericana del siglo XXI* (Lord Byron Ediciones, Madrid, 2014), *Anuario de Poesía de San Diego* (Garden Oak Press, California, 2016, 2017, 2018, 2019). Formó parte del comité organizador del Festival Internacional de Poesía Caracol, Tijuana (2015-2017). Ha participado en distintos encuentros y festivales de literatura como Mares de tintas (Ensenada, 2016), Festival Palabrerías (Tijuana, 2016, 2017, 2018), FILIJ (Estado de México, 2018), Jornadas por la Paz (San Quintín, 2019), entre otros. Ganador del segundo lugar del concurso de poesía juvenil “Todos somos migrantes”, Apia-des (Tijuana, 2016).

Teresa Fernández de Juan (La Habana, Cuba, 1959) es doctora en Ciencias Psicológicas por la Universidad de La Habana, con maestría en Musicoterapia. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), del Sistema Nacional de Investigadores Mexicanos (SNI) y profesora-investigadora titular de El Colegio de la Frontera Norte (Baja California). Entre sus libros se encuentran *Violencia contra la mujer en México* (Editorial CNDH y seleccionado por la Cátedra de la UNESCO), *Autoestima y violencia conyugal: Un estudio realizado en Baja California* en coautoría con Rafael Pérez (El Colef y Porrúa,

2007), *El poder terapéutico detrás del arte* (Editorial Académica Española) y *Donde termina la palabra* (Editorial Plaza y Valdés). *Te recuerdo, Amanda*, su primera novela, resultó premiada en la convocatoria 2018 de Lapicero Rojo Editorial.

Iliana Hernández Partida. Traductora y maestra en Lenguas Modernas por la Universidad Autónoma de Baja California. Miembro del consejo editorial del suplemento cultural “Identidad” del periódico *El Mexicano*. Ha colaborado en los medios electrónicos y revistas: *Loreto News*, *Radar Político*, *La Jornada Baja California*, *Arquetipos*, *Sinfin* y *El Septentrión*. Ha publicado el poemario *Apuntes para La Malquerida de Gabriel Figueroa* (2012), el libro *Casa del viento* en coautoría con Francisco Morales (Pinos Alados, 2019) y *Amoramar y la sed* (Bitácora de Vuelos Ediciones, 2020). Es docente en la Facultad de Idiomas de la Universidad Autónoma de Baja California y pertenece al listado de peritos traductores del Consejo de la Judicatura del Estado de Baja California. Ha sido perito traductor en Baja California Sur desde 2007. Imparte talleres de creación literaria desde 1994 para mujeres, adolescentes y niños. Ha hecho traducción para el *Anuario de Poesía de San Diego* (Garden Oak Press, 2019). Tradujo el libro *21 millas de vista maravillosa y luego Oxnard* (Viva Oxnard, 2018).

Mabel Huerta Corona es narradora y poeta en proceso. Licenciada en Psicología, maestra en Orientación Familiar y doctora en Ciencias de la Educación. Asiste a talleres de escritura en la Sociedad de Escritores (SOGEM) y en el Centro de Posgrado y Estudios Sor Juana. Actualmente escribe su primera novela.

Adriana Guadalupe Luna Flores es docente jubilada. En 2014 incurrió en la narrativa, una inquietud presente a lo largo de su vida. Ha publicado tres novelas: *Trópico de Escorpio: Diario de una orientadora*, inspirada en su trabajo con adolescentes a lo largo de treinta y cinco años de servicio en el magisterio; *Tu vida como una novela*, un homenaje póstumo a su madre; y la más reciente, *A la vuelta de la esquina*, donde aborda el tema de la amistad entre cuatro

mujeres. Ha participado también en varias antologías de cuentos con la misma editorial.

Juan José Marín es un arquitecto e ingeniero civil tijuaneño apasionado de las letras. Actualmente radica en Monterrey, Nuevo León. En 2015 escribió *Introspecciones*, un libro de poesía y aforismos. En paralelo al ejercicio de su profesión principal, ha sido catedrático universitario, locutor de radio y conferencista.

Ofelia Montelongo es una escritora mexicana bilingüe. Estudió Contabilidad y Finanzas, Inglés y Escritura Creativa. Cuenta con una maestría en Negocios y recientemente se graduó de la Universidad de Maryland con una maestría en Español con concentración en Literatura Latinoamericana. Ha colaborado con revistas como *Phoenix New Times*, *So Scottsdale*, *Phoenix Magazine*, *The Writer's Guide*, entre otras. Sus historias han sido publicadas en *Acentos Review*, *Rio Grande Review*, *Latino Book Review*, *Ponder Review*, *The Lindenwood Review*, entre otras. Es instructora de talleres de escritura creativa en español y bilingües.

Jackie Navarro es originaria de Ensenada, Baja California. Es licenciada en Docencia de la Lengua y Literatura y maestra en Educación Campo Formación Docente por la Universidad Pedagógica Nacional, zona Costa. Actualmente estudia la maestría en Cultura Escrita en el Centro de Posgrado y Estudios Sor Juana. Desde 1998 se desempeña como docente de grupo, habiendo pasado por primaria y secundaria. En 2015 se incorporó a la Escuela Normal Fronteriza Tijuana como docente de la especialidad en Español. En 2016 obtuvo plaza permanente en educación básica (secundaria) con la asignatura de Lengua Materna.

Marcia Ramos Lozoya nació y reside en Tijuana (1989). Es licenciada en Lengua y Literatura de Hispanoamérica, especialista en Políticas Públicas para la Igualdad en América Latina y estudiante del doctorado en Educación. Egresó del diplomado en Creación Literaria por el Centro de Posgrado y Estudios Sor Juana, del diplomado en Do-

cencia en línea y en Políticas Públicas para la Juventud. Le otorgaron la Beca Jóvenes Creadores (PECDA), el Premio Juventud en 2018 y la Beca Interfazz en 2015. Tiene publicados el libro de poesía *Las calles hablan* (2015) y los libros de cuento *Brevedades infinitas* (2017) y *Diles que no nos vean* (ebook, 2018; Tinta del Silencio, 2019). Publica en sus blogs “Historias de una mente fragmentada” y “Liberoamérica”. Fue tallerista de creación literaria en el programa “Cultura para todos”. Actualmente es maestra de preparatoria en el Centro Universitario del Pacífico y de licenciatura en la Universidad Iberoamericana en Tijuana.

Zulma Rodríguez es narradora mexicalense. Ha colaborado en revistas digitales como *Clarimonda Plástico*, *El Septentrión*, y *Cinosargo*. Su trabajo ha sido incluido en la antología *Baja Noir confesiones escritas*; en la compilación *Escribiendo para el Futuro*, con cuento infantil, ambas con editorial Artificios; y en la antología de relato corto *Vacunas contra la poesía*, coordinada por Elma Correa y editada por la Secretaría de Cultura. Dirige dos talleres: de relato corto con jóvenes y adultos, mientras que con niños, el Cuenta Cuentos y Arte experimental, ambos en la Casa de la Cultura de Mexicali. Es egresada de la maestría en Cultura Escrita del Centro de Posgrado y Estudios Sor Juana, en Tijuana.

Laura Sánchez Stone nació en Los Mochis, Sinaloa y creció en Ciudad de México. En su vida de casada, se mudó a Guadalajara y en el año dos mil, a Tijuana. Concibe la escritura como oportunidad de protagonizar otras vidas y experimentar las emociones que viven sus personajes. Publicó la novela *El ancla de mi barca* (Palibrio, 2016), una saga familiar de tres generaciones que es una ofrenda a sus padres: una intimidad desvelada a su clan.

Nubia Soto nació en Tecate, Baja California. Es licenciada en Filosofía y egresada de la maestría en Cultura Escrita. Ejerce como docente en el área de filosofía en preparatoria y universidad. Ha impartido y participado en talleres de fomento de la lectoescritura. Recientemente,

coordinó los talleres de Escritura Creativa en San Quintín del Centro de Posgrado y Estudios Sor Juana.

Arturo Urrutia ha publicado cuentos en *The Acentos Review* y *The Acorn Review*. Es licenciado en Biología (Cornell University) y maestro en Escritura Creativa (UC Riverside). Es originario de la región Tijuana/San Diego, pero radica en Vancouver, Canadá. Sus intereses literarios son el cuento y la novela corta.

Carmen Ventura es licenciada en Comunicación por la Universidad Autónoma de Baja California y egresada de la maestría en Cultura Escrita del Centro de Posgrado y Estudios Sor Juana. Docente de Español en educación básica y de Literatura y Lengua Oral y Escrita en media superior desde hace 18 años. Es entusiasta promotora de la participación de los jóvenes dentro del arte en todas sus manifestaciones posibles. Narradora de ocasión en las redes sociales.



Durante más de una década, nuestro Centro ha acompañado procesos de escritura como expresión creativa y dialógica del aprendizaje en el aula. El año 2020 ha resultado el período oportuno para convocar, compilar y editar textos más o menos recientes de esa producción escrita.

Sombras parientes reúne algunos relatos de estudiantes, producidos en sesiones de la maestría en Cultura Escrita y algunos talleres literarios. El título es la declaración de una certeza: el relato emparenta a sus personajes gracias a la tarea escritural de develar los rostros, extraños o no, que nos han acompañado como familia.

Esta colección de relatos también recuerda que la creación literaria es un proceso que deriva de la diversidad de voces, representadas por los grupos variopintos cuya meta ha sido descubrir recursos para recrear el propio universo mediante la escritura. En el diálogo de aspiración intercultural se sitúa la trama de cada relato, algunos con el clímax de la tradición cuentística, algunos con la fluidez de la conversación. En buena parte, proyectivos de las creencias que se asoman a la lengua como manos que saludan desde proa al emprender un viaje. Si bien la ruta que transitan estos textos no es siempre nueva, su publicación nos representa una nueva señalética que amplía los modos de observar lo que sucede alrededor de esta tierra desértica y vigorosa, territorio que nos ha impulsado a crecer al margen y muy lejos del Ombligo de la Luna.



BAJA CALIFORNIA
—GOBIERNO DEL ESTADO—



SC
SECRETARÍA DE CULTURA
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA



ICBC
INSTITUTO CALIFORNIENSE DE BAJA CALIFORNIA
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA



EN CULTURA SIGUE LA TRANSFORMACIÓN
Gobierno del Estado de Baja California